

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

Año CLXXV

Nº3

MARZO 2012



NUESTRA PORTADA:

SAN JUAN BAUTISTA

Obra de autor desconocido, siglo XVIII. Madera de castaño tallada y policromada. Parroquia de Juan Servoi, concello de Castrelo do Val (Ourense).

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Maquetación, administración y fotocomposición: Oficina de Informática, Obispado de Ourense.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXV

Marzo 2012

Nº 3

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Homilía. Rito de Admisión de candidatos al Orden Sagrado	277
Homilía. Institución de Ministerios de Acólito y Lector	280
Carta del Obispo a los niños de la catequesis	282
Carta para el día del Seminario “ <i>Pasión por el Seminario</i> ”	283

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos	291
Decreto para la aprobación del Estatuto del Ecónomo Diocesano.....	292
Estatuto del Ecónomo Diocesano.....	292
Decreto de constitución del nuevo Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.....	294
Vicaría Judicial	
Aviso del Tribunal Eclesiástico de la Diócesis de Ourense	297

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española	
Nota final de la CCXXII reunión de la Comisión Permanente de la CEE	301
La Conferencia Episcopal Española entrega a Cáritas 5 millones de euros	303
Mensaje para la Jornada de Vocaciones Nativas 2012.....	304
Notificación de la Comisión Episcopal de Doctrina de la Fe sobre algunas obras del Prof. Andrés Torres Queiruga.....	308

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Angelus	327
Audiencias.....	331
Discursos.....	339
Homilías	370
Viajes Apostólicos - A México y República de Cuba (del 23 al 29 de marzo de 2012).....	378

Santa Sede

Discurso del Card. Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad, durante la inauguración de la exposición «Estado e Iglesia. Desde el resurgimiento hasta nuestros días» 407

Palabras del Cardenal Secretario de Estado en la cena con los obispos de México y América Latina, durante el Viaje Apostólico a México y a la República de Cuba (del 23 al 29 de marzo de 2012) 409

Discurso del Cardenal, William Levada, Prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe. “*El abuso sexual de menores: una respuesta polifacética al reto*” 411

Carta de la Congregación para las Iglesias Orientales, a la Jerarquía Católica, con ocasión de la colecta «PRO TERRA SANCTA». Cuaresma 2012 420

CRÓNICA DIOCESANA

Marzo 425



LA VOZ DEL PRELADO

HOMILÍAS

Rito de Admisión de candidatos al Orden Sagrado

Seminario Mayor. 16 de marzo de 2012.

En nuestro camino cuaresmal, y a las puertas del Día del Seminario, nos reunimos en torno a la mesa de la Palabra y del Sacrificio para celebrar y vivir la Eucaristía. ¡Es una ocasión de gracia!. Lo hacemos en este lugar que para muchos de vosotros tiene una fuerza afectiva especial. Este Seminario, obra de un buen pastor y de su presbiterio - obra de la generosidad del Pueblo de Dios de Ourense, es el reflejo del amor por el sacerdocio y por las vocaciones. Nosotros nos encontramos por pura providencia, siendo eslabones de esa gran cadena de fidelidades ¡no podemos quebrarla! El Seminario, sea el que sea el número de nuestros seminaristas, seguirá siendo el corazón de esta Diócesis que peregrina en estas nobles tierras ourensanas.

Paso a paso, curso a curso, mis queridos seminaristas, aunque seáis pocos, si sois fieles, valéis mucho. Os animo a vosotros y a todos los vuestros, en especial a vuestros amigos, para también en ellos prenda con fuerza el amor de Dios porque, en definitiva, la vocación sacerdotal es una cuestión de amor. Pero ese amor no se refiere al nuestro, que tantas veces bien mezquino es, sino que es el Amor de Dios, es Él el que siempre toma la iniciativa, de manera especial cuando nos llama al ministerio ordenado. Ese Dios que no nos deja

ganar en generosidad, que supera las fronteras de nuestros cálculos y que es el que potencia nuestro ser y actuar.

Desde esta perspectiva de la fidelidad del Señor, hemos escuchado la Palabra proclamada en esta liturgia, a través de ella se hizo presente el querer de nuestro Dios y nos ha llenado de consuelo: los amaré sin que lo merezcan, nos decía el texto de Oseas. He ahí una de las claves de nuestra seguridad en la llamada, mis queridos amigos; no se trata de que Dios nos quiera porque somos buenos, sino que lo hace aunque no seamos merecedores de su ternura. Si, en nuestra vida consagrada, dejásemos llenar el corazón de esta gran certeza podríamos estar seguros de nuestra fidelidad hasta la muerte; porque el Señor deja caer sobre nosotros el rocío de su gracias para que florezcan nuestra obras de entrega y generosidad, de apostolado y de trabajo serio y exigente porque no están los tiempos para perdernos en nuestro camino entreteniéndonos en todo aquello que nos pueda apartar de Dios y de los hermanos, porque para el cristiano, Dios y el otro - el próximo, de ahí viene la palabra comprometida “prójimo” - son como las dos caras de la misma realidad.

Con este Rito, breve, sencillo y muy sobrio pedís ser admitidos a las Órde-

nes Sagradas y, de algún modo - aunque ya sabéis que lo estabais desde el pasado mes de octubre - hoy quedáis encomendados a mí y a todos los que aquí se encuentran, es decir, a toda la Iglesia. Hacéis un compromiso de amor ante el Señor que es el auténtico Amor que se ha hecho carne en las entrañas de Santa María, signo y figura de la humanidad nueva. Por parte de la Iglesia, también se da un compromiso recíproco de ayudaros para que seáis fieles a ese amor recibido. Si queréis perseverar en el camino esforzaos por ser fieles a esta Iglesia. No pretendáis construir otra a vuestro gusto y criterio. En el seno de esta Iglesia, encontraréis a Dios y escucharéis su voz - como se lee en el salmo de la liturgia de hoy-; esa voz del Señor, cuando llama, debe descubrirse y discernirse mediante esas señales efectivas que brotan de la fidelidad personal y que de forma elocuente, los hombres orantes descubren en esos momentos íntimos de oración. He ahí uno de los signos evidentes de la llamada: gusto por la oración. La fidelidad a la oración personal y comunitaria, incluso fuera del Seminario, son signos claros de una llamada firme y segura. Si somos constantes en el cultivo de este misterioso diálogo, seremos auténticos, porque la verdadera oración nos ayuda a caminar en verdad, con sinceridad de corazón, sin caer en las apariencias, sin dejarnos llevar ni por el cumplimiento ni por la rutina, porque la oración auténtica brota de un corazón enamorado y uno que se siente llamado debe esforzarse por ser un verdadero aristócrata

del amor. Nadie puede darnos a los llamados lecciones de fidelidad y amor, y solo desde esa perspectiva alejaremos de nuestra vida el ser y obrar como funcionarios de las cosas santas. ¡Qué lástima dan esas vidas que habiendo nacido para amar y ser fieles, se contentan con cumplir! No caigáis en la simulación, sed vosotros mismos, ¡sed auténticos! ¡sed perennemente jóvenes! no dejéis que vuestro corazón quede atrapado por las insufribles tramas de la simulación, antesala de la infidelidad. ¡Oh hermanos míos!, si queréis vivir una existencia feliz, abrir siempre de par en par vuestro corazón a la gracias del Señor. ¡No tengáis miedo!, recordad siempre que el Buen Dios nos está diciendo, como nos lo recuerda hoy el profeta Oseas: conviértete al Señor Dios, porque tropezaste por tu pecado. ¿Y quién no ha tropezado tantas veces? Por eso, inmediatamente nos recuerda el profeta cómo podemos hacerlo: prepara tu corazón... vuelve al Señor y dile... perdona del todo la iniquidad y recibe el sacrificio que brota de nuestros labios... Vuestros labios hoy pronunciaran dos veces: ¡sí quiero!

¡Veis! ... es cuestión de querer. Así lo entendieron los santos y los buenos sacerdotes, también santos, a pesar de sus fragilidades y miserias, pero ellos perseveraron en ese ¡sí quiero! hasta la muerte. No flirtearon con otros cariños. No fueron ofreciendo el corazón a otros amores, hasta que agostados por la simulación perdieron la alegría del camino, sino que fueron fieles en esos de-

talles que dan vida al amor y alimentan la fidelidad. Mis queridos seminaristas que hoy vais a decir ¡sí quiero! a Dios, en el seno de esta Iglesia que camina en medio de sus pobreza pero arropada por los consuelos de Dios que pasan siempre por el misterio de la cruz. Sed auténticos y sinceros con ese Dios que es la misma Verdad, el único Camino y la Vida que nos concede la plenitud en nuestro ser y obrar. Os ruego que cuidéis vuestra confesión frecuente ahora y cuando os encontréis fuera del Seminario o ejerciendo el ministerio en esos terrenos de misión que son la mayor parte de nuestros pueblos. Vivid con alegría la auténtica entrega del corazón a la causa de Nuestro Señor y de su Evangelio y así experimentaréis el don inefable de ese Dios rico en misericordia y en bondad, porque Él es siempre más y supera, con creces, nuestras expectativas y proyectos. Uníos a vuestro obispo - el que sea - porque él es, desde sus pobreza, el vínculo de unión con la Santa Iglesia; rezad por él y trabajad unidos con él en este Presbiterio que debéis esforzaros por amar ya desde el Seminario.

Mis queridos amigos que dentro de un momento, ante la Iglesia reunida en este templo en donde tantos sacerdotes hicieron afirmación gozosa de su entrega, vais a pronunciar vuestro sí, quisiera deciros que no estáis solos. Todo este pueblo que camina unido en una misma fe, y quiere ser fiel al único Señor Dueño de la vida, Divino Maestro, os acompaña hoy con su oración y su cariño. Os ruego que seáis generosos y

que respondáis con vuestra entrega; si lo hacéis así, seréis muy felices y vuestra vida se convertirá en un auténtico signo de la llamada de Dios a muchos de vuestros coetáneos. ¿Cómo vamos a ser testigos de nuestra vocación sacerdotal si la vivimos sin pasión, es decir, sin amor? ¿cómo podemos transmitir la llamada - convirtiéndonos en pescadores de hombres si nuestra existencia es un vivir aburguesado y sin compromiso? ¿cómo podemos convertir nuestra vida - en una sociedad secularizada como la nuestra - si nos avergonzamos de que nos vean como cristianos?. Hermanos míos, tenemos que ser fieles en las cosas pequeñas que nos pide la Iglesia si queremos vivir con alegría nuestra vocación.

No quisiera finalizar mis palabras sin pedir os que volváis la mirada de vuestro corazón a Ella, la Madre del Divino Maestro, la Madre de Jesús. Tratad a María, la Virgen fiel, la auténtica Maestra de fe. Decidle muchas veces que ruegue por nosotros ahora y en la hora. Ahora, en este momento de la historia de nuestra Iglesia, en la que nos encontramos con dificultades, pero llenos de esperanza, porque queremos caminar en libertad al servicio del Señor. Ahora que queremos poner a sus pies todas nuestra necesidades, las de nuestra Iglesia particular que peregrina en estas tierras, sus tierras, ¡Ourense tierra de María!, en especial, pedidle vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida religiosa misionera y monástica. Suplicadle que nos conceda a los sacer-

dotes y al obispo deseos de una mayor entrega y una esmerada fidelidad a los compromisos de nuestra llamada.

Ahora y en la hora...recurrir siempre a María porque Ella, en cada mo-

mento le está diciendo cosas buenas a Dios de nosotros tal como rezó la Iglesia a lo largo de los siglos: Recordare, Virgo Mater Dei, dum steteris in conspectu Domini, ut loquaris pro nobis bona. Amén.

Institución de Ministerios de Acólito y Lector

Seminario Mayor, 17 de marzo de 2012

*Esforcémonos por conocer al Señor:
Su amanecer es como la aurora,
Y su sentencia surge como la luz (Oseas
6, 1b-6)*

En estas vísperas de la Jornada del Seminario, volvemos a encontrarnos en este Centro de Formación del “Divino Maestro”, en la magnífica capilla que para muchos de vosotros tiene una fuerza afectiva especial. Este Seminario, obra de un buen pastor y de su presbiterio - muestra elocuente de la generosidad del Pueblo de Dios de Ourense -, es el reflejo del amor por el sacerdocio y por las vocaciones. Nosotros nos encontramos por pura providencia, siendo eslabones de esa gran cadena de fidelidades ¡no podemos quebrarla! El Seminario - volvemos a repetirlo una vez más -, sea el que sea el número de nuestros seminaristas, seguirá siendo el corazón de esta Diócesis que peregrina en medio de las sobras de las dificultades con las que nos encontramos pero ayudados por los consuelos de Dios. Nos encontramos participando en

esta Eucaristía en la que un grupo de alumnos de este Seminario Mayor recibirán los ministerios del Lectorado y del Acolitado ¡es un acontecimiento de gracia para nuestra Iglesia diocesana!.

La Iglesia, como Madre y Maestra, nos va enseñando con su pedagogía de siglos, a adentrarnos en el misterio que encierra el Orden Sagrado. No nos lanza a lo desconocido de forma violenta; lo hace con paciencia y cariño, con la ternura de una madre que educa con tesón y corrige con amor; no se llega al sacerdocio ignorando lo que Dios en la Iglesia nos concede, sino que, poco a poco, nos va introduciendo en el ministerio presbiteral. Primero, el Rito de Admisión a las Sagradas Órdenes -acto litúrgico que vivíamos ayer tarde en la pequeña capilla en la que se desarrolla vuestra vida litúrgica ordinaria-, hoy los ministerios del Lectorado y del Acolitado; más tarde las Órdenes Sagradas: Diaconado y Presbiterado. ¿Quién se atreve a decir, si es honrado consigo

mismo, que ha sido engañado? ¿Alguno podrá afirmar que ha dado un paso precipitado? En la Iglesia, no se actúa así. Cuando somos jóvenes, sí pensamos que se procede con mucha lentitud, pero con los años vamos aprendiendo que la Iglesia se mueve en clave de eternidad. Hemos vivido hace todavía poco más de un mes, en la Santa Iglesia Catedral Basílica de San Martín, la ordenación episcopal de vuestro obispo, no solo ha sido un momento de gracias extraordinarias para aquel que ha recibido la plenitud del sacramento de Orden, sino también para toda la Iglesia; hoy, esta misma Iglesia también nos invita a participar en este momento de gracia en el que este grupo de jóvenes recibe los Ministerios que les van acercando al acontecimiento más trascendental de su historia personal como creyentes: su ordenación sacerdotal.

Mis queridos amigos: En la medida en que vivís con pasión de enamorados estos acontecimientos intermedios -acontecimientos de gracia y salvación-, así viviréis vuestra ordenación sacerdotal. ¡Todo es gracia! Cualquier acontecimiento, por pequeño que sea, que acontece en nuestra vida cotidiana, cuando lo contemplamos desde la perspectiva de la fe se convierte en un don de Dios. Los dos Ministerios que vamos a conferir: Lectorado y Acolitado expresan esos dos misteriosos pulmones del ejercicio ministerio sacerdotal en la Iglesia: Palabra y Altar, o lo que es lo mismo: Palabra y Eucaristía.

Palabra: hemos podido contemplar como en casi todos los templos de esta Diócesis se puede contemplar cómo se ha querido destacar la realidad de la Palabra. Se encuentra sencilla, sobria, pero solemnemente entronizada. Es como un reclamo divino, que entra por los sentidos, para que todos los fieles sepamos descubrir que el cristiano debe acoger la Palabra de Dios, leerla, estudiarla, pero, sobre todo, contemplarla como una realidad viva, es el mismo Divino Maestro que nos habla e interpela, si esto lo debemos hacer todos ¡cuánto más aquellos que han sido llamados al sacerdocio! En vuestro proyecto de vida, mis queridos amigos, no puede faltar nunca la lectura contemplativa de la Palabra, eso que la tradición cristiana llama lectio divina; a través de este ejercicio cotidiano se va penetrando en el misterio fecundo de la voluntad de Dios que se materializa en ese libro de las Sagradas Escrituras. El cristiano que recibe el Lectorado como paso previo a su ordenación presbiteral sabe que su oración debe ser eminentemente litúrgica porque su fin es ser un liturgo, un mistagogo, es decir, un hombre que se deja penetrar por el Misterio del Dios que habla en el silencio de la oración a través de la Palabra, y que viviendo dentro de esta realidad, dejándose fascinar por ella, lo trasmite a los hermanos. Esto que parece algo tan complejo, no lo es tanto. Mis queridos amigos, si procuramos alimentarnos cotidianamente de los textos que se proclaman en la liturgia del día, ya sea en la Liturgia de las Ho-

ras o en la celebración de la Eucaristía, si somos constantes en este ejercicio, no solo intelectual, sino de auténtica ascética cristiana, nuestra vida se transformará en un testimonio vivo de eso que vivimos con pasión de enamorados. Dejémonos fascinar por el amor de Dios que nos interpela con su Palabra. Si se procede de este modo os iréis acostumbrando a vivir en Espíritu y en Verdad, y, cuando lleguéis a ser sacerdotes, vuestros labios pronunciarán palabras de Vida eterna para el bien y la santificación propia y de la comunidad que el Obispo os encomiende. Si obráis así ya desde el Seminario, estudiando la Sagrada Escritura, reflexionando sobre ella, alimentándose de ella, cuando

lleguéis a ejercer el ministerio diaconal o presbiteral, no os dejaréis llevar de vulgaridades o quizá de esas predicaciones enlatadas que podéis conseguir, con muy poco esfuerzo, a través de los servicios de internet, pero que no han pasado por la inteligencia de vuestro corazón, por eso se convierten en palabras frías, casi muertas. En este sentido, os decía ayer durante la celebración del Rito de Admisión:

No descuidéis ese alimento cotidiano, ¡os lo recomiendo! Si lo dejáis y solo vivís de esos subsidios de la Escritura o de los breves comentarios, aunque son elementos importantes, sin embargo, vuestras palabras no serán vivas.

CARTAS

Carta del Obispo a los niños de la catequesis

Mis queridos amigos: en estos últimos días, he tenido que escribir algunos mensajes y me he dado cuenta de que los he dirigido a las personas que me ayudan a realizar mi trabajo de obispo, a los sacerdotes y a toda la Diócesis en general. Sin embargo, hoy por la mañana, una de vuestras catequistas, me ha dicho que debería escribiros a vosotros, los niños y niñas que frecuentáis la catequesis de las parroquias. Inmediatamente me di cuenta de que tenía toda la razón.

Al terminar de atender a las personas que vinieron a visitarme, me fui a la ca-

pilla de la “casa del Obispo” y allí le pedí a Jesús por vosotros, por vuestros padres y hermanos, por vuestros sacerdotes y catequistas. Le dije que os ayudara a seguir asistiendo a la catequesis dominical, porque así descubriréis que vivir nuestra fe en Jesús, el hijo de María - nuestro Dios y Señor - es una experiencia que a todos nos ayuda a descubrir que nuestra vida tiene un sentido excepcional. En la catequesis, aprendemos a tratarle como a nuestro Dios y Amigo que nunca nos traiciona y siempre está preocupado por nosotros. Descubrimos que Él, Jesús,

que nos aguarda en el “sagrario” - esa casita pequeña - que se encuentra en el corazón de nuestras parroquias es el primero y el más importante de nuestros vecinos. Él nos abre el corazón, con esa ayuda maravillosa que llamamos “gracia” para descubrirle en todos los que se encuentran a nuestro lado, que todo aquello que le hacemos a nuestros amigos y compañeros, se lo hacemos a Él.

Es verdad que los domingos - Día del Señor - nos cuesta acercarnos a la Iglesia, pero yo te rogaría que pensaras esto: ¿cómo actuarías si el mejor de tus amigos te estuviese esperando en su casa? Seguro que acudirías enseguida, incluso irías corriendo. Amigo mío, piensa que Jesús desea tu compañía y que va dibujando delante de ti su rostro. El rostro de Jesús, nuestro Buen Dios, se te muestra en la persona del párroco, de la catequista, de tus compañeros de grupo o sección. ¡Qué bueno es Jesús con todos nosotros! En cambio, tantas veces, la pereza, los juegos, la vergüenza a que nos vean ir a la catequesis, todo esto nos va apartando de Jesús y de esa gran familia que es la Iglesia.

Amigo mío, te ruego que le pidas a Jesús por todos esos amigos que no quieren ir contigo a la catequesis y se entretienen en el camino, o con otras cosas, olvidándose de Jesús. Pídele que te ayude a ser fuerte y valiente para apostar por ese gran Amigo que no te fallará nunca y que siempre, siempre, a lo largo de tu vida, aunque parezca que te abandona o se mantiene en silencio, ¡siempre! - no te olvides - ¡siempre! estará a tu lado como un Caminante desconocido, silencioso, preocupándose por ti, por tus cosas, por tus seres queridos, escuchando tus oraciones.

Mis queridos amigos y amigas: no dejéis vuestra catequesis e invitad a vuestros compañeros y amigos a que vivan con vosotros esa experiencia gozosa que solo en el trato con Jesús, y con los amigos de Jesús, podemos experimentar.

Se encomienda a vuestras oraciones. Os bendice y reza por vosotros, vuestro obispo.

+ Leonardo

Carta para el día del Seminario Pasión por el Seminario

En nuestro camino cuaresmal, nos encontramos un año más con la Jornada del *Día del Seminario*, este año el lema es muy sugerente: *Pasión por el Evangelio*. Cuando me disponía a escribiros, me dejé

sorprender, como siempre, por la Palabra del Señor, en esta ocasión me decía: *Como bajan la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que*

dé semilla (...) así será mi palabra (...) no volverá a mi vacía (Is. 50, 10-11); estas palabras son las mismas con las que se abre la **Programación Diocesana de Pastoral para este curso 2011-2012**. De una forma providencial, se nos está diciendo que en la medida en que el Pueblo de Dios, que peregrina en esta Iglesia particular, es fiel a la lectura, escucha y meditación de la Palabra de vida será fecundo. Esa fecundidad es un don del Espíritu que se manifiesta en el *amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza* (Ga. 5,22-23).

La Palabra, alimento para la vida

Toda esa realidad de la que nos habla San Pablo configura el perfil del cristiano y, de manera especial del sacerdote que, en definitiva, tiene que ser un buen cristiano. Si la Palabra se convierte para nosotros en el alimento cotidiano de nuestras vidas como bautizados, entonces seremos testigos de esa *pasión por el Evangelio*, que es la Buena Nueva del Crucificado-Resucitado; es decir, Él mismo Cristo. Un cristiano alegre, pacífico, templado y afable será un fiel testigo del Resucitado y con su existencia se convertirá en un reclamo vivo del Señor Jesús, suscitando con su presencia ecos de la llamada del Señor que hoy como ayer sigue haciéndose realidad en la Iglesia y en el mundo.

Sacerdote, testigo alegre de la Palabra

Se ha escrito recientemente que entre las personas más satisfechas y realizadas

en el ejercicio de su profesión se encontraban, en primer lugar, los sacerdotes. No era necesario que ninguna publicación nos anunciase lo que ha sido y sigue siendo una fascinante realidad en la vida de tantos sacerdotes; a pesar de que, de vez en cuando, en un colectivo tan numeroso, surjan algunas sombras que amenazan tormenta y que pasan enseguida, porque no tienen fuerza ni consistencia objetiva. Por otra parte, no es menos cierto, que, en la sociedad actual, al sacerdote no se le presenta de una manera positiva, sino todo lo contrario; solo se subrayan y destacan los aspectos negativos de sus actuaciones o sus debilidades, sin embargo, los gestos auténticamente heroicos - que los hay y son muchos - se silencian. La clave de esa satisfacción o plenitud se encuentra en que su ocupación cotidiana: ser testigo del Evangelio de Jesucristo se convierte no solo en su *profesión*, sino que es una *pasión* que abarca toda su existencia, porque es consecuencia de una respuesta fiel a la llamada que el Señor le ha hecho en la Iglesia.

Desde esta perspectiva, se entiende que cuando una comunidad creyente: familia, parroquia, colegio, grupo apostólico, etc. se encuentra inserto en esa dinámica de la Palabra, suscita respuestas. Pero, ¿por qué no se hacen tangibles esas respuestas? Ciertamente ¡Dios sigue llamando! *el Señor llama siempre; lo que falta es la escucha*.¹ La certeza de la llamada de Dios contrasta con el hecho de que no son tan evidentes las respuestas efectivas a esa llamada.

Aunque nadie es capaz de penetrar en el corazón humano -sagrario de la persona en donde resuena la voz de Dios-, sabemos por experiencia que muchas llamadas del Señor han quedado truncadas ¡y siguen quedando! en muchos de nuestros jóvenes contemporáneos. En algunos casos, el llamado *analfabetismo religioso*², es decir, la ignorancia de los rudimentos de la fe, el falso conocimiento de la persona de Jesucristo, o el relativismo moral imperante, convierten a nuestros niños y jóvenes en víctimas de una sociedad engreída y satisfecha que se incapacita a sí misma para abrirse al mensaje de la Buena Nueva, de ahí que necesitamos empeñarnos y comprometernos en la tarea de la nueva evangelización.

Una Palabra que nos llama a ser “pescadores de hombres”

Cuando hablamos de falta de correspondencia a la llamada, casi siempre nos centramos solo en las respuestas de niños y jóvenes, pero yo quisiera que nos interpelésemos a nosotros mismos y reflexionásemos cómo en nuestra vida cotidiana nos dejamos ganar el corazón, con *pasión*, por la vida y obra de Nuestro Señor Jesucristo; una Palabra que se hace invitación constante, un reclamo para no pararnos en el camino; porque si adelantamos, caminamos, pero debemos adelantar en el bien, en la fe verdadera, en las buenas costumbres, en la fidelidad a la Iglesia; *canta y camina*³; en cambio, si nos paramos, fracasamos. Qué razón tenía aquel sa-

cerdote valenciano que me decía, cuando todavía era seminarista: *los fracasos santifican, las omisiones no*. ¡Cierto! A lo largo de la vida aprendemos que cuando nos esforzamos por hacer bien las cosas y no nos salen tal como las habíamos proyectado, resulta humanamente un fracaso; pero los esfuerzos de superación, el trabajo cotidiano realizado con tesón nos han ayudado en nuestro proceso de maduración y de santificación; en cambio, cuando ante las dificultades nos cruzamos de brazos y esperamos que otros arrimen el hombre para que las solucionen, y no hacemos nada, esta actitud no nos ayuda en nuestro proyecto de santidad ¡todo lo contrario!, retrocedemos y nos aburguesamos, por eso es imprescindible luchar siempre, todos los días un poco, aunque sea en las mismas cosas en las que hemos fracasado, o en las ofertas vocacionales que tantas veces hemos hecho y no obtuvieron respuesta ¡todo lo contrario!, siempre es necesario seguir luchando sin perder la esperanza. ¡Seguimos siendo agentes de las llamadas de Dios!

Si todos los bautizados nos conveniéramos de esa realidad del Amor de Dios hecho Palabra y Vida, seríamos ¡todos! *¡pescadores de hombres!* (Lc. 5,10). Un erróneo concepto de la libertad personal nos ha retrotraído en nuestros apostolados vocacionales. Parece que nos da cierto temor, acompañado de respetos humanos, proponer la llamada del Señor. Sí, estamos dispuestos a *dejar las redes* (Mt. 4,22);

y las barcas (Mc. 1,20), pero ¿somos capaces de convertirnos en *pescadores de hombres*? es decir, ¿somos capaces de convertir nuestra vida - sacerdotal, religiosa, matrimonial (...), de docentes, de catequistas, de amigos -, en una llamada?. Sí, es bueno suplicar al *Dueño de la mies*, pero no es suficiente, es necesario dar un paso más: ***un paso propositivo lleno de valentía***. Tenemos que proponer la llamada. Suscitar, con nuestra vida, una interrogante radical. Hacerlo sin miedo, de corazón a corazón.

Valor permanente de los Seminarios

Por otra parte, de manera especial los sacerdotes, padres de familia y educadores, debemos hacer algo más a la hora de proponer a niños y jóvenes la experiencia humana, formativa, intelectual y cristiana del Seminario Menor. En un momento como el actual, en el que se busca una educación de calidad que no solo quede circunscrita al ámbito académico, sino también a los valores humanos y cristianos, es necesario que nos atrevamos, una vez más, a ofrecer el *proyecto educativo del Seminario Menor*, sin miedos, de tal modo que esos niños que se encuentran en nuestro entorno, en los que está naciendo pujante el Amor, en los que descubrimos posibilidades humanas y sobrenaturales para ser receptores de la llamada del Señor, puedan encontrar el cauce propicio para dar esa respuesta.

Cuantos de nuestros sacerdotes deban su vocación - evidentemente a Dios - que a través de sus padres, de sus profesores y de sus sacerdotes fueron encaminados hacia el Seminario. Ellos se atrevieron a *proponer* un camino y supieron *aconsejar* y *acompañar* a esos niños y jóvenes en momentos adecuados, antes de que los profetas de ideologías de muerte y predicadores de falsos oasis de progreso sembrasen en sus corazones todo aquello que les pudiera apartar de la Verdad y que, ¡seguro! no los haría felices.

Los seminaristas: alma de los Seminarios

Los Seminarios, Menor y Mayor, no solo son instituciones que nuestra Iglesia particular posee como patrimonio de un pasado de esplendor vocacional y que actualmente pueden ser causa de cuantiosos gastos de recursos humanos y materiales. Pensar así supondría una grave miopía eclesial. Los Seminarios, aunque nos cueste mantenerlos, son como la “matriz” de la Iglesia diocesana, en ellos *se cultiva, nace, crece y da sus primeros frutos una vida sacerdotal*. Dejar que se mueran estas instituciones sería firmar un parte de defunción anticipada y, lo que sería peor, perder la esperanza y las perspectivas de futuro, que siempre está en las manos de Dios.

Los Seminarios, y en especial los de nuestra Diócesis, por lo que pude comprobar en mis primeras visitas,

son realidades renovadas y alegres, llenas de luz y de “limpia pobreza” en la que viven un grupo de jóvenes que son motivo para dar gracias a Dios. *Los seminaristas son el alma de nuestros Seminarios.* Ellos saben que son los primeros apóstoles de las vocaciones; a ellos le encomienda la Madre Iglesia que se preparen muy bien y se dejen formar con amplitud de miras eclesiales. ¡Ellos son el rostro de nuestros Seminarios! Hermosa y comprometida misión la que tienen estos jóvenes llenos de alegría. Pero bien es cierto que son los privilegiados de esta Iglesia de Ourense, por los que reza mucha gente, desde su obispo, hasta el último bautizado con uso de razón.

Es bien cierto que nuestros seminaristas, con su vida fiel, con su testimonio alegre y convencido, con su entrega a las tareas propias de su proceso formativo, sabrán *proponerse mejores metas apostólicas* para ser *más*. Pero no se pueden olvidar que esas metas serán efectivas si están avaladas por el estudio exigente y fiel, por la lucha cotidiana en lograr un buen ambiente de compañerismo, fraternidad y amistad -

evitando las amistades particulares que encierran y enturbia el corazón - con lo que se va fraguando el verdadero espíritu de un auténtico Presbiterio. Así se lo he pedido en mi reciente visita a los Seminarios del *Divino Maestro* y de la *Inmaculada*. Esperamos mucho de todos ellos, de su fidelidad y testimonio. Si en algún momento -porque sus circunstancias personales son complejas- se oscurece el camino vocacional, nunca deben perder de vista que en el horizonte de su vida joven, solo Jesucristo, Camino, Verdad y Vida puede darles las fuerzas para vivir una existencia plena y feliz.

Animo a todos para que la luz de esa Palabra, predicada y vivida en la comunión de la Iglesia, nos conceda la alegría, la fortaleza y la esperanza del Resucitado y ¡pongámonos en camino! para lograr una mayor dinamización de la pastoral vocacional ¡orar y actuar!

Os encomienda la causa de las vocaciones, que es la causa de la Iglesia, vuestro obispo que os bendice.

+J. Leonardo

NOTAS:

1. BENEDICTO XVI, Encuentro con el clero de Roma por el inicio de la Cuaresma (23 de febrero de 2012).
2. Ibidem.
3. SAN AGUSTÍN, Comentario al Salmo 25 (PL, 38, 1191-1193).



IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha *14 de marzo de 2012*, el Sr. Obispo de Ourense, Monseñor D. Leonardo Lemos Montanet, ha tenido a bien realizar los nombramientos del **Rvdo. Sr. D. Luis Rodríguez Álvarez** como Consiliario de la Asociación Diocesana de Escutismo; de **D. Raúl Rodríguez Iglesias** como Delegado de la Asociación Diocesana de Escutismo; del **Rvdo. Sr. D. Emilio José Gil Fernández** como Párroco de San Pedro de Solveira de Limia y Administrador parroquial de Santa María Magdalena de Paradiña, San Andrés de Piñeira Seca, Santa María de Perrelos, San Pedro de Boado y Santa María de Alberguería; del **Rvdo. Sr. D. José Ramón García Rivero** como Párroco de San Salvador de Vila de Rei y Administrador parroquial de San Román de Vilaseca, Santa Mariña de Escornabois, San Lorenzo de Nocelo da Pena y Santa María de Lodoselo; del **Rvdo. Sr. D. Alberto López Vázquez** como Párroco de San Martín de Abavides y Administrador parroquial de San Salvador de Riofreixo (Sarreaus), San Salvador de Faramontaos, Santa María de Zós y Santo Tomé de Moreiras y del **Rvdo. Sr. D. Luis Javier González Seguí**n como Párroco de San Pedro de Castro Laza y Administrador parroquial de Nuestra Señora de las Nieves de Carraxo, Santiago de Corrichouso y Santiago de Freixo.

Con fecha *16 de marzo de 2012* a **D. Daniel Argiz Rodríguez** como Ecónomo de la Diócesis de Ourense.

Con fecha *22 de marzo de 2012*: **Rvdo. Sr. D. José Ramón Domínguez Castro**, Secretario de la Delegación Diocesana de Economía y al **Rvdo. Sr. D. Javier Arce Rodríguez**, Vicesecretario de la Delegación Diocesana de Economía.

DECRETOS

**Nos el Doctor José Leonardo Lemos Montanet,
por la Gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Ourense**

DECRETO:

Ante la necesidad de clarificar las obligaciones y deberes que, en el ejercicio de su misión, debe desarrollar el Ecónomo Diocesano para llevar a cabo a plena satisfacción del Obispo diocesano y según lo que determina el C.I.C. canon 492 y ss., así como de los organismos colaboradores del mismo y sus funciones, por el presente

Aprobamos el Estatuto del Ecónomo Diocesano, de la Diócesis de Ourense.

Dado en Ourense a veintidós de marzo de dos mil doce.

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense

Por mandato de su Excia. Rvdma.
Vicecanciller-Secretario

ESTATUTO DEL ECÓNOMO DIOCESANO

Artículo 1

1. El Ecónomo diocesano es un colaborador del Obispo -responsable máximo y director del empleo de los bienes de la Diócesis encomendada a su solicitud pastoral- que, actuando siempre bajo la autoridad de este, conforme en todo a su voluntad e intenciones personalmente manifestadas, y siguiendo las directrices emanadas del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos, se encarga de la

ejecución de las decisiones de la autoridad eclesiástica referidas a la administración de los bienes de la Diócesis, para que sirvan a los fines que les son propios.

2. El Obispo, oídos previamente el Colegio de Consultores y el Consejo Diocesano de Asuntos Económicos, nombrará para este oficio una persona que, además de la necesaria probidad de vida, destaque por su cualificación en materias económicas y administra-

tivas, por su conocimiento de la legislación canónica y civil sobre los bienes temporales, así como por poseer un auténtico sentido eclesial que refleje con claridad el fin perseguido por la Iglesia en el uso de bienes materiales.

3. Será nombrado para un plazo de cinco años, no debiendo ser removido durante el mismo si no es por causa grave que el Obispo habrá de ponderar habiendo oído al Colegio de Consultores y al Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.

Artículo 2

Para el cumplimiento efectivo de la misión definida en el artículo anterior, el Ecónomo:

1. Se encarga de administrar los bienes de titularidad diocesana, bajo la autoridad del Obispo y de acuerdo con el modo fijado por el Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.

2. Efectúa, con los ingresos propios de la Diócesis, los gastos que le ordene legítimamente el Obispo o, en su caso, quienes, mediante escrito, hayan sido encargados por él.

3. Informa frecuentemente al Obispo y, periódicamente, al Consejo Diocesano de Asuntos Económicos, de la marcha de la situación financiera de la Diócesis, presentándoles, a fin de año, la cuenta definitiva de ingresos y gastos del ejercicio que termina.

4. Ejecuta las normas emanadas de la autoridad eclesiástica competente por las que se rija la administración del Fondo Común Diocesano y del Fondo para la Sustentación del Clero.

5. Por encargo del Obispo, vigila diligentemente la administración de los bienes pertenecientes a aquellas personas jurídicas públicas que dependan de la Diócesis de Ourense.

Artículo 3

1. Para el cumplimiento de las funciones que le son propias, el Ecónomo diocesano contará con la colaboración de las oficinas: Secretaría de Asuntos Económicos, Contabilidad, Patrimonio Eclesiástico, Pagaduría, y otras, que en su momento, la autoridad competente considere necesarias y que estarán siempre bajo su dirección y presidencia, tanto en lo que se refiere a las personas que las integran como a la programación y control del trabajo que realizan.

2. Las distintas oficinas le prestarán ayuda al Ecónomo y acatarán sus determinaciones que deberán contar siempre con el visto bueno del Obispo.

Sus funciones son las siguientes:

1º. Ayudarán al Ecónomo en la preparación del balance definitivo anual que ha de presentar ante el Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.

2°. Vigilarán la efectiva aplicación del presupuesto aprobado, informando periódicamente al Ecónomo en su cometido de ejecución del presupuesto anual aprobado.

3°. Procurarán que, en la realización de cobros y pagos, éstos sean conformes a las normas presupuestarias, estén adecuadamente documentados y gocen de la debida autorización. Así mismo velarán para que todas las operaciones financieras, tanto de entradas como salidas, sean debidamente contabilizadas según las normas contables generales y canónicas.

4°. También garantizarán la adecuación entre los balances existentes y las situaciones financieras reales. Con el fin de complementar convenientemente la labor de esta oficina, el Obispo encargará, periódicamente, si lo estima oportuno, la realización de auditorías a personas solventes del ramo, cuyos resultados se presentarán al Consejo Diocesano de Asuntos Económicos. En

todo caso, en situación de sede vacante, habrá de proveerse para que al término de la misma pueda contarse con un informe económico y patrimonial de la Diócesis debida y externamente auditado.

5°. Informar al Obispo, *quam primum*, de cualquier irregularidad que detecten en el desempeño de sus funciones.

3. La Secretaría de Asuntos Económicos se cuidará de que la Oficina de Patrimonio Eclesiástico asuma la tarea de catalogación e inmatriculación de todos los bienes inmuebles de la Diócesis, de las parroquias y de otras entidades canónicas, conociendo el estado de los mismos y velando por la optimización de estos recursos.

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense.

Por mandato de su Excia. Rvdma.
El Vicecanciller-Secretario

DECRETO DE CONSTITUCIÓN DEL NUEVO CONSEJO DIOCESANO DE ASUNTOS ECONÓMICOS

**Nos el Doctor José Leonardo Lemos Montanet,
por la Gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de Ourense**

Hacemos saber que:

Por razón de su ministerio, corresponde al Obispo la organización de todo lo relacionado con la administración de los bienes eclesiásticos, mediando oportu-

nas normas e indicaciones, de acuerdo con las directrices de la Sede Apostólica y atendiendo a las orientaciones de la Conferencia Episcopal Española.

Ateniéndose a esta realidad, el 7 de enero de 1985 mi predecesor, de venerada memoria, Mons. Temiño Sáiz, erigió en esta Iglesia particular el Consejo de Asuntos Económicos, según determina el C.I.C. canon 492 y ss. Posteriormente, tanto Mons. Diéguez Reboredo como Mons. Quintero Fiuza reformaron los Estatutos del mencionado Consejo.

En este momento, con la finalidad de hacer más eficaz y operativa la compleja administración de esta Iglesia particular se ha creado la Delegación Diocesana de Economía y no solo se ha nombrado a un experto en materias económicas como Ecónomo Diocesano, sino que con el fin de que el Obispo pueda ser asesorado en la administración de estos bienes, cuenta con el preceptivo Consejo de Asuntos Económicos. De ahí que después de haberlo estudiado y consultado, convenientemente,

Por la presente, venimos en nombrar y **NOMBRAMOS** los nuevos miembros que componen el mencionado Consejo:

CONSEJO DIOCESANO DE ASUNTOS ECONÓMICOS

1. Ilmo. Sr. D. José Estévez Armada. Vicario General.
2. D. Daniel Argiz Rodríguez. Ecónomo Diocesano.
3. Rvdo. Sr. D. José Ramón Domínguez Castro. Secretario de la Delegación de Economía.
4. Rvdo. D. Rufino Estévez Pérez. Párroco de Leiro.
5. Rvdo. Sr. D. Martín Atanes Losada. Contable de la Delegación de Economía.
6. Rvdo. Sr. D. Camilo Salgado Vázquez. Administrador del Seminario.
7. Rvdo. Sr. D. Oscar Martínez Caamaño. Administrador parroquial de Castrelo do Val.
8. Dña. María Tabarés Domínguez. Abogada.
9. D. Ángel Barajas Alonso. Profesor de Economía Financiera de la Universidad de Vigo. Campus de Ourense.

Constituirán la Comisión Permanente, de acuerdo con los Estatutos aprobados (Art. 11) los siguientes señores:

1. Ilmo. Sr. D. José Estévez Armada. Vicario General.
2. D. Daniel Argiz Rodríguez. Ecónomo Diocesano.
3. Rvdo. Sr. D. José Ramón Domínguez Castro. Secretario de la Delegación de Economía.
4. Rvdo. Sr. D. Martín Atanes Losada. Contable de la Delegación de Economía.
5. Rvdo. Sr. D. Camilo Salgado Vázquez. Administrador del Seminario.
6. Rvdo. Sr. D. Oscar Martínez Caamaño. Administrador parroquial de Castrelo do Val.

Notifíquese y publíquese.

Dado en Ourense a veintiocho de marzo de dos mil doce.

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense.

Por mandato de su Excia.Rvdma.
El Vicecanciller-Secretario

VICARÍA JUDICIAL

TRIBUNAL ECLESIAÍSTICO
De la
DIOCESIS DE OURENSE

EDICTO

**EL ILMO. SR. VICARIO JUDICIAL DEL OBISPADO DE OURENSE,
DON TOMÁS COUGIL GIL,**

HACE SABER: Que en el Tribunal Eclesiástico de esta Diócesis se tramita causa de nulidad de matrimonio 8/2011, en la que es parte actora Dn. ANTONIO ROS RUIZ y demandada la esposa, Dña. MARÍA JOSÉ PISSARRO PEREIRO.

Se ha citado, (c. 1507 § 1) a la esposa al domicilio que figura en el escrito de demanda, mediante exhorto al Tribunal Metropolitano de Madrid.

El Tribunal exhortado en escrito de fecha 18 de Febrero de 2012, devuelve el exhorto “dado que la esposa-demandada no ha comparecido ante nuestro Tribunal, habiendo sido citada por dos veces.” En la citación figura “caducado”.

Por ello citamos a través del Boletín Oficial de la Diócesis a Dña. MARÍA JOSÉ PISSARRO PEREIRO, para que en el plazo de un mes, se persone en este Tribunal para contestar a la demanda y manifestar su actitud procesal.

Dado en Ourense a veintitrés de Febrero de dos mil doce.

EL VICARIO JUDICIAL,



Notario-Actuario,



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Nota final de la CCXXIII reunión de la Comisión Permanente de la CEE

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su CCXXIII reunión los días 28 y 29 de febrero de 2012.

Plan Pastoral

Uno de los temas del orden del día ha sido el nuevo Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española. El documento girará en torno a la nueva evangelización e integrará temas referentes a la Pastoral Juvenil, el Doctorado de San Juan de Ávila y el V Centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús. El texto pasa a la próxima Asamblea Plenaria para su estudio y eventual aprobación.

Segundo Catecismo de infancia: Testigos del Señor

El Presidente de la Subcomisión Episcopal de Catequesis, Mons. D. **Javier Salinas Viñals**, ha presentado el proyecto de un segundo catecismo de infancia-adolescencia, que podrá llevar por título *Testigos del Señor*. Este Catecismo irá destinado a niños de entre 10 y 14 años, para dar continuidad a *Jesús es el Señor*, concebido para la iniciación cristiana de los niños de

6 a 10 años y que fue aprobado por la Asamblea Plenaria en su reunión del 3 al 7 de marzo de 2008. El nuevo texto será presentado, previsiblemente, en la Comisión Permanente de otoño y posteriormente pasará a la Plenaria de noviembre.

Congreso de Pastoral Juvenil

Mons. D. **Carlos Osoro Sierra**, Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, ha presentado una serie de propuestas para la celebración de un Congreso Nacional de Pastoral Juvenil. La Permanente ha dado su visto bueno para que las propuestas pasen a la próxima Plenaria.

Congreso de Pastoral Hospitalaria

Mons. D. **Sebastián Taltavull Anglada**, Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral, ha presentado un proyecto para la celebración de un Congreso sobre Pastoral Hospitalaria. El Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes Sanitarios celebrará su Conferencia Internacional de este año sobre el tema *El Hospital, lugar para la Nueva Evangelización*. En este contexto, se propone el mencionado proyec-

to de Congreso, que trataría sobre la asistencia religiosa católica en los hospitales y se llevaría a cabo como acción de la Conferencia Episcopal Española a través de la Comisión Episcopal de Pastoral.

La próxima Asamblea Plenaria decidirá sobre el Congreso y sus posibles contenidos y fechas de realización.

Proyectos de iluminación de catedrales y otros templos

El pasado día 6 de febrero, el Cardenal Presidente de la CEE y el Presidente de la Fundación ENDESA firmaron un nuevo convenio (2012-2016) para la iluminación de Catedrales y otros templos. La Comisión Permanente ha delegado en el Comité Ejecutivo que, en su próxima reunión, aprobará un primer grupo de proyectos concretos que se beneficiarán de este convenio.

Nuevos requisitos de la DECA

La Comisión Permanente ha aprobado los nuevos requisitos para la obtención de la DECA (Declaración Eclesiástica de Competencia Académica), expedida por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, y necesaria para ser Profesor de Religión Católica. En breve estarán disponibles en <http://www.conferenciaepiscopal.es/index.php/deca-dei.html>

Asamblea Plenaria, del 23 al 27 de abril

Los obispos han aprobado el orden del día de la XCIX Asamblea Plenaria, que se celebrará del 23 al 27 de abril de 2012. Por su parte, las Comisiones Episcopales han informado sobre el cumplimiento del Plan Pastoral vigente y se han revisado distintos asuntos de seguimiento.

Nombramiento Presidente Comité Nacional Diaconado Permanente

La Comisión Permanente ha nombrado al Obispo de Tenerife, Mons. D. **Bernardo Álvarez Afonso**, Presidente del Comité Nacional para el Diaconado Permanente.

Otros nombramientos

D. David González Fernández, laico de la Diócesis de Zamora, como Presidente General del “*Movimiento de Jóvenes Rurales Cristianos*” (MJRC).

D^a Myriam M^a Inmaculada García Abrisqueta, laica de la Archidiócesis de Madrid, como Presidenta de “*Manos Unidas*”, prorrogando su mandato (que concluye el 19 de junio) hasta la celebración de la Asamblea Extraordinaria de dicha Asociación que tendrá lugar en el mes de octubre del año en curso.

D. Rafael Serrano Castro, laico de la Archidiócesis de Madrid, como Secretario General de “*Manos Unidas*”.

La Conferencia Episcopal Española entrega a Cáritas 5 millones de euros

Miércoles, 07 de Marzo de 2012

El Secretario General de la Conferencia Episcopal Española (CEE), Mons. D. Juan Antonio Martínez Camino, ha entregado a Cáritas, en nombre de la CEE, una aportación económica de 5 millones de euros, según se aprobó en la reunión que la Asamblea Plenaria celebró el pasado mes de noviembre.

En nombre de la institución, ha recibido el cheque simbólico su Presidente, Rafael del Río, que ha estado acompañado por los directores de varias Cáritas diocesanas (Madrid, Alcalá, Getafe, Zaragoza y regional de Aragón, Pamplona y Salamanca) en representación del conjunto de la Confederación Cáritas.

La CEE ha donado 13,8 millones de euros en cuatro años

Este gesto se realiza por cuarto año consecutivo y la cantidad se ha incrementado en un 25 % respecto al año pasado.

Los obispos españoles, en la Asamblea Plenaria de noviembre de 2008, decidieron donar a las diferentes Cáritas diocesanas el 1% del total del Fondo Común Interdiocesano, lo que supuso una aportación de 1,9 millones de euros. La cantidad se ha ido incrementando anualmente has-

ta situarse en el 2,17%. Así, en 2009 se entregaron 2,9 millones de euros; 4 millones en el 2010, y 5 millones en el 2011. En total, la CEE ha donado en estos años a las Cáritas Diocesanas un total de 13,8 millones de euros.

Hoy se ha hecho efectiva, de manera simbólica, la entrega de la aportación correspondiente al año 2011, en un momento en que las Cáritas se enfrentan a “las nuevas formas de pobreza” como ha constatado la directora de Cáritas Salamanca, Carmen Calzada. Desde Cáritas, según se ha recordado se está haciendo un gran esfuerzo para atender de forma integral a las personas, siempre reconociendo y respetando su dignidad para ayudarles de la mejor forma posible en sus dificultades. Calzada ha agradecido expresamente a Mons. Martínez Camino el gesto de la Conferencia Episcopal Española que “nos permite hacer operativo el Amor de Dios con los más necesitados”.

También el director de Cáritas Pamplona, Ángel Iriarte, ha destacado cómo en estos tres ó cuatro últimos años han aumentando las demandas, que son más profundas y que afectan, en buena medida, a necesidades básicas como son la alimentación o la vivienda. Pero a su vez ha resaltado cómo también los donantes han aumentado considerablemente.

Asimismo, Iriarte ha afirmado que “la entrega de este donativo no se puede entender como un momento aislado de colaboración de la Iglesia con Cáritas. Este es el trabajo de la misma Iglesia en el campo de la acción social y en cada diócesis nos preside un obispo que nos anima, apoya y alienta”.

Cáritas es la Iglesia y la Iglesia también es Cáritas

Supone el 2,17% del Fondo Común Interdiocesano

Al finalizar el acto, Mons. Martínez Camino ha agradecido a Cáritas Española su labor de coordinación y la presencia de los representantes de las diferentes Cáritas diocesanas, que nos ayuda a ver a dónde va el dinero, dónde está y qué es verdaderamente Cáritas”. “Caritas –ha subrayado el Secretario de la CEE- es la Iglesia en su estructura más fundamental, que es

la parroquia. No habría Iglesia sin el anuncio de la Palabra, sin la celebración de los Sacramentos y tampoco la habría sin el ejercicio de la caridad. Cáritas es la Iglesia y la Iglesia también es Cáritas”.

El donativo de 5 millones de euros, como ha señalado Mons. Martínez Camino, “es un pequeño esfuerzo, lo fundamental es lo que hacen los miles de voluntarios que entregan su tiempo a Cáritas. Queremos seguir haciendo este gesto simbólico para animar a todos los católicos a que sigan colaborando con Cáritas y queremos también animar a los jóvenes a que se incorporen al voluntariado”.

En España, Cáritas cuenta en la actualidad con casi 62.000 voluntarios que, como han señalado los participantes en el acto, suponen la base fundamental del trabajo que la institución desarrolla en favor de los que más lo necesitan.

Mensaje para la Jornada de Vocaciones Nativas 2012

Por D. Anastasio Gil García. Director Nacional de OMP

La Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española ha aprobado que la Jornada de Vocaciones Nativas se celebre el último domingo de abril, en sintonía con

el deseo de la Secretaría General de la Obra Pontificia de San Pedro Apóstol, que señala el tiempo de Pascua como el más adecuado para esta celebración. Algunos años, como este, coincide con la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. Esta coincidencia,

lejos de distorsionar la finalidad de cada una de ellas, las refuerza en un único propósito: orar por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, y cooperar con recursos espirituales, personales y económicos para su sostenimiento. En el caso de las vocaciones nativas, con mucho más motivo, porque la intención de la Jornada es suscitar una auténtica complicidad para que ninguna vocación incipiente en los territorios de misión se pierda por carecer de estas ayudas necesarias.

Respecto a la celebración de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones y a su implantación en las comunidades cristianas, contamos con que quienes tienen la misión de promoverla, tanto a nivel nacional como local, procuran poner todos los medios para su realización. En cuanto a la Jornada de Vocaciones Nativas, a pesar de los esfuerzos que se están haciendo, creemos que su celebración es claramente mejorable. A lo largo del año, se viven muchos gestos de cooperación de personas que han descubierto su importancia y necesidad, especialmente de personas mayores, pero habría que hacer un nuevo esfuerzo para revitalizar su celebración en parroquias, colegios, comunidades de religiosos y religiosas, y en los grupos y movimientos apostólicos.

Quienes no acaban de entender su necesidad, recurren al argumento

de considerar excesivo el número de jornadas misioneras en el Calendario Litúrgico. La frecuente referencia a estas intenciones “extraordinarias” distrae –dicen– a los fieles de su participación en el ritmo ordinario del año litúrgico. Puede haber otras razones más prosaicas, que pueden ser una coartada para salvaguardar el repliegue sobre los propios intereses y necesidades.

Necesidad de colaborar con los seminarios y noviciados

Traigamos a consideración algunos argumentos para reforzar la convicción de quienes colaboran con la Iglesia universal en esta Jornada misionera, o para sugerir alguna reflexión en quienes de modo ordinario no consideran oportuno implicarse en esta tarea: 1. La actividad misionera de la Iglesia tiene como principal finalidad promover comunidades cristianas donde se confiese la fe, se celebren los sacramentos y se vivan las exigencias de la caridad. Así nacen y se desarrollan las pequeñas “ekklésias” en el mundo, y especialmente en los territorios de misión. Estas comunidades solo pueden estar consolidadas cuando es posible la celebración de la Eucaristía por parte del ministerio sacerdotal. Al principio, estos ministros proceden de “fuera”, son los misioneros que vienen de lejos, hasta que en la misma comunidad Dios suscita el carisma vocacional en aquellos que son llamados al orden de los presbí-

teros. Solo cuando en el seno de esa comunidad han nacido y madurado las vocaciones nativas puede decirse que dicha comunidad cristiana se ha consolidado.

2. Dios está suscitando innumerables vocaciones a la vida consagrada y al sacerdocio en los territorios de misión. Mientras en los ámbitos de la vieja cristiandad están decreciendo las vocaciones, en estos países la respuesta es muy generosa en los jóvenes que inicialmente sienten la necesidad de entregarse. A partir de ese momento, se abre un largo camino de acompañamiento, discernimiento y maduración de la vocación. Años difíciles para el sujeto y para quienes tienen la misión de ayudarlo en su crecimiento. Si a esta tarea oculta y silenciosa se añade la carencia de recursos materiales para su sostenimiento, las vocaciones pueden perderse para siempre.

3. La confesión de fe reafirma que la Iglesia es universal, sin compartimentos estancos. Es un grave error dividirla en Iglesias del Norte y del Sur, en Iglesias ricas y pobres, en Iglesias retrógradas y avanzadas. Este afán por dividir socava el subsuelo de la Iglesia una y católica. Desde esta perspectiva universal, escuchamos la invitación del Maestro a rogar al Dueño de la mies que envíe operarios a su mies (“su”, no la “nuestra”). De hecho, así están apareciendo vocaciones a la vida consa-

grada y al sacerdocio en los lugares más insospechados. Por esta generosidad, hemos de dar gracias a Dios y seguir respondiendo con nuestra súplica, pidiendo la perseverancia y fidelidad de cada una de ellas, y con la cooperación económica, para atender sus necesidades más urgentes. Más tarde será la Iglesia quien favorezca la oportuna distribución de las vocaciones.

“María alienta las vocaciones en la misión”

Al servicio de esta tarea, vemos la constante presencia alentadora de María. Así lo hizo en los primeros tiempos de la Iglesia. Ella perseveraba en la oración con los llamados. Ella les alentaba a estar vigilantes para recibir la fuerza de la alto, como sucedió a los pocos días, en Pentecostés. Ella era el punto de referencia para la acogida y el fortalecimiento de los primeros que se unían a la labor de los apóstoles.

Obras Misionales Pontificias ha propuesto como lema para la celebración de la Jornada “María alienta las vocaciones en la misión”; lema que ilumina el dibujo del cartel, que representa el acontecimiento de Pentecostés. La contemplación de esta imagen lleva a vislumbrar cómo el aliento del Espíritu sigue haciéndose presente en las comunidades cristianas de los territorios de misión, para fortalecer, también allí, la fe de los que han sido llamados.

Acompañan al cartel otros materiales que pueden ser muy útiles para quienes deseen suscitar en los fieles la colaboración con esta Obra Pontificia de San Pedro Apóstol, que atiende las vocaciones nativas. Pascua Misionera es un subsidio para que, en cinco domingos de Pascua, se pueda conocer la realidad de las vocaciones en cada uno de los cinco continentes, orar por ellas y poner la ayuda económica a disposición de quien corresponda. La estampa oracional recoge una oración que Benedicto XVI compuso hace años, para que los creyentes podamos rezar juntos y en diversas lenguas pedir al Señor la fidelidad de quienes han sido llamados. El tríptico y el sobre se ofrecen como servicio para canalizar los donativos hacia la Dirección Diocesana o Nacional, en la certeza de que esta limosna evangélica llegará al seminario o noviciado deseado, o bien al que más lo necesite, según la voluntad del donante.

Las vocaciones sí importan

Desde el año 1922, en que esta iniciativa de Juana Bigard fue asumida por la Santa Sede, haciéndola Pontificia, la Secretaría General de San Pedro Apóstol tiene el encargo del Santo Padre para atender las necesidades de los seminarios y noviciados, encauzar los donativos y promover la cooperación de los fieles. Más aún, sin ella, ¡cuán-

tas vocaciones se habrían perdido! Muchos de los obispos nativos que hoy hacen presente la apostolicidad de las diócesis en los territorios de misión han podido concluir su recorrido vocacional gracias a la colaboración de esta Obra Pontificia; y también, ¡cuántos sacerdotes o religiosos y religiosas! Los testimonios no se hacen esperar y van llegando a la Dirección Nacional de las OMP, como puede verse en la última sección de esta revista.

Muchos fieles cristianos y responsables de las comunidades (párrocos, rectores de seminario, directores de colegios, etc.) consideran que, para la aportación económica a las misiones, es suficiente con la Jornada del DOMUND. En algunos casos, permiten, por simpatía, promover la colaboración de los niños el día de la Infancia Misionera, pero se resisten a promover de nuevo otra colecta de carácter misional. Desde estas páginas, extendemos la mano en nombre de las vocaciones nativas para suplicar la limosna evangélica. Entre todos podemos financiar cientos de "Becas" para que ninguna de ellas se pierda. El día que dejemos de ayudar a las vocaciones nativas se habrá terminado la actividad misionera de la Iglesia, ya que habríamos ahogado el don con el que Dios quiere enriquecer a las comunidades incipientes.

Notificación sobre algunas obras del Prof. Andrés Torres Queiruga *Comisión Episcopal de Doctrina de la Fe.*

Viernes, 30 de Marzo de 2012

Introducción

1. En repetidas ocasiones, han llegado a la Conferencia Episcopal Española consultas sobre la conformidad de los escritos del Prof. Rvdo. D. Andrés Torres Queiruga con la enseñanza de la Iglesia Católica. Tras un estudio de su abundante producción literaria, la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe ha mantenido un diálogo extenso y detenido con el Autor, después del cual ha considerado necesario ofrecer una clarificación sobre su pensamiento teológico, tomando como referencia algunas de sus obras dedicadas a la Revelación[1], al diálogo de las Religiones[2], y a la Resurrección[3].

2. Un rasgo característico de los escritos del Profesor Torres Queiruga es la preocupación por “repensar” la enseñanza tradicional de la Iglesia con un doble propósito: mostrar de modo comprensible para el hombre de hoy en qué consiste la experiencia de la que habla el anuncio cristiano y expresan las formulaciones de la fe; y presentar una imagen de Dios que, en lugar de suscitar miedo, permita reconocerlo como “todo amor”, y una imagen del cristianismo que le permita no ser excluido del diálogo cultural y religioso. Tal preocupación es, sin

duda, loable, pero habría de realizarse siempre sin reducir la fe cristiana a las categorías de la cultura dominante que pudieran eliminar u oscurecer la novedad introducida por la Encarnación del Hijo de Dios.

1. El llamado “nuevo paradigma”

3. La preocupación por reformular el dogma lleva a Torres Queiruga a proponer un “nuevo paradigma”, según el cual una noción correcta de creación debe respetar y fundar la autonomía de las leyes de la naturaleza[4], pues no sería necesario aceptar ya “intervenciones puntuales” de Dios en el mundo[5]. Esto lleva al Autor a rechazar los milagros e incluso la resurrección de Jesucristo como milagro susceptible de pruebas empíricas[6].

4. La enseñanza de la Iglesia sostiene la clara distinción entre el mundo y el Creador como fundamento de la posibilidad de que Dios intervenga más allá de las leyes que Él mismo ha establecido[7]. Como recordaba Juan Pablo II respecto a los milagros de Cristo: «Está claro que el verdadero obstáculo para aceptarlos como datos, ya de historia ya de fe, radica en el prejuicio antisobrenatural [...] Es el prejuicio de quien quisiera limitar el poder de Dios o restringirlo al orden natural de las cosas, casi como una au-

to-obligación de Dios a ceñirse a sus propias leyes. Pero esta concepción choca contra la más elemental idea filosófica y teológica de Dios, Ser infinito, subsistente y omnipotente, que no tiene límites, sino en el no-ser y, por tanto, en el absurdo»[8]. Es cierto que Dios actúa siempre sosteniendo y guiando al mundo, pero ello no excluye que establezca una relación viva con el hombre en la historia, en la que cabe una Revelación de Dios con nuevas palabras y obras que culmina en la Encarnación.

5. En este nuevo paradigma, no parece quedar clara la distinción entre creación y salvación[9]. Explica el Autor: «Pero si tomamos en serio la relación Creador-creatura, debemos contar con que a la “naturaleza” de ésta pertenece Dios, no ciertamente como pertenencia mundana, sino como fundación trascendente de su mismo ser. Dios no está “fuera”, pues como Creador está siempre sustentando a la creatura; y, creando por amor, no está jamás pasivo ni le es indiferente, sino que, por su parte, es presencia salvadora e iluminadora desde siempre y para todo hombre y mujer»[10].

6. Sin embargo, la enseñanza de la Iglesia nos recuerda que se debe salvaguardar la novedad de la vida en el Espíritu que Cristo nos alcanza. La explicación teológica del Autor sería aceptable siempre que no redujera la gracia y la bienaventuranza a un mero

desarrollo de la naturaleza[11], como si la existencia cristiana consistiera simplemente en hacer explícito lo que ya está implícito. La Revelación expresa la novedad de la vida comunicada por el Espíritu Santo, presentándola como “una nueva creación” (cf. 1 Tm 3, 4-7; Ef 4, 17-24; 2 Cor 5, 17)[12]. La misma creación en Cristo (cf. Col 1,16) y la vocación de todo hombre a Dios (cf. GS 22) nos hablan de esa profunda y siempre novedosa perfección de la gracia como vocación última del hombre. De hecho, la conservación de las criaturas por parte de Dios[13] no agota toda la acción divina, pues «“sin el Creador la criatura se diluye”; menos aún ella puede alcanzar su fin último sin la ayuda de la gracia»[14].

2. Problemas referentes a la Revelación

7. Para exponer su paradigma, el Autor distingue entre la fe de la Iglesia y las diversas interpretaciones que pueden darse de ella, y aboga por la “remodelación en la estructura del conjunto”[15]. Según él, «superada la concepción de la “revelación como dictado”, somos muy conscientes del carácter necesariamente interpretado de toda la revelación bíblica; más aún, de la pluralidad de “teologías” que la habitan, con la consiguiente mediación de la cultura ambiental [...] podrían haber sido muy distintas de haberse extendido el evangelio en otros ámbitos [...] seguirían siendo

“las mismas” – es decir, traducción de la misma experiencia fundamental -, pero resultaría, con toda seguridad, muy difícil ver su parecido con las actuales»[16]. También tiende a interpretar la infalibilidad como característica más de actuaciones que de proposiciones porque en realidad estas requieren un contexto muy determinado vinculado a una serie de supuestos teóricos que «ni son ni pueden ser los nuestros»[17].

8. La enseñanza católica sobre la Revelación, expresada con la autoridad del Concilio Vaticano II, afirma que el lenguaje religioso no es simplemente la expresión de una experiencia determinada de Dios, sino que proporciona información objetiva sobre Él[18]. Si no fuera así, las formulaciones dogmáticas de la Iglesia dependerían completamente de la cultura de su entorno y se limitarían a ser meras aproximaciones a la verdad sobre Dios[19], que permanecería siempre oculto en un apofatismo radical[20]. La Iglesia ha enseñado los límites de nuestro lenguaje acerca de Dios[21], pero ha puesto en guardia ante tales extremos.

9. A partir de las premisas anteriores, la Revelación, según el Autor, se debe entender como un “caer en la cuenta” de lo que ya está en la persona: «Como Sócrates, el profeta o el fundador religioso no “meten” en sus oyentes algo externo que les sea ajeno, sino que les ayudan a caer en la cuen-

ta, a “dar a luz” – “mayéutica” es el arte de la comadrona- lo que ellos o ellas ya son en su realidad más íntima, desde la presencia viva y actuante de Dios en la creación y en la historia (en esto último radica la diferencia con la mayéutica griega)»[22].

10. El profesor Torres Queiruga quiere romper con una concepción de la Revelación como dictado[23] y la entiende como un descubrimiento de Dios ya presente y, en ese sentido, no más misteriosa que otro conocimiento: «Dios no necesita “llegar”, porque ya está siempre. Por eso la revelación efectiva es siempre una experiencia ya realizada, algo con lo que el sujeto religioso se encuentra en el mismo acto de tomar conciencia de ella. [...] Tomada en esta estructura originaria y bajo este aspecto, la revelación no resulta ni más misteriosa ni menos simple que un acto cognoscitivo cualquiera»[24]. «Despertada por la palabra (ex auditu) la persona reconoce y confiesa por sí misma y en sí misma (fides) la presencia reveladora de Dios»[25], y, en este proceso, no se puede recurrir a intervenciones divinas concretas, pues cualquier novedad gratuita e inesperada en realidad ya está siempre presente[26]. En este contexto, prácticamente se da coincidencia entre filosofía y teología, sin que se aprecien grandes diferencias entre razón y fe[27].

11. En la Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal Española

Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II (30-3-2006), n. 9, los obispos españoles afirman: «Resulta incompatible con la fe de la Iglesia considerar la Revelación, según sostienen algunos autores, como una mera percepción subjetiva por la cual “se cae en la cuenta” del Dios que nos habita y trata de manifestárenos. Aun cuando emplean un lenguaje que parece próximo al eclesial, se alejan, sin embargo, del sentir de la Iglesia. Es necesario reafirmar que la Revelación supone una novedad, porque forma parte del designio de Dios que “se ha dignado redimirnos y ha querido hacernos hijos suyos”. Por ello, es erróneo entender la Revelación como el desarrollo inmanente de la religiosidad de los pueblos y considerar que todas las religiones son “reveladas”, según el grado alcanzado en su historia, y, en ese mismo sentido, verdaderas y salvíficas».

12. Aunque el Autor afirme que el “caer en la cuenta” no debe entenderse como una mera percepción subjetiva y que debe considerarse algo profundamente real[28], es difícil ver en su explicación de qué modo la Revelación comunica una verdad salvífica con contenidos objetivos, que mueve al entendimiento y a la voluntad humanos para aceptar una verdad que supera la razón. La noción católica de Revelación, tal como ha sido presentada por los Concilios Vaticano I y II[29], y expuesta en el Catecismo

de la Iglesia Católica[30] conlleva necesariamente esos elementos que el Autor parece excluir en su interpretación.

3. La perspectiva del llamado “pluralismo asimétrico”

13. El Autor propone una teología del “pluralismo asimétrico” para comprender la relación del cristianismo con las otras religiones, las cuales serían expresión de vivencias religiosas de diferente valor con relación al cristianismo; de ahí el carácter asimétrico de este pluralismo religioso, en el cual Cristo aparece como culminación de la experiencia religiosa. Según esta teología, el carácter de plenitud del cristianismo no excluye que las religiones no cristianas puedan haber captado aspectos del Misterio de Cristo que resulten complementarios del cristianismo[31]. De lo cual concluye el Autor que no se debería hacer del cristianismo la realización histórica «perfecta y acabada en todos los aspectos; ni mucho menos, considerar las demás como caminos hacia ella»[32]. Una comprensión así de la plenitud de la Revelación en Cristo, que el Autor dice no negar sino explicar, no parece compatible con lo que el Nuevo Testamento dice de Cristo como Palabra definitiva del Padre, de lo cual dan testimonio los evangelistas: Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre (Jn 14, 6-7).

14. Esta teología del pluralismo asimétrico entiende de modo análogo el concepto de “palabra de Dios” y coloca bajo el mismo las “revelaciones” presentes en las religiones no cristianas. La Declaración sobre la unicidad y universalidad de la mediación salvífica de Cristo y de la Iglesia, *Dominus Iesus*, siguiendo al Concilio Vaticano II, reconoce que los textos sagrados de otras religiones «contienen elementos, gracias a los cuales multitud de personas han podido y todavía hoy pueden alimentar y conservar su relación religiosa con Dios», de suerte que «no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (NA 2). Ahora bien, «la Tradición de la Iglesia reserva la calificación de textos inspirados a los libros canónicos del Antiguo y del Nuevo Testamento, en cuanto inspirados por el Espíritu Santo», por eso el Vaticano II concluye afirmando que estos libros «enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación» (DV 11)[33].

15. Según esto, la Iglesia valora lo que de positivo puede haber en otras tradiciones religiosas, pero mantiene siempre el carácter pleno y definitivo de la Revelación de Jesucristo[34]. Se debe recordar lo que la Congregación para la Doctrina de la Fe afirmó en su día sobre la obra del P. Dupuis: «Debe ser creído firmemente que Jesucristo es mediador, cumplimiento

y plenitud de la revelación. Por lo tanto, es contrario a la fe de la Iglesia sostener que la revelación de o en Jesucristo sea limitada, incompleta e imperfecta. Si bien el pleno conocimiento de la revelación divina se tendrá solamente el día de la venida gloriosa del Señor, la revelación histórica de Jesucristo ofrece ya todo lo que es necesario para la salvación del hombre, y no necesita ser completada por otras religiones [...] es legítimo sostener que el Espíritu Santo actúa la salvación en los no cristianos también mediante aquellos elementos de verdad y bondad presentes en las distintas religiones; pero no tiene ningún fundamento en la teología católica considerar estas religiones, en cuanto tales, como vías de salvación, también porque en ellas hay lagunas, insuficiencias y errores acerca de las verdades fundamentales sobre Dios, el hombre y el mundo»[35].

16. La valoración de las religiones no cristianas propuesta por el profesor Torres Queiruga se entiende dentro de su esquema “no intervencionista”, ya que si Dios se revelara a unos más que a otros sería injusto, de manera que todas las diferencias en este sentido deben ser atribuidas a “diferencias de captación” conforme a las cuales unos “caen en la cuenta” antes que otros[36]. El profesor Torres Queiruga incluso propone el abandono de la categoría bíblica de elección[37], por lo que puede suponer de favoritismo, de modo que

a Dios nunca se le pueda atribuir el mal por conceder a unos más que a otros, lo cual no es compatible con la Historia de la Salvación cuya plenitud se da en Jesucristo. La voluntad salvífica universal conlleva que todo hombre, por medios que Dios conoce, puede alcanzar la salvación[38], lo cual no exige que Dios se tenga que revelar por igual a todos.

4. La resurrección de Jesucristo

17. Desde sus principios teológicos, Torres Queiruga propone una interpretación de la Resurrección en la que «lo que está en juego no son ajustes de detalle, sino la reestructuración del cuadro entero de la comprensión»[39], de modo que «responda a los parámetros de la cultura contemporánea»[40]. Para lograr este objetivo se acerca a los textos bíblicos con una actitud desmitologizadora. Para él una interpretación literal de los testimonios bíblicos no es aceptable, porque fueron escritos en un momento en que «el ambiente cultural era perfectamente receptivo para una comprensión de las manifestaciones de lo divino en la vida humana»[41] y desde una mentalidad «capaz de producir, leer y aceptar este tipo de narraciones»[42]. Desde estos principios, es coherente que el Autor acepte los planteamientos exegéticos más críticos en lo referente a la historicidad de los relatos pascuales, especialmente en lo que se refiere a las narraciones del hallazgo del se-

pulcro vacío[43] y de las apariciones del Resucitado[44].18. Para el Autor, los únicos acontecimientos históricos que están en la base de la fe en la Resurrección son la muerte de Jesús y la fe pascual de los discípulos. Después de la muerte de Jesucristo no hay ningún acontecimiento nuevo en el que se pueda fundamentar el paso de la Cruz a la fe en la Resurrección: «La novedad no puede ser buscada directamente en acontecimientos empíricos o en modificaciones empíricas de la realidad mundana»[45]. Para Torres Queiruga, «la muerte y la resurrección coinciden»[46]. «Puesto que la nueva cosmovisión, en la que ya no cabe un intervencionismo divino, está culturalmente asimilada por todos»[47], la fe pascual no puede fundamentarse en una intervención categorial de Dios, sino en una “experiencia nueva” que tuvieron los discípulos[48], que consistió en caer en la cuenta «de que Jesús no había quedado anulado por la muerte, sino que él mismo en persona seguía vivo y presente, aunque en un nuevo modo de existencia»[49]. Los discípulos llegaron a la fe en que Cristo había resucitado cuando «comprendieron y confesaron que Jesús de Nazaret, asesinado injustamente por su fidelidad, no quedó aniquilado por la muerte física, sino que, en Él, se cumplió de manera ejemplar el destino del justo: Que Dios lo resucitó y que, por eso, continúa vivo a pesar de su derrota aparente»[50]. Se trata de un “descubrimiento revelador”[51] al que

llegaron por unos «acontecimientos y vivencias que, rompiendo la rutina de lo normal, abren los ojos y hacen caer en la cuenta»[52]. Torres Queiruga interpreta estas vivencias, individuales y colectivas que después de la Cruz conmovieron a los individuos y a la comunidad como «vivencias extáticas de una nueva presencia, procesos de conversión y rememoración íntimas, conmociones de sentimientos comunitarios, experiencias litúrgicas, imaginaciones catequéticas y recursos oratorios, reflexiones exegéticas y teológicas... Todo eso y mucho más debió de estar en acto en un momento de enorme receptividad y creatividad religiosa»[53].

19. Este modo de explicar el proceso por el que la comunidad llegó a la fe en la Resurrección de Cristo, lleva al Autor a negar su carácter histórico, aunque afirme la realidad de la misma: «Lo normal es no considerarla como acontecimiento “histórico” sin que esto implique, claro está, la negación de su realidad»[54]. Para él, estamos ante un acontecimiento real pero puramente trascendente: «se trata del acto trascendente que sustenta creadoramente la persona de Jesús, impidiendo que sea aniquilada por la muerte»[55]. No parece respetar, por tanto, el carácter único que tiene el hecho de la Resurrección, puesto que en él se unen historia y trascendencia, tiempo y eternidad. Esto es coherente con su esquema teológico en el que no caben más que dos tipos de

acontecimientos: los que están sometidos en su realidad física a las leyes empíricas o los que están totalmente al margen de las leyes empíricas[56]. Este modo de interpretar la naturaleza del hecho de la Resurrección no concuerda con el Catecismo de la Iglesia Católica, que enseña que, en este caso, estamos ante un acontecimiento “histórico y trascendente”, «real con manifestaciones históricamente comprobadas»[57].

20. Esto nos lleva a la cuestión central que no es otra que el contenido de la fe en la Resurrección. Para Torres Queiruga el acontecimiento de la Resurrección es una acción de Dios por la que impide que Jesús sea anulado por la muerte. La fe en la Resurrección no es aceptar la verdad de un acontecimiento histórico y del que haya manifestaciones históricamente comprobadas, sino tener la convicción de que Jesús está vivo, en un modo de vida en la que hay una ausencia de corporeidad. Por ello, la Resurrección del cuerpo no es un elemento esencial de la fe pascual[58]. Es más, en el pensamiento de Torres Queiruga, lo lógico es que el cuerpo no haya resucitado. Tampoco las apariciones son acontecimientos esenciales para la fe en la Resurrección. Son simplemente “algún tipo de experiencia singular”[59]. El problema, por tanto, no está sólo en que no acepte las apariciones como «manifestaciones históricamente comprobadas» de la Resurrección, sino en que, para él, estos acontecimientos no

han podido ocurrir. Su modo de explicar la fe en la Resurrección de Cristo no incluye ni la resurrección del cuerpo ni las apariciones.

21. Estas afirmaciones del Profesor Torres Queiruga modifican sustancialmente la comprensión que la fe de la Iglesia mantiene a propósito de la Resurrección. El que la Resurrección del Señor no sea una simple revivificación de un cadáver, no conlleva necesariamente que sea algo ajeno a la historia y sin posibilidad de ser verificado por testigos de una manera objetiva. El Catecismo de la Iglesia Católica, que debe ser considerado «como regla segura para la enseñanza de la fe»[60], recoge de una manera muy precisa cómo se debe entender la Resurrección, las apariciones y el sepulcro vacío: «Ante estos testimonios es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico, y no reconocerlo como un hecho histórico»[61]. «Acontecimiento histórico demostrable por la señal del sepulcro vacío y por la realidad de los encuentros de los apóstoles con Cristo resucitado, no por ello la Resurrección pertenece menos al centro del Misterio de la fe en aquello que trasciende y sobrepasa a la historia»[62]. Concebir la Resurrección de otra manera puede conducir a una cierta forma de gnosticismo[63].

5. Problemas de escatología

22. Respecto a la fe cristiana en la resurrección de los muertos, y apo-

yándose en lo que explicaba sobre la Resurrección de Cristo, el Autor niega que se deba distinguir entre un estado del alma separada y una resurrección final porque dichas afirmaciones, según él, se basaban en un esquema mítico, cuando en realidad simplemente hay que hablar de una solidaridad de todos los humanos vivos y difuntos: «la dificultad radical nacía de la vinculación de la resurrección con el cadáver, pues entonces el “alma” tendría que esperar al “cuerpo” para poder reestablecer su plena identidad. Al reconocer a la muerte como un tránsito actual al nuevo modo de ser, la dificultad desaparece por sí misma. Por eso, el Resucitado está ya plenamente con Dios y plenamente con nosotros [...] Con lo cual, se diluye igualmente un problema que fue muy vivo hace tan sólo unas décadas y que, en los términos en que se discutía, hoy nos resulta asombrosamente anacrónico: la discusión acerca del estado intermedio; es decir, de ese “tiempo/no tiempo” en que el “alma” esperaría la resurrección de los “cuerpos” al final del mundo [...] Estos símbolos [Parusía y juicio final] vehiculan en efecto un significado fundamental en la experiencia cristiana, pues aluden a la existencia de una incompletud real y de una espera verdadera también para los resucitados. De entrada, para ellos pudiera parecer anulada por el hecho de que la resurrección sea ya de todos y ya en la muerte. En realidad la verdad de esa espera sale reforzada. Porque, al eliminar los esquemas mí-

ticos de resurrección general al final de los tiempos, se libera su auténtico sentido: el de una íntima comunión y solidaridad de todos los humanos vivos y difuntos; solidaridad que, fundada en Cristo (cf. Gal 3, 28), recoge en sí el pasado y anticipa el futuro, sin que ni siquiera la muerte sea capaz de romperla»[64]. En este sentido, el Autor presenta la Asunción de la Virgen María en cuerpo y alma a los cielos simplemente como una explicación paradigmática de una situación universal[65].

23. Estas afirmaciones del Profesor Torres Queiruga difícilmente resultan compatibles con la enseñanza de la Iglesia tal como la expuso la carta *Recentiores Episcoporum* de la Congregación para la Doctrina de la Fe: «3) La Iglesia afirma la supervivencia y la subsistencia, después de la muerte, de un elemento espiritual que está dotado de conciencia y de voluntad, de manera que subsiste el mismo “yo” humano, carente mientras tanto del complemento de su cuerpo. Para designar este elemento, la Iglesia emplea la palabra “alma”, consagrada por el uso de la Sagrada Escritura y de la Tradición. [...] 5) La Iglesia, en conformidad con la Sagrada Escritura, espera «la gloriosa manifestación de Jesucristo nuestro Señor» (DV I, 4), considerada, por lo demás, como distinta y aplazada con respecto a la condición de los hombres inmediatamente después de la muerte. 6) La Iglesia, en su enseñanza sobre la

condición del hombre después de la muerte, excluye toda explicación que quite sentido a la Asunción de la Virgen María en lo que tiene de único, o sea, el hecho de que la glorificación corpórea de la Virgen es la anticipación de la glorificación reservada a todos los elegidos»[66]. Por lo demás, la Resurrección de la carne conlleva la resurrección de esta carne, aunque resulte transformada, como recordó el segundo Concilio de Lyon[67] y recoge el Catecismo de la Iglesia Católica[68]. También sobre la cuestión del realismo de la resurrección de la carne se pronunció la Congregación para la Doctrina de la Fe en una Nota sobre las traducciones de las palabras “carnis resurrectionem” del Símbolo apostólico: «Abandonar la fórmula “resurrección de la carne” conlleva el riesgo de apoyar las teorías actuales que ponen la resurrección en el momento de la muerte, excluyendo en la práctica la resurrección corporal, en concreto de esta carne»[69].

24. Respecto a la oración por los difuntos, el profesor Torres Queiruga sostiene que «no celebramos la eucaristía por nuestro hermano difunto, sino con nuestro hermano difunto (igual que no se celebra por Jesús, sino con Jesús)»[70]. En este sentido rechaza la objetividad de los textos de las plegarias e incluso de los mismos ritos fúnebres: «Verdaderamente, cuando la sensibilidad está medianamente alerta, asombra pensar que podamos tener la ocurrencia de

intentar “convencerlo” a él, como si nuestro amor por los difuntos fuese mayor que el suyo o fuese más honda nuestra preocupación por su felicidad. Es claro que nadie pretende tal enormidad en su intención subjetiva, pero la objetividad de las plegarias y de los ritos procede demasiadas veces como si nosotros fuéramos los buenos, cariñosos y misericordiosos, que están esforzándose por conmovier a un dios cruel, justiciero y terrible, a quien conviene “propiciar” por todos los medios»[71].

25. Sin embargo la Iglesia manifiesta su fe también en las fórmulas litúrgicas, de las que los ritos funerarios no son una excepción, sino más bien un lugar teológico para la escatología[72]. El Autor ha mostrado reticencias respecto a la oración de petición, pero la Iglesia ha entendido siempre, siguiendo el mandato del Señor, que este aspecto de la oración también debe cultivarse. En el Catecismo de la Iglesia Católica[73], encontramos una exposición de este tipo de oración, que no se puede entender como un “intento de convencer a Dios”, presentación que supone más bien una caricatura. En realidad, se trata simplemente de alcanzar lo que Dios ha dispuesto que se realice mediante la plegaria[74], pues, según la providencia de Dios, determinados efectos se realizan con la colaboración de las criaturas, colaboración que incluye las oraciones[75]. En concreto, respecto al valor de la Eucaristía celebrada y ofrecida por

los difuntos, además de la práctica inmemorial de la Iglesia, los Concilios de Florencia[76] y Trento[77] la han enseñado de manera explícita, insistiendo expresamente en su valor propiciatorio. Son, por tanto, verdaderos actos de solidaridad con los difuntos, en la comunión de los santos. El Catecismo de la Iglesia Católica[78] ha recordado de nuevo esta enseñanza, con una peculiar alusión al Concilio Vaticano II[79].

Conclusión

26. La Iglesia alienta la tarea de los teólogos y valora profundamente el empeño por comunicar la Palabra de Dios respondiendo a las inquietudes de nuestro tiempo. Sin embargo, no debe olvidarse que el uso de determinados instrumentos filosóficos o históricos debe estar guiado por la misma doctrina revelada. Es necesario profesar la fe de la Iglesia según la interpretación constante que Esta ha mantenido, siendo conscientes de que el valor de las intervenciones magisteriales no es fruto de una teología opinable, sino de la asistencia del Espíritu Santo[80]. La noción de cambio de paradigma empleada por el profesor Torres Queiruga y las conclusiones que se siguen de ella no siempre son compatibles con la interpretación auténtica que ha dado la Iglesia a la Palabra de Dios escrita y transmitida.

27. A modo de síntesis, los elementos de la fe de la Iglesia que quedan dis-

torsionados en los escritos del profesor Torres Queiruga son los siguientes:

– La clara distinción entre el mundo y el Creador, y la posibilidad de que Dios intervenga en la historia y en el mundo más allá de las leyes que Él mismo ha establecido.

– La novedad de la vida en el Espíritu que Cristo nos alcanza, con la consiguiente distinción entre naturaleza y gracia, entre creación y salvación. Así como, la necesidad de la gracia sobrenatural para alcanzar el fin último del hombre.

– El carácter indeducible de la Revelación, mediante la cual Dios ha dado a conocer al hombre su designio salvífico, eligiendo a un pueblo y enviado a su Hijo al mundo.

– La unicidad y universalidad de la Mediación salvífica de Cristo y de la Iglesia.

– El realismo de la resurrección de Jesucristo, en cuanto acontecimiento histórico (milagroso) y trascendente.

– El sentido genuino de la oración de petición, así como el valor de la intercesión y mediación de la Iglesia en su oración por los difuntos, especial-

mente en la Eucaristía.

– La distinción real entre el momento de la muerte personal y el de la Parusía, entendida ésta como culminación y plenitud de la Historia y del mundo.

28. Con la presente Notificación, la Comisión para la Doctrina de la Fe quiere salvaguardar aspectos esenciales de la doctrina de la Iglesia para evitar la confusión en el Pueblo de Dios y contribuir al fortalecimiento de su vida cristiana; espera igualmente que el Prof. A. Torres Queiruga siga clarificando su pensamiento y lo ponga en plena consonancia con la tradición de fe autorizadamente enseñada por el Magisterio de la Iglesia.

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, en su CCXXIII reunión, dio su aprobación a la publicación de la presente Nota en la sesión celebrada en Madrid el 29 de febrero de 2012.

+ Adolfo González Montes,
Obispo de Almería, Presidente

José Rico Pavés,
Secretario

NOTAS

[1] Repensar la revelación. La revelación divina en la realización humana, Trotta, Madrid 2008, 574 pp. [=Revelación].

[2] Dialogo de las Religiones y autocomprensión cristiana, Sal Terrae, Santander 2005, 151 pp. [= Religiones].

- [3] Repensar la resurrección. La diferencia cristiana en la continuidad de las religiones y de la cultura, Trotta, Madrid 32005, 374 pp. [= Resurrección].
- [4] Resurrección, 110-111.
- [5] Cf. Resurrección, 104-105.
- [6] Cf. Resurrección, 33.
- [7] En el siglo XIX, el Concilio Vaticano I, en la Constitución Dei Filius, habló de los milagros como ayudas para la Revelación (cf. DH 3009) y declaró condenada la negación de su posibilidad (cf. DH 3034). En la época de la controversia modernista, de nuevo se tuvo que recordar esta verdad (cf. DH 3485). El Concilio Vaticano II ha vuelto a hablar de los milagros en la Constitución Dei Verbum 4.
- [8] Juan Pablo II, Catequesis del 9-XII-1987, 7 en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, X, 3 (1987) 1359.
- [9] Cf. Resurrección, 12. En este sentido para el Autor toda la historia es historia de la salvación en cuanto el ser humano acoge la iniciativa de Dios (cf. Revelación, 423), pero esta iniciativa no puede consistir en intervenciones puntuales de Dios (cf. Revelación, 202) y se tiende a identificar con la conservación de la criatura por parte de Dios (cf. Revelación, 430).
- [10] Revelación, 242.
- [11] El Magisterio de la Iglesia tuvo que recordar en diversos contextos estas verdades, como en el Concilio de Vienne, cuando se enseña que no se puede alcanzar la bienaventuranza sin el don gratuito del lumen gloriae (cf. DH 895); o frente al sínodo de Pistoia, afirmando que la primera santificación del hombre que Dios le otorgó no era algo debido o consecuencia de su naturaleza (cf. DH 2616); o en la Encíclica *Humani generis* de Pío XII, sosteniendo que la creación de criaturas intelectuales no conlleva de por sí la ordenación a la visión beatífica (cf. DH 3891). Más recientemente, al investigar las causas de algunos errores en el campo de la oración cristiana, la Congregación para la Doctrina de la Fe recordó las desviaciones gnósticas para las que la gracia era un bien natural del alma, de modo que no haría falta implorarla a Dios como don (cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Orationis formas*, 8 en *Id.*, Documentos 1966-2007 (ed. E.Vadillo Romero) [=Doc.] 70, 15/463).
- [12] Cf. Concilio de Trento, Decreto sobre la justificación, cap. 7 (DH 1528-1529).
- [13] La presentación que hace el Autor de la conservación divina tiene alguna expresión confusa, como la citada afirmación de que a la “naturaleza” de la criatura pertenece Dios como fundación trascendente de su ser (cf. Revelación, 242), lo cual no muestra con claridad la distinción *re et essentia* entre Dios y las criaturas que enseña el Concilio Vaticano I (DH 3001; 3023-3025; cf. también DH 2846).
- [14] Catecismo de la Iglesia Católica [= CCE] 308.
- [15] Resurrección, 27.
- [16] Religiones, 96-97.
- [17] Revelación, 491.
- [18] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Notificación sobre la obra «Jesus Symbol of God» del P. Roger Haight, sj, I (Doc. 104, 11/760).
- [19] La Congregación para la Doctrina de la Fe en *Mysterium Ecclesiae* enseñó que las fórmulas dogmáticas no son meras aproximaciones (cf. Doc. 17, 20/83) y se ha opuesto a un relativismo dogmático tanto en la notificación sobre Leonardo Boff (cf. Doc. 58, 14/319)

como en la *Dominus Iesus* 4 (cf. Doc. 90, 7-8/614-615). Este relativismo de hecho disuelve la verdad acerca de Dios en el entorno cultural y filosófico de cada momento, como se tuvo que recordar a Tissa Balasuriya (cf. Doc. 83, 19/568) y a Jon Sobrino (cf. Doc. 106, 10/770-771).

- [20] Las indicaciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe acerca de las obras de Tony de Mello (cf. Doc. 85, 2/576) son muy significativas a este respecto, y no resulta extraño que el profesor Torres Queiruga haya dirigido la edición de sus obras completas y le cite elogiosamente en *Religiones*, 101, simplemente aludiendo a que se pueden haber producido algunos equívocos. El apofatismo radical de Tony de Mello parece ir más allá de “algunos equívocos”.
- [21] Uno de los textos más significativos y solemnes lo encontramos en la enseñanza trinitaria del Concilio IV de Letrán: «Entre el creador y la criatura no se puede señalar la semejanza sin dejar de señalar que la desemejanza es mayor» (DH 806); cf. CCE 39-43; Conferencia Episcopal Española, Instrucción Pastoral Teología y Secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II (30.3.2006) [= TYSE] 14.
- [22] *Religiones*, 16-17; cf. *Resurrección*, 33. También en *Revelación* este planteamiento aparece desarrollado con amplitud, aunque encontramos presentaciones sintéticas del mismo, como en *Revelación*, 425; 506-507 entre otros.
- [23] Cf. *Revelación*, 109-110.
- [24] *Revelación*, 201; cf. *ibid.* 239.
- [25] *Revelación*, 135. Más adelante (p. 430) aclara que el por sí misma incluye fundada y promovida por Dios, pero con esto no se admite realmente que la revelación supere las fuerzas de la naturaleza (cf. CCE 50; 1998).
- [26] Cf. *Revelación*, 225.
- [27] Cf. *Revelación*, 432-433.
- [28] Cf. A. Torres Queiruga, «Revelación como “caer na conta”: razon teológica e maxisterio pastoral» en *Encrucillada* 149 (2006) 357-373.
- [29] La hermenéutica de la contraposición entre ambos que propone el Autor no ayuda a la correcta comprensión de los mismos, cf. *Revelación*, 110.
- [30] Cf. CCE 51-53; 153-159.
- [31] *Religiones*, 89; cf. *Revelación*, 394.
- [32] *Religiones*, 113.
- [33] Congregación para la Doctrina de la Fe, *Declaración Dominus Iesus*, 8 (Doc. 90, 19-20/619).
- [34] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Declaración Dominus Iesus*, 6 (Doc. 90, 13-14/617-618).
- [35] Doc. 93, 8.13/669-671.
- [36] Cf. *Religiones*, 35-37; *Revelación*, 406-407.
- [37] Cf. *Religiones*, 43-46; *Revelación*, 423.
- [38] Cf. GS 22 y Congregación para la Doctrina de la Fe, *Declaración Dominus Iesus*, 21 (Doc. 90, 60/635).
- [39] *Resurrección*, 31.
- [40] *Resurrección*, 23.

- [41] Resurrección, 57.
- [42] Resurrección, 69.
- [43] Resurrección, 86: «¿La resurrección como tal implica la necesidad de que el sepulcro quedase vacío?».
- [44] Resurrección, 100: «hablar de una visión del resucitado tomando las palabras en el sentido normal carece sencillamente de sentido».
- [45] Resurrección, 153.
- [46] Resurrección, 173; cf. también pp. 205-207. En la p. 206 afirma: «la resurrección acontece en la misma cruz».
- [47] Resurrección, 154.
- [48] Resurrección, 152.
- [49] Resurrección, 155.
- [50] Resurrección, 161; cf. p. 176.
- [51] Resurrección, 176.
- [52] Resurrección, 177.
- [53] Resurrección, 207; p. 209: «la comunidad descubrió la resurrección de Jesús».
- [54] Resurrección, 26; p. 187: «La resurrección es real, pero no física».
- [55] Resurrección, 113.
- [56] Resurrección, 106: «Non datur tertium».
- [57] CCE 639.
- [58] Resurrección, 87: “sea cual fuere el destino del cuerpo físico –del cadáver-, para la fe el resultado es exactamente el mismo”.
- [59] Resurrección, 101.
- [60] Juan Pablo II, Constitución Apostólica *Fidei depositum* (11.10.1992), 4.
- [61] CCE 643; cf. también CCE 645.
- [62] CCE 657.
- [63] «¿cómo no evocar los intentos de una «gnosis» que renacía continuamente bajo múltiples formas, deseando penetrar este misterio con todos los recursos del espíritu humano, esforzándose por reducirlo a las dimensiones de unas categorías plenamente humanas? Tentación muy comprensible, ciertamente, y sin duda inevitable, pero con una tendencia muy inquietante a vaciar imperceptiblemente todas las riquezas y la importancia de lo que, ante todo, es un hecho: la Resurrección del Salvador. También en nuestros días –y no es precisamente a vosotros a quienes debemos recordarlo– vemos cómo esta tendencia manifiesta sus últimas consecuencias dramáticas, llegándose a negar, incluso entre los fieles que se dicen cristianos, el valor histórico de los testimonios inspirados o, más recientemente, interpretando de forma puramente mítica, espiritual o moral, la Resurrección física de Jesús. ¿Cómo no nos ha de doler profundamente el efecto destructor que estas discusiones deletéreas tienen para tantos fieles?»: Pablo VI, Discurso a los participantes en un symposium sobre la Resurrección de Jesucristo, 2, en AAS 62 (1970).
- [64] Resurrección, 227-228.
- [65] Cf. Resurrección, 229-230.
- [66] Doc. 35, 14.16-17/173.

[67] Cf. DH 854.

[68] Cf. CCE 1017.

[69] Doc. 55, 7/280-281.

[70] Resurrección, 300.

[71] Resurrección, 302.

[72] Cf. Doc. 35, 15/173.

[73] Cf. CCE 2629-2633; 2738-2741.

[74] Cf. Santo Tomás de Aquino, Summa Theologiae II-II 83 2.

[75] Cf. CCE 306-308.

[76] Cf. DH 1304.

[77] Cf. DH 1743; 1753; 1820.

[78] Cf. CCE 957-958.

[79] Cf. LG 50.

[80] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Donum veritatis 10. 34 (Doc. 71, 18. 60/483. 493).



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSALSANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ANGELUS

Plaza del San Pedro. Domingo 26 de febrero de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

En este primer domingo de Cuaresma, encontramos a Jesús, quien, tras haber recibido el bautismo en el río Jordán por Juan el Bautista (cf. *Mc* 1, 9), sufre la tentación en el desierto (cf. *Mc* 1, 12-13). La narración de san Marcos es concisa, carente de los detalles que leemos en los otros dos evangelios de Mateo y de Lucas. El desierto del que se habla tiene varios significados. Puede indicar el estado de abandono y de soledad, el «lugar» de la debilidad del hombre donde no existen apoyos ni seguridades, donde la tentación se hace más fuerte. Pero puede también indicar un lugar de refugio y de amparo -como lo fue para el pueblo de Israel en fuga de la esclavitud egipcia- en el que se puede experimentar de modo particular la presencia de Dios. Jesús «se quedó en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás» (*Mc* 1, 13). San León Magno comenta que «el Señor quiso sufrir el ataque del tentador para defendernos con su ayuda y para instruirnos con su ejemplo» (*Tractatus XXXIX, 3 De ieiunio quadragesimae: ccl 138/a, Turnholti 1973, 214-215*).

¿Qué puede enseñarnos este episodio? Como leemos en el libro de la *Imitación de Cristo*, «el hombre jamás está del todo exento de las tentaciones mientras vive... pero es con la paciencia y con la verdadera humildad como nos haremos más fuertes que cualquier enemigo» (*Liber I, c. XIII, Ciudad del Vaticano 1982, 37*); con la paciencia y la humildad de seguir cada día al Señor, aprendemos a construir nuestra vida no fuera de Él y como si no existiera, sino en Él y con Él, porque es la fuente de la vida verdadera. La tentación de suprimir a Dios, de poner orden solos en uno mismo y en el mundo contando exclusivamente con las propias capacidades, está siempre presente en la historia del hombre.

Jesús proclama que «se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios» (*Mc* 1, 15), anuncia que, en Él, sucede algo nuevo: Dios se dirige al hombre de forma insospechada, con una cercanía única y concreta, llena de amor; Dios se encarna y entra en el mundo del hombre para cargar con el pecado, para vencer el mal y volver a llevar al hombre al mundo de Dios. Pero este anuncio se acompaña de la petición de corresponder a un don tan grande. Jesús, en efecto, añade: «convertíos y

creed en el Evangelio» (Mc 1, 15); es la invitación a tener fe en Dios y a convertir cada día nuestra vida a su voluntad, orientando hacia el bien cada una de nuestras acciones y pensamientos. El tiempo de Cuaresma es el momento propicio para renovar y fortalecer nuestra relación con Dios a través de la oración diaria, los gestos de penitencia, las obras de caridad fraterna.

Supliquemos con fervor a María santísima que acompañe nuestro camino cuaresmal con su protección y nos ayude a imprimir en nuestro corazón y en nuestra vida las palabras de Jesucristo para convertirnos a Él. Encomiendo, además, a vuestra oración la semana de ejercicios espirituales que, esta tarde, iniciaré con mis colaboradores de la Curia romana.

Plaza de San Pedro. Domingo, 4 de marzo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo, el segundo de Cuaresma, se caracteriza por ser el domingo de la Transfiguración de Cristo. De hecho, durante la Cuaresma, la liturgia, después de habernos invitado a seguir a Jesús en el desierto, para afrontar y superar con él las tentaciones, nos propone subir con él al «monte» de la oración, para contemplar en su rostro humano la luz gloriosa de Dios. Los evangelistas Mateo, Marcos y Lucas atestiguan de modo concorde el episodio de la transfigura-

ción de Cristo. Los elementos esenciales son dos: en primer lugar, Jesús sube con sus discípulos Pedro, Santiago y Juan a un monte alto, y allí «se transfiguró delante de ellos» (Mc 9, 2), su rostro y sus vestidos irradiaron una luz brillante, mientras que junto a él aparecieron Moisés y Elías; y, en segundo lugar, una nube envolvió la cumbre del monte y de ella salió una voz que decía: «Este es mi Hijo amado, escuchadlo» (Mc 9, 7). Por lo tanto, la luz y la voz: la luz divina que resplandece en el rostro de Jesús, y la voz del Padre celestial que da testimonio de él y manda escucharlo.

El misterio de la Transfiguración no se debe separar del contexto del camino que Jesús está recorriendo. Ya se ha dirigido decididamente hacia el cumplimiento de su misión, a sabiendas de que, para llegar a la resurrección, tendrá que pasar por la pasión y la muerte de cruz. De esto, les ha hablado abiertamente a sus discípulos, los cuales sin embargo no han entendido; más aun, han rechazado esta perspectiva porque no piensan como Dios, sino como los hombres (cf. Mt 16, 23). Por eso Jesús lleva consigo a tres de ellos al monte y les revela su gloria divina, esplendor de Verdad y de Amor. Jesús quiere que esta luz ilumine sus corazones cuando pasen por la densa oscuridad de su pasión y muerte, cuando el escándalo de la cruz sea insoportable para ellos. Dios es luz, y Jesús quiere dar a sus amigos más íntimos la experiencia de esta luz, que habita en él. Así, después de este episodio, él será en ellos una luz inte-

rior, capaz de protegerlos de los asaltos de las tinieblas. Incluso en la noche más oscura, Jesús es la luz que nunca se apaga. San Agustín resume este misterio con una expresión muy bella. Dice: «Lo que para los ojos del cuerpo es el sol que vemos, lo es [Cristo] para los ojos del corazón” (*Sermo 78, 2: pl 38, 490*).

Queridos hermanos y hermanas, todos necesitamos luz interior para superar las pruebas de la vida. Esta luz viene de Dios, y nos la da Cristo, en quien habita la plenitud de la divinidad (cf. *Col 2, 9*). Subamos con Jesús al monte de la oración y, contemplando su rostro lleno de amor y de verdad, dejémosnos colmar interiormente de su luz. Pidamos a la Virgen María, nuestra guía en el camino de la fe, que nos ayude a vivir esta experiencia en el tiempo de la Cuaresma, encontrando cada día algún momento para orar en silencio y para escuchar la Palabra de Dios.

Plaza de San Pedro. Domingo, 11 de marzo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio de este tercer domingo de Cuaresma refiere, en la redacción de san Juan, el célebre episodio en el que Jesús expulsa del templo de Jerusalén a los vendedores de animales y a los cambistas (cf. *Jn 2, 13-25*). El hecho, recogido por todos los evangelistas, tuvo lugar en la proximidad de la fiesta de la

Pascua y suscitó gran impresión tanto entre la multitud como entre sus discípulos. ¿Cómo debemos interpretar este gesto de Jesús? En primer lugar, hay que señalar que no provocó ninguna represión de los guardianes del orden público, porque lo vieron como una típica acción profética: de hecho, los profetas, en nombre de Dios, con frecuencia denunciaban los abusos, y a veces lo hacían con gestos simbólicos. El problema, en todo caso, era su autoridad. Por eso los judíos le preguntaron a Jesús: «¿Qué signos nos muestras para obrar así?» (*Jn 2, 18*); demuéstranos que actúas verdaderamente en nombre de Dios.

La expulsión de los mercaderes del templo también se ha interpretado en sentido político revolucionario, colocando a Jesús en la línea del movimiento de los zelotes. Estos, de hecho, eran «celosos» de la ley de Dios y estaban dispuestos a usar la violencia para hacer que se cumpliera. En tiempos de Jesús, esperaban a un mesías que liberase a Israel del dominio de los romanos. Pero Jesús decepcionó estas expectativas, por lo que algunos discípulos lo abandonaron, y Judas Iscariote incluso lo traicionó. En realidad, es imposible interpretar a Jesús como violento: la violencia es contraria al reino de Dios, es un instrumento del anticristo. La violencia nunca sirve a la humanidad, más aún, la deshumaniza.

Escuchemos entonces las palabras que Jesús dijo al realizar ese gesto: «Quitad

esto de aquí: no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre» (*Jn 2, 16*). Sus discípulos se acordaron entonces de lo que está escrito en un Salmo: «El celo de tu casa me devora» (69, 10). Este Salmo es una invocación de ayuda en una situación de extremo peligro a causa del odio de los enemigos: la situación que Jesús vivirá en su pasión. El celo por el Padre y por su casa lo llevará hasta la cruz: el suyo es el celo del amor que paga en carne propia, no el que querría servir a Dios mediante la violencia. De hecho, el «signo» que Jesús dará como prueba de su autoridad será precisamente su muerte y resurrección. «Destruid este templo -dijo-, y en tres días lo levantaré». Y san Juan observa: «Él hablaba del templo de su cuerpo» (*Jn 2, 19. 21*). Con la Pascua de Jesús, se inicia un nuevo culto, el culto del amor, y un nuevo templo que es él mismo, Cristo resucitado, por el cual cada creyente puede adorar a Dios Padre «en espíritu y verdad» (*Jn 4, 23*). Queridos amigos, el Espíritu Santo comenzó a construir este nuevo templo en el seno de la Virgen María. Por su intercesión, pidamos que cada cristiano sea piedra viva de este edificio espiritual.

Plaza de San Pedro. Domingo 18 de marzo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

En nuestro itinerario hacia la Pascua, hemos llegado al cuarto domingo de Cuaresma. Es un camino con Jesús a

través del «desierto», es decir, un tiempo para escuchar más la voz de Dios y también para desenmascarar las tentaciones que hablan dentro de nosotros. En el horizonte de este desierto se vislumbra la cruz. Jesús sabe que la cruz es el culmen de su misión: en efecto, la cruz de Cristo es la cumbre del amor, que nos da la salvación. Lo dice él mismo en el Evangelio de hoy: «Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna» (*Jn 3, 14-15*). Se hace referencia al episodio en el que, durante el éxodo de Egipto, los judíos fueron atacados por serpientes venenosas y muchos murieron; entonces Dios ordenó a Moisés que hiciera una serpiente de bronce y la pusiera sobre un estandarte: si alguien era mordido por las serpientes, al mirar a la serpiente de bronce, quedaba curado (cf. *Nm 21, 4-9*). También Jesús será levantado sobre la cruz, para que todo el que se encuentre en peligro de muerte a causa del pecado, dirigiéndose con fe a él, que murió por nosotros, sea salvado. «Porque Dios -escribe san Juan- no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (*Jn 3, 17*).

San Agustín comenta: «El médico, en lo que depende de él, viene a curar al enfermo. Si uno no sigue las prescripciones del médico, se perjudica a sí mismo. El Salvador vino al mundo... Si tú no quieres que te salve, te juzgarás a ti mismo» (*Sobre el Evangelio de*

Juan, 12, 12: PL 35, 1190). Así pues, si es infinito el amor misericordioso de Dios, que llegó al punto de dar a su Hijo único como rescate de nuestra vida, también es grande nuestra responsabilidad: cada uno, por tanto, para poder ser curado, debe reconocer que está enfermo; cada uno debe confesar su propio pecado, para que el perdón de Dios, ya dado en la cruz, pueda tener efecto en su corazón y en su vida. Escribe también san Agustín: «Dios condena tus pecados; y si también tú los condenas, te unes a Dios... Cuando comienzas a detestar lo que has hecho, entonces comienzan tus buenas obras, porque condenas tus malas obras. Las buenas obras comienzan con el reconocimiento de las malas obras» (*ib.*, 13: PL 35, 1191). A veces, el hombre ama más las tinieblas que la luz, porque está apegado a sus pecados. Sin embargo,

la verdadera paz y la verdadera alegría solo se encuentran abriéndose a la luz y confesando con sinceridad las propias culpas a Dios. Es importante, por tanto, acercarse con frecuencia al sacramento de la Penitencia, especialmente en Cuaresma, para recibir el perdón del Señor e intensificar nuestro camino de conversión.

Queridos amigos, mañana celebraremos la fiesta de san José. Agradezco de corazón a todos aquellos que me recordarán en la oración, en el día de mi onomástico. En especial, os pido que oréis por el viaje apostólico a México y a Cuba, que realizaré a partir del viernes próximo. Encomendémoslo a la intercesión de la santísima Virgen María, tan amada y venerada en estos dos países que me dispongo a visitar.

AUDIENCIAS

Plaza de San Pedro. Miércoles, 7 de marzo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

En una serie de catequesis anteriores, hablé de la oración de Jesús y no quiero concluir esta reflexión sin detenerme brevemente sobre el tema del silencio de Jesús, tan importante en la relación con Dios.

En la exhortación apostólica post-sinodal *Verbum Domini* hice referencia al papel que asume el silencio en la vida de Jesús, sobre todo en el Gólgota: «Aquí nos encontramos ante el “Mensaje de la cruz” (1 Co 1, 18). El Verbo enmudece, se hace silencio mortal, porque se ha “dicho” hasta quedar sin palabras, al haber hablado todo lo que tenía que comunicar, sin guardarse nada para sí» (n. 12). Ante este silencio de la cruz, san Máximo el Confesor

pone en labios de la Madre de Dios la siguiente expresión: «Está sin palabra la Palabra del Padre, que hizo a toda criatura que habla; sin vida, están los ojos apagados de aquel a cuya palabra y ademán se mueve todo lo que tiene vida» (*La vida de María*, n. 89: *Testi mariani del primo millennio*, 2, Roma 1989, p. 253).

La cruz de Cristo no solo muestra el silencio de Jesús como su última palabra al Padre, sino que revela también que Dios *habla* a través del *silencio*: «El silencio de Dios, la experiencia de la lejanía del Omnipotente y Padre, es una etapa decisiva en el camino terreno del Hijo de Dios, Palabra encarnada. Colgado del leño de la cruz, se quejó del dolor causado por este silencio: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (*Mc* 15, 34; *Mt* 27, 46). Jesús, prosiguiendo hasta el último aliento de vida en la obediencia, invocó al Padre en la oscuridad de la muerte. En el momento de pasar a través de la muerte a la vida eterna, se confió a él: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (*Lc* 23, 46)» (Exhort. ap. postsin. *Verbum Domini*, 21). La experiencia de Jesús en la cruz es profundamente reveladora de la situación del hombre que ora y del culmen de la oración: después de haber escuchado y reconocido la Palabra de Dios, debemos considerar también el silencio de Dios, expresión importante de la misma Palabra divina.

La dinámica de palabra y silencio, que marca la oración de Jesús en toda

su existencia terrena, sobre todo en la cruz, toca también nuestra vida de oración en dos direcciones.

La primera es la que se refiere a la acogida de la Palabra de Dios. Es necesario el silencio interior y exterior para poder escuchar esa Palabra. Se trata de un punto particularmente difícil para nosotros en nuestro tiempo. En efecto, en nuestra época no se favorece el recogimiento; es más, a veces da la impresión de que se siente miedo de apartarse, incluso por un instante, del río de palabras y de imágenes que marcan y llenan las jornadas. Por ello, en la ya mencionada exhortación *Verbum Domini* recordé la necesidad de educarnos en el valor del silencio: «Redescubrir el puesto central de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia quiere decir también redescubrir el sentido del recogimiento y del sosiego interior. La gran tradición patrística nos enseña que los misterios de Cristo están unidos al silencio, y solo en él la Palabra puede encontrar morada en nosotros, como ocurrió en María, mujer de la Palabra y del silencio inseparablemente» (n. 66). Este principio -que sin silencio no se oye, no se escucha, no se recibe una palabra- es válido sobre todo para la oración personal, pero también para nuestras liturgias: para facilitar una escucha auténtica, las liturgias deben tener también momentos de silencio y de acogida no verbal. Nunca pierde valor la observación de san Agustín: *Verbo crescente, verba deficiunt*

- «Cuando el Verbo de Dios crece, las palabras del hombre disminuyen» (cf. *Sermo* 288, 5: pl 38, 1307; *Sermo* 120, 2: pl 38, 677). Los Evangelios muestran cómo, con frecuencia, Jesús, sobre todo en las decisiones decisivas, se retiraba completamente solo a un lugar apartado de la multitud, e incluso de los discípulos, para orar en el silencio y vivir su relación filial con Dios. El silencio es capaz de abrir un espacio interior en lo más íntimo de nosotros mismos, para hacer que allí habite Dios, para que su Palabra permanezca en nosotros, para que el amor a él arraigue en nuestra mente y en nuestro corazón, y anime nuestra vida. Por lo tanto, la primera dirección es: volver a aprender el silencio, la apertura a la escucha, que nos abre al otro, a la Palabra de Dios.

Además, hay también una segunda relación importante del silencio con la oración. En efecto, no solo existe nuestro silencio para disponernos a la escucha de la Palabra de Dios. A menudo, en nuestra oración, nos encontramos ante el silencio de Dios, experimentamos una especie de abandono, nos parece que Dios no escucha y no responde. Pero este silencio de Dios, como le sucedió también a Jesús, no indica su ausencia. El cristiano sabe bien que el Señor está presente y escucha, incluso en la oscuridad del dolor, del rechazo y de la soledad. Jesús asegura a los discípulos y a cada uno de nosotros que Dios conoce bien nuestras necesidades en cualquier

momento de nuestra vida. Él enseña a los discípulos: «Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis» (*Mt* 6, 7-8): un corazón atento, silencioso, abierto es más importante que muchas palabras. Dios nos conoce en la intimidad, más que nosotros mismos, y nos ama: y saber esto debe ser suficiente. En la Biblia, la experiencia de Job es especialmente significativa a este respecto. Este hombre en poco tiempo lo pierde todo: familiares, bienes, amigos, salud. Parece que Dios tiene hacia él una actitud de abandono, de silencio total. Sin embargo Job, en su relación con Dios, habla con Dios, grita a Dios; en su oración, no obstante todo, conserva intacta su fe y, al final, descubre el valor de su experiencia y del silencio de Dios. Y así, al final, dirigiéndose al Creador, puede concluir: «Te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos» (*Jb* 42, 5): todos nosotros casi conocemos a Dios solo de oídas y cuanto más abiertos estamos a su silencio y a nuestro silencio, más comenzamos a conocerlo realmente. Esta confianza extrema que se abre al encuentro profundo con Dios maduró en el silencio. San Francisco Javier rezaba diciendo al Señor: yo te amo no porque puedes darme el paraíso o condenarme al infierno, sino porque eres mi Dios. Te amo porque Tú eres Tú.

Encaminándonos a la conclusión de las reflexiones sobre la oración de Jesús, vuelven a la mente algunas enseñanzas del *Catecismo de la Iglesia católica*: «El drama de la oración se nos revela plenamente en el Verbo que se ha hecho carne y que habita entre nosotros. Intentar comprender su oración, a través de lo que sus testigos nos dicen en el Evangelio, es aproximarnos a la santidad de Jesús nuestro Señor como a la zarza ardiendo: primero contemplándolo a él mismo en oración y después escuchando cómo nos enseña a orar, para conocer finalmente cómo acoge nuestra plegaria» (n. 2598). ¿Cómo nos enseña Jesús a rezar? En el *Compendio del Catecismo de la Iglesia católica* encontramos una respuesta clara: «Jesús nos enseña a orar no solo con la oración del Padre nuestro» -ciertamente el acto central de la enseñanza de cómo rezar-, «sino también cuando él mismo ora. Así, además del contenido, nos enseña las disposiciones requeridas por una verdadera oración: la pureza del corazón, que busca el Reino y perdona a los enemigos; la confianza audaz y filial, que va más allá de lo que sentimos y comprendemos; la vigilancia, que protege al discípulo de la tentación» (n. 544).

Recorriendo los Evangelios hemos visto cómo el Señor, en nuestra oración, es interlocutor, amigo, testigo y maestro. En Jesús, se revela la novedad de nuestro diálogo con Dios: la oración filial que el Padre espera de sus hijos. Y, de Jesús, aprendemos cómo la oración

constante nos ayuda a interpretar nuestra vida, a tomar nuestras decisiones, a reconocer y acoger nuestra vocación, a descubrir los talentos que Dios nos ha dado, a cumplir cada día su voluntad, único camino para realizar nuestra existencia.

A nosotros, con frecuencia preocupados por la eficacia operativa y por los resultados concretos que conseguimos, la oración de Jesús nos indica que necesitamos detenernos, vivir momentos de intimidad con Dios, «apartándonos» del bullicio de cada día, para escuchar, para ir a la «raíz» que sostiene y alimenta la vida. Uno de los momentos más bellos de la oración de Jesús es precisamente cuando él, para afrontar enfermedades, malestares y límites de sus interlocutores, se dirige a su Padre en oración y, de este modo, enseña a quien está a su alrededor dónde es necesario buscar la fuente para tener esperanza y salvación. Ya recordé, como ejemplo conmovedor, la oración de Jesús ante la tumba de Lázaro. El evangelista san Juan relata: «Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado”. Y dicho esto, gritó con voz potente: “Lázaro, sal afuera”» (*Jn* 11, 41-43). Pero Jesús alcanza el punto más alto de profundidad en la oración al Padre en el momento de la pasión y de la muerte, cuando pronuncia el «sí» extremo

al proyecto de Dios y muestra cómo la voluntad humana encuentra su realización precisamente en la adhesión plena a la voluntad divina y no en la contraposición. En la oración de Jesús, en su grito al Padre en la cruz, confluyen «todas las angustias de la humanidad de todos los tiempos, esclava del pecado y de la muerte, todas las súplicas y las intercesiones de la historia de la salvación... He aquí que el Padre las acoge y, por encima de toda esperanza, las escucha al resucitar a su Hijo. Así se realiza y se consuma el drama de la oración en la economía de la creación y de la salvación» (*Catecismo de la Iglesia católica*, 2606).

Queridos hermanos y hermanas, pidamos con confianza al Señor vivir el camino de nuestra oración filial, aprendiendo cada día del Hijo Unigénito, que se hizo hombre por nosotros, cómo debe ser nuestro modo de dirigirnos a Dios. Las palabras de san Pablo sobre la vida cristiana en general, valen también para nuestra oración: «Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (*Rm* 8, 38-39).

Saludo del Santo Padre al Sínodo de los armenios

Queridos hermanos y hermanas, deseo ahora saludar, con fraterno

afecto, a Su Beatitud Nerses Bedros XIX Tarmouni, Patriarca de Cilicia de los armenios católicos, y a los obispos llegados a Roma de varios continentes para la celebración del Sínodo. Les expreso sincera gratitud por la fidelidad al patrimonio de su venerable tradición cristiana y al Sucesor del apóstol Pedro, fidelidad que siempre los ha sostenido en las innumerables pruebas de la historia. Acompaño con la oración ferviente y con la bendición apostólica los trabajos sinodales, deseando que favorezcan aún más la comunión y el entendimiento entre los pastores, de forma que sepan guiar con renovado impulso evangélico a los católicos armenios por los senderos de un generoso y alegre testimonio de Cristo y de la Iglesia. Encomendando el Sínodo Armenio a la materna intercesión de la santísima Madre de Dios, extiendo mi pensamiento orante a las regiones de Oriente Medio, animando a todos los pastores y fieles a perseverar con esperanza en los graves sufrimientos que afligen a esas queridas poblaciones. Que el Señor os bendiga.

Plaza de San Pedro. Miércoles, 14 de marzo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Con la catequesis de hoy, quiero comenzar a hablar de la oración en los *Hechos de los Apóstoles* y en las

Cartas de san Pablo. Como sabemos, san Lucas nos ha entregado uno de los cuatro Evangelios, dedicado a la vida terrena de Jesús, pero también nos ha dejado el que ha sido definido el primer libro sobre la historia de la Iglesia, es decir, los *Hechos de los Apóstoles*. En ambos libros, uno de los elementos recurrentes es precisamente la oración, desde la de Jesús hasta la de María, la de los discípulos, la de las mujeres y la de la comunidad cristiana. El camino inicial de la Iglesia está marcado, ante todo, por la acción del Espíritu Santo, que transforma a los Apóstoles en testigos del Resucitado hasta el derramamiento de su sangre, y por la rápida difusión de la Palabra de Dios hacia Oriente y Occidente. Sin embargo, antes de que se difunda el anuncio del Evangelio, san Lucas refiere el episodio de la Ascensión del Resucitado (cf. *Hch* 1, 6-9). El Señor entrega a los discípulos el programa de su existencia dedicada a la evangelización y dice: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta el confín de la tierra» (*Hch* 1, 8). En Jerusalén, los Apóstoles, que ya eran solo once por la traición de Judas Iscariote, se encuentran reunidos en casa para orar, y es precisamente en la oración como esperan el don prometido por Cristo resucitado, el Espíritu Santo.

En este contexto de espera, entre la Ascensión y Pentecostés, san Lucas

menciona por última vez a María, la Madre de Jesús, y a sus parientes (cf. v. 14). A María le dedicó las páginas iniciales de su Evangelio, desde el anuncio del ángel hasta el nacimiento y la infancia del Hijo de Dios hecho hombre. Con María, comienza la vida terrena de Jesús y, con María, inician también los primeros pasos de la Iglesia; en ambos momentos, el clima es el de la escucha de Dios, del recogimiento. Hoy, por lo tanto, quiero detenerme en esta presencia orante de la Virgen en el grupo de los discípulos que serán la primera Iglesia naciente. María siguió con discreción todo el camino de su Hijo durante la vida pública hasta el pie de la cruz, y ahora sigue también, con una oración silenciosa, el camino de la Iglesia. En la Anunciación, en la casa de Nazaret, María recibe al ángel de Dios, está atenta a sus palabras, las acoge y responde al proyecto divino, manifestando su plena disponibilidad: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu voluntad» (cf. *Lc* 1, 38). María, precisamente por la actitud interior de escucha, es capaz de leer su propia historia, reconociendo con humildad que es el Señor quien actúa. En su visita a su prima Isabel, prorrumpe en una oración de alabanza y de alegría, de celebración de la gracia divina, que ha colmado su corazón y su vida, convirtiéndola en Madre del Señor (cf. *Lc* 1, 46-55). Alabanza, acción de gracias, alegría: en el cántico del *Magnificat*, María no mira solo lo que Dios ha obrado en ella, sino

también lo que ha realizado y realiza continuamente en la historia. San Ambrosio, en un célebre comentario al *Magnificat*, invita a tener el mismo espíritu en la oración y escribe: «Cada uno debe tener el alma de María para alabar al Señor; cada uno debe tener el espíritu de María para alegrarse en Dios» (*Expositio Evangelii secundum Lucam* 2, 26: pl 15, 1561).

También en el Cenáculo, en Jerusalén, «en la sala del piso superior, donde solían reunirse» los discípulos de Jesús (cf. *Hch* 1, 13), en un clima de escucha y de oración, ella está presente, antes de que se abran de par en par las puertas y ellos comiencen a anunciar a Cristo Señor a todos los pueblos, enseñándoles a guardar todo lo que él les había mandado (cf. *Mt* 28, 19-20). Las etapas del camino de María, desde la casa de Nazaret hasta la de Jerusalén, pasando por la cruz, donde el Hijo le confía al apóstol Juan, están marcadas por la capacidad de mantener un clima perseverante de recogimiento, para meditar todos los acontecimientos en el silencio de su corazón, ante Dios (cf. *Lc* 2, 19-51); y en la meditación ante Dios comprender también la voluntad de Dios y ser capaces de aceptarla interiormente. La presencia de la Madre de Dios con los Once, después de la Ascensión, no es, por tanto, una simple anotación histórica de algo que sucedió en el pasado, sino que asume un significado de gran valor, porque con ellos comparte lo más precioso que tiene: la memoria

viva de Jesús, en la oración; comparte esta misión de Jesús: conservar la memoria de Jesús y así conservar su presencia.

La última alusión a María en los dos escritos de san Lucas está situada en el día de sábado: el día del descanso de Dios después de la creación, el día del silencio después de la muerte de Jesús y de la espera de su resurrección. Y, en este episodio, hunde sus raíces la tradición de Santa María en Sábado. Entre la Ascensión del Resucitado y el primer Pentecostés cristiano, los Apóstoles y la Iglesia se reúnen con María para esperar con ella el don del Espíritu Santo, sin el cual, no se puede ser testigos. Ella, que ya lo había recibido para engendrar al Verbo encarnado, comparte con toda la Iglesia la espera del mismo don, para que en el corazón de todo creyente «se forme Cristo» (cf. *Ga* 4, 19). Si no hay Iglesia sin Pentecostés, tampoco hay Pentecostés sin la Madre de Jesús, porque ella vivió de un modo único lo que la Iglesia experimenta cada día bajo la acción del Espíritu Santo. San Cromacio de Aquileya comenta así la anotación de los *Hechos de los Apóstoles*: «Se reunió, por tanto, la Iglesia en la sala del piso superior junto con María, la Madre de Jesús, y con sus hermanos. Así pues, no se puede hablar de Iglesia si no está presente María, la Madre del Señor... La Iglesia de Cristo está allí donde se predica la Encarnación de Cristo de la Virgen; y, donde predicán los Apóstoles, que son hermanos del Señor, allí

se escucha el Evangelio» (*Sermo* 30, 1: sc 164, 135).

El concilio Vaticano II quiso subrayar de modo especial este vínculo que se manifiesta visiblemente al orar juntos María y los Apóstoles, en el mismo lugar, a la espera del Espíritu Santo. La constitución dogmática *Lumen gentium* afirma: «Dios no quiso manifestar solemnemente el misterio de la salvación humana antes de enviar el Espíritu prometido por Cristo. Por eso vemos a los Apóstoles, antes del día de Pentecostés, “perseverar en la oración unidos, junto con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y sus parientes” (*Hch* 1, 14). María pedía con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación la había cubierto con su sombra» (n. 59). El lugar privilegiado de María es la Iglesia, donde «es también saludada como miembro muy eminente y del todo singular... y como su prototipo y modelo destacadísimo en la fe y en el amor» (*ib.*, 53).

Venerar a la Madre de Jesús en la Iglesia significa, por consiguiente, aprender de ella a ser comunidad que ora: esta es una de las notas esenciales de la primera descripción de la comunidad cristiana trazada en los *Hechos de los Apóstoles* (cf. 2, 42). Con frecuencia, se recurre a la oración por situaciones de dificultad, por problemas personales que impulsan a dirigirse al Señor para obtener luz, consuelo y ayuda. María invita a abrir las dimen-

siones de la oración, a dirigirse a Dios no solo en la necesidad y no solo para pedir por sí mismos, sino también de modo unánime, perseverante y fiel, con «un solo corazón y una sola alma» (cf. *Hch* 4, 32).

Queridos amigos, la vida humana atraviesa diferentes fases de paso, a menudo difíciles y arduas, que requieren decisiones inderogables, renunciaciones y sacrificios. El Señor puso a la Madre de Jesús en momentos decisivos de la historia de la salvación y ella supo responder siempre con plena disponibilidad, fruto de un vínculo profundo con Dios madurado en la oración asidua e intensa. Entre el viernes de la Pasión y el domingo de la Resurrección, a ella le fue confiado el discípulo predilecto y con él toda la comunidad de los discípulos (cf. *Jn* 19, 26). Entre la Ascensión y Pentecostés, ella se encuentra *con* y *en* la Iglesia en oración (cf. *Hch* 1, 14). Madre de Dios y Madre de la Iglesia, María ejerce esta maternidad hasta el fin de la historia. Encomendémosle a ella todas las fases de paso de nuestra existencia personal y eclesial, entre ellas, la de nuestro tránsito final. María nos enseña la necesidad de la oración y nos indica que solo con un vínculo constante, íntimo, lleno de amor con su Hijo podemos salir de «nuestra casa», de nosotros mismos, con valentía, para llegar hasta los confines del mundo y anunciar por doquier al Señor Jesús, Salvador del mundo. Gracias.

DISCURSOS

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Fundación Juan Pablo II para
el Sahel***

Sala de los Papas. Viernes, 10 de febrero

Queridos amigos:

Para mí, es una alegría acogeros y daros la bienvenida. Agradezco al cardenal Sarah, representante legal de la Fundación Juan Pablo II para el Sahel en calidad de presidente del Consejo pontificio *Cor unum*, por las bellas palabras que me acaba de dirigir. Saludo al presidente del Consejo de administración, monseñor Bassène, y a todos los que cooperáis en esta gran obra de caridad. Mi saludo y mi agradecimiento se dirigen también a los representantes de las Conferencias episcopales alemana e italiana, que contribuyen de manera importante al funcionamiento de la Fundación.

Dios se hizo carne. ¿Ha habido alguna vez un gesto de amor y de caridad más grande que este? Todo lo que hoy sucede y sigue produciéndose desde el día en que Dios se hizo hombre es claramente una señal de ello. Dios no cesa de amarnos y de encarnarse a través de su Iglesia en todas las partes del mundo. La Fundación Juan Pablo II para el Sahel, nacida hace casi treinta años, y querida por mi beato predecesor, no ha cesado de perseguir también ella

este objetivo: ser signo de una caridad cristiana que se encarna y se convierte en testimonio de Cristo. Asimismo, la Fundación quiere manifestar la presencia del Papa entre nuestros hermanos africanos que viven en el Sahel. Es el espíritu de esta institución, que ha realizado a lo largo de los años innumerables proyectos para contrarrestar la desertificación. La existencia de esta Fundación demuestra la gran humanidad de mi beato predecesor que tuvo la intuición de instituirlo. Pero esta obra solo será plenamente eficaz si es irrigada por la oración. En efecto, únicamente Dios es fuente y potencia de vida. Él es el creador de las aguas (cf. *Gn 1, 6-9*). Por desgracia, el Sahel, durante estos últimos meses, ha sido gravemente amenazado de nuevo por una considerable disminución de recursos alimentarios y por el hambre causados por la falta de lluvias y por el avance constante de la desertificación que deriva de ella. Exhorto a la comunidad internacional a considerar seriamente la pobreza extrema de estas poblaciones cuyas condiciones de vida se están deteriorando. Deseo asimismo alentar y apoyar los esfuerzos de los organismos eclesiales que operan en este ámbito.

La caridad debe promover todas nuestras acciones. No se trata de querer hacer un mundo «a medida», sino que se trata de amarlo. Por eso la Iglesia no tiene como principal vocación transformar el orden político o cambiar el

tejido social. Quiere aportar la luz de Cristo. Es él quien transformará todo y a todos. A causa de Jesucristo y por Jesucristo, la aportación cristiana es tan específica. En algunos países que vosotros representáis está presente el Islam. Sé que mantenéis buenas relaciones con los musulmanes y eso me alegra. Testimoniar que Cristo vive y que su amor va más allá de toda religión, raza y cultura, es importante también para ellos.

A menudo, se describe a África de manera reductiva y humillante como el continente de los conflictos y de los problemas sin fin e insolubles. Al contrario, África, que acoge hoy la Buena Noticia, es para la Iglesia el continente de la esperanza. Para nosotros, para vosotros, África es el continente del futuro. Repito la exhortación que hice durante mi reciente viaje a Benín: «África, Buena Noticia para la Iglesia, hazte esto mismo para todo el mundo». La Fundación Juan Pablo II para el Sahel es un gran testimonio de esto.

Para realizar esta obra, y después de 28 años de actividad, la Fundación necesita ponerse al día y renovarse. La ayuda en ello el Consejo pontificio *Cor unum*. Esta renovación debe concerner, en primer lugar, a la formación cristiana y profesional de las personas que trabajan en el terreno, pues son, en cierto sentido, los instrumentos del Santo Padre en estas regiones. Considero prioritarias la educación y la formación cristianas de todos aquellos

que -de un modo u otro- colaboran para hacer más visible el gran signo de caridad que es la *Fundación Juan Pablo II para el Sahel*. Para ser efectiva, esta renovación deberá comenzar por la oración y la conversación personal. Que la Virgen María y el beato Juan Pablo II nos asistan. Gracias.

***“Lectio Divina” del Papa,
Benedicto XVI, durante la visita
al Pontificio Seminario Romano
Mayor con ocasión de la fiesta de la
Virgen de la Confianza***

*Capilla del Seminario. Miércoles, 15
de febrero de 2012*

*Eminencia, queridos hermanos en el
episcopado y en el sacerdocio, queridos
seminaristas, queridos hermanos y her-
manas:*

Para mí, siempre es una gran alegría ver, en el día de la Virgen de la Confianza, a mis seminaristas, los seminaristas de Roma, en camino hacia el sacerdocio, y ver de este modo a la Iglesia del mañana, la Iglesia que vive siempre.

Hoy hemos escuchado un texto -lo escuchamos y lo meditamos- de la *Carta a los Romanos*: san Pablo habla a los Romanos y, por lo tanto, nos habla a nosotros, porque habla a los romanos de todos los tiempos.

Esta Carta no es solo la más grande de san Pablo, sino que es también extraordinaria por su peso doctrinal y espiritual. Es extraordinaria también porque se trata de una carta escrita a una comunidad que él no había fundado y tampoco había visitado. Escribe para anunciar su visita y expresar el deseo de visitar Roma, y anuncia los contenidos esenciales de su *kerygma*; de este modo, prepara a la ciudad para su visita. Escribe a esta comunidad, a la que no conoce personalmente, porque es el Apóstol de los paganos -del paso del Evangelio de los judíos a los paganos- y Roma es la capital de los paganos y, por tanto, también el centro, en definitiva, de su mensaje. Aquí debe llegar su Evangelio, para que llegue realmente al mundo pagano. Llegará, pero de modo diverso de como lo había pensado. San Pablo llegará encadenado por Cristo y precisamente encadenado se sentirá libre de anunciar el Evangelio.

En el primer capítulo de la *Carta a los Romanos*, dice también: de vuestra fe, de la fe de la Iglesia de Roma se habla en todo el mundo (cf. 1, 8). Lo memorable de la fe de esta Iglesia es que se habla de ella en el mundo entero, y podemos reflexionar cómo está hoy. También hoy se habla mucho de la Iglesia de Roma, de muchas cosas, pero esperamos que se hable también de nuestra fe, de la fe ejemplar de esta Iglesia, y pidamos al Señor que logremos que no se hable de tantas cosas,

sino de la fe de la Iglesia de Roma.

El texto leído (*Rm* 12, 1-2) es el principio de la cuarta y última parte de la *Carta a los Romanos* y comienza con las palabras «Os exhorto» (v. 1). Normalmente se dice que se trata de la parte moral, que sigue a la parte dogmática, pero en el pensamiento de san Pablo, y también en su lenguaje, no se pueden dividir así las cosas: esta palabra, «exhorto», en griego *parakalo*, contiene en sí la palabra *paraklesis* – *parakletos*; tiene una profundidad que va mucho más allá de la moralidad; es una palabra que ciertamente implica amonestación, pero también consuelo, atención al otro, ternura paterna, más aún, materna. La palabra «misericordia» -en griego *oiktirmon* y en hebreo *rachamim*, seno materno- expresa la misericordia, la bondad, la ternura de una madre. Y cuando san Pablo exhorta, todo esto está implícito: habla con el corazón, habla con la ternura del amor de un padre y no solo habla él. San Pablo dice «por la misericordia de Dios» (v. 1): se hace instrumento del hablar de Dios, se hace instrumento del hablar de Cristo; Cristo nos habla a nosotros con esta ternura, con este amor paterno, con esta atención a nosotros. Y así no solo apela a nuestra moralidad y a nuestra voluntad, sino también a la Gracia que está en nosotros, para que dejemos actuar a la Gracia. Es casi un acto en el que la Gracia dada en el Bautismo se hace operante en nosotros, debería ser operante en nosotros;

así la Gracia, el don de Dios, y nuestra cooperación van juntos.

¿A qué exhorta, en este sentido, san Pablo? «Ofreced vuestros cuerpos como *sparaklesis* – *parakletos*» (v. 1). «Ofreced vuestros cuerpos»: habla de la liturgia, habla de Dios, de la prioridad de Dios, pero no habla de liturgia como ceremonia, habla de liturgia como vida. Nosotros mismos, nuestro cuerpo; nosotros en nuestro cuerpo y como cuerpo debemos ser liturgia. Esta es la novedad del Nuevo Testamento, y lo veremos también después: Cristo se ofrece a sí mismo y así sustituye todos los demás sacrificios. Y quiere «atraernos» a nosotros mismos a la comunión de su Cuerpo: nuestro cuerpo juntamente con el suyo se convierte en gloria de Dios, se transforma en liturgia. Así la palabra «ofrecer» -en griego *parastesai*- no es solo una alegoría; alegóricamente también nuestra vida sería una liturgia, pero al contrario, la verdadera liturgia es la de nuestro cuerpo, de nuestro ser en el Cuerpo de Cristo, como Cristo mismo hizo la liturgia del mundo, la liturgia cósmica, que tiende a atraer a todos hacia sí.

«En vuestro cuerpo, ofrecer el cuerpo»: esta palabra indica al hombre en su totalidad indivisible -al final- entre alma y cuerpo, entre espíritu y cuerpo; en el cuerpo somos nosotros mismos, y el cuerpo animado por el alma, el cuerpo mismo, debe ser la realización de nuestra adoración. Y pensemos -tal vez

yo diría que cada uno de nosotros después reflexione sobre esta palabra- que nuestro vivir diario en nuestro cuerpo, en las cosas pequeñas, debería estar inspirado, impregnado, inmerso en la realidad divina, debería convertirse en acción juntamente con Dios. Esto no quiere decir que debemos pensar siempre en Dios, sino que debemos estar realmente penetrados por la realidad de Dios, de forma que toda nuestra vida -y no solo algunos pensamientos- sea liturgia, sea adoración. San Pablo dice luego: «Ofreced vuestros cuerpos como sacrificio vivo» (v. 1): la palabra griega es *logike latreia* y así aparece en el Canon Romano, en la primera plegaria eucarística, «*rationabile obsequium*». Es una definición nueva del culto, pero preparada tanto en el Antiguo Testamento, como en la filosofía griega. Por así decir, son dos ríos que llevan hacia este punto y se unen en la nueva liturgia de los cristianos y de Cristo. Antiguo Testamento: desde el inicio comprendieron que Dios no tiene necesidad de toros, de cabritos, de estas cosas. En el Salmo 50 [49], Dios dice: ¿Comeré yo carne de toros? ¿Beberé sangre de cabritos? Yo no necesito estas cosas, no me agradan. Yo no bebo y no como estas cosas. No son sacrificio para mí. Sacrificio es la alabanza de Dios; si vosotros venís a mí, es alabanza de Dios (cf. vv. 13-15.23). Así el camino del Antiguo Testamento va hacia un punto en el que estas cosas exteriores, símbolos, sustituciones, desaparecen y el hombre mismo se transforma en alabanza de Dios.

Lo mismo sucede en el mundo de la filosofía griega. También aquí se comprende cada vez más que no se puede glorificar a Dios con estas cosas -con animales y ofrendas-, sino que solo el «*logos*» del hombre, su razón convertida en gloria de Dios, es realmente adoración, y la idea es que el hombre debería salir de sí mismo y unirse al «*Logos*», a la gran Razón del mundo y así ser verdaderamente adoración. Pero aquí falta algo: el hombre, según esta filosofía, debería dejar -por decirlo así- el cuerpo, espiritualizarse; solo el espíritu sería adoración. El cristianismo, en cambio, no es simplemente espiritualización o moralización: es encarnación; o sea, Cristo es el «*Logos*», es la Palabra encarnada, y él nos recoge a todos, de forma que en él y con él, en su Cuerpo, como miembros de este Cuerpo nos convertimos realmente en glorificación de Dios. Tengamos presente esto: por una parte, ciertamente salir de estas cosas materiales por un concepto más espiritual de adoración de Dios, pero llegar a la encarnación del espíritu, llegar al punto en que nuestro cuerpo sea reasumido en el Cuerpo de Cristo y nuestra alabanza de Dios no sea pura palabra, pura actividad, sino que sea realidad de toda nuestra vida. Creo que debemos reflexionar sobre esto y pedir a Dios que nos ayude para que el espíritu se convierta en carne también en nosotros, y la carne se llene del Espíritu de Dios.

Encontramos la misma realidad también en el capítulo cuarto del *Evangelio de san Juan*, donde el Señor dice a la samaritana: En el futuro, no se adorará en esa colina o en aquella otra, con estos u otros ritos; se adorará en espíritu y en verdad (cf. *Jn* 4, 21-23). Ciertamente, es espiritualización, salir de estos ritos carnales, pero este espíritu, esta verdad no es cualquier espíritu abstracto: el espíritu es el Espíritu Santo, y la verdad es Cristo. Adorar en espíritu y en verdad quiere decir realmente entrar a través del Espíritu Santo en el Cuerpo de Cristo, en la verdad del ser. Y así llegamos a ser verdad y nos transformamos en glorificación de Dios. Llegar a ser verdad en Cristo exige nuestra implicación total.

Y luego continuamos: «Santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual» (*Rm* 12, 1). Segundo versículo: después de esta definición fundamental de nuestra vida como liturgia de Dios, encarnación de la Palabra en nosotros, cada día, con Cristo -la Palabra encarnada-, san Pablo prosigue: «No os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente» (v. 2). «No os amoldéis a este mundo». Existe un no conformismo del cristiano, que no se deja conformar. Esto no quiere decir que nosotros queramos huir del mundo, que a nosotros no nos interese el mundo; al contrario, queremos transformarnos nosotros mismos y dejarnos transformar, transformando así el mundo.

Y debemos tener presente que en el Nuevo Testamento, sobre todo en el *Evangelio de San Juan*, la palabra «mundo» tiene dos significados e indica por tanto el problema y la realidad de la que se trata. Por una parte, el «mundo» creado por Dios, amado por Dios, hasta el punto de darse a sí mismo y dar su Hijo por este mundo; el mundo es criatura de Dios, Dios lo ama y quiere darse a sí mismo para que el mundo sea realmente creación y respuesta a su amor. Pero está también el otro concepto de «mundo», *kosmos houtos*: el mundo que está en el mal, que está bajo el poder del mal, que refleja el pecado original. Hoy vemos este poder del mal, por ejemplo, en dos grandes poderes, que, por sí mismos, son útiles y buenos, pero de los que se puede abusar fácilmente: el poder de las finanzas y el poder de los medios de comunicación social. Ambos son necesarios, porque pueden ser útiles, pero se puede abusar de ellos tan fácilmente que a menudo se convierten en lo contrario de sus verdaderas intenciones.

Vemos cómo el mundo de las finanzas puede dominar al hombre, cómo el tener y el aparentar dominan el mundo y lo esclavizan. El mundo de las finanzas no representa ya un instrumento para favorecer el bienestar, para favorecer la vida del hombre, sino que se transforma en un poder que lo oprime, que debe ser casi adorado: «*Mammona*», la verdadera divinidad falsa que domina el mundo. Contra este conformismo de la sumisión

a este poder debemos ser no conformistas: no cuenta el tener; lo que cuenta es el ser. No nos sometamos a este poder, más bien utilicémoslo como medio, pero con la libertad de los hijos de Dios.

Luego está el otro poder, el de la opinión pública. Ciertamente, tenemos necesidad de informaciones, de conocimientos de la realidad del mundo, pero puede ser también un poder de la apariencia; al final, cuanto se ha dicho cuenta más que la realidad misma. Una apariencia se superpone a la realidad, llega a ser más importante, y el hombre ya no sigue la verdad de su ser, sino que quiere sobre todo aparentar, ser conforme a estas realidades. Y también contra esto está el no conformismo cristiano: no queremos siempre «ser conformados», alabados; no queremos la apariencia, sino la verdad, y esto nos da libertad, la verdadera libertad cristiana: el librarse de esta necesidad de agradar, de hablar como la masa cree que debería ser, y tener la libertad de la verdad, y así recrear el mundo de una manera que no se vea oprimido por la opinión, por la apariencia que ya no deja aflorar la realidad misma; el mundo virtual se vuelve más verdadero, más fuerte, y ya no se ve el mundo real de la creación de Dios. El no conformismo del cristiano nos redime, nos restituye a la verdad. Pidamos al Señor que nos ayude a ser hombres libres en este no conformismo, que no está contra el mundo, sino que es el verdadero amor al mundo.

Y san Pablo continúa: «Transformaos por la renovación de vuestra mente» (v. 2). Dos palabras muy importantes: «transformar», del griego *metamorphon*, y «renovar», en griego *anakainosis*. Transformarnos a nosotros mismos, dejarnos transformar por el Señor en la forma de la imagen de Dios, transformarnos cada día de nuevo, a través de su realidad, en la verdad de nuestro ser. Y «renovación»; esta es la verdadera novedad: que no nos sometamos a las opiniones, a las apariencias, sino a la Gracia de Dios, a su revelación. Dejémonos formar, plasmar para que aparezca realmente en el hombre la imagen de Dios.

«Por la renovación -dice san Pablo de modo sorprendente para mí- de vuestra mente». Así pues, esta renovación, esta transformación comienza con la renovación de la mente. San Pablo dice «*o nous*»: es necesario renovar todo nuestro modo de razonar, la razón misma. Es necesario renovarla no según las categorías de lo acostumbrado; renovar quiere decir realmente dejarnos iluminar por la Verdad que nos habla en la Palabra de Dios. Así, finalmente, aprender el nuevo modo de pensar, que es el modo que no obedece al poder y al tener, al aparentar, etc., sino que obedece a la verdad de nuestro ser que habita profundamente en nosotros y que se nos da nuevamente en el Bautismo.

«Renovación de la mente»: cada día es una tarea precisamente en el camino del estudio de la teología, de la prepa-

ración para el sacerdocio. Estudiar bien la teología, espiritualmente, pensarla a fondo, meditar la Escritura cada día; este modo de estudiar la teología con la escucha de Dios mismo que nos habla es el camino de renovación de la mente, de transformación de nuestro ser y del mundo.

Y, por último, dice san Pablo: «para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto» (v. 2). Discernir la voluntad de Dios: Esto solo lo podemos aprender en un camino obediente, humilde, con la Palabra de Dios, con la Iglesia, con los sacramentos, con la meditación de la Sagrada Escritura. Conocer y discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno. Esto es fundamental en nuestra vida.

Y, en el día de la Virgen de la Confianza, vemos en ella precisamente la realidad de todo esto, la persona que es realmente nueva, que es realmente transformada, que es realmente sacrificio vivo. La Virgen ve la voluntad de Dios, vive en la voluntad de Dios, dice «sí», y este «sí» de la Virgen es todo su ser, y así nos muestra el camino, nos ayuda.

Por lo tanto, en este día, oremos a la Virgen, que es el icono vivo del hombre nuevo. Que ella nos ayude a transformar, a dejar transformar nuestro ser, a ser realmente hombres nuevos, y a ser también después, si Dios quiere, pastores de su Iglesia. Gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes al Simposio de los
Obispos de África y Europa***

Sala Clementina. Jueves, 16 de febrero de 2012

Señores cardenales, queridos hermanos en el episcopado, queridos hermanos y hermanas:

Me complace recibirlos al final del Simposio de los obispos de África y Europa, y os saludo a todos con gran afecto, en particular, al cardenal Péter Erdő, presidente del Consejo de las Conferencias episcopales de Europa, y al cardenal Polycarp Pengo, presidente del Simposio de las Conferencias episcopales de África y Madagascar, agradeciéndoles las amables palabras con que han introducido este encuentro. Quiero expresar mi vivo aprecio a quienes han organizado las jornadas de estudio, durante las cuales habéis debatido sobre el tema de la evangelización actual de vuestros territorios, a la luz de la comunión recíproca y la colaboración pastoral que se instauró durante el primer Simposio del año 2004.

Con vosotros, doy gracias a Dios por los frutos espirituales que han resultado de las relaciones de amistad y cooperación entre las comunidades eclesiales de vuestros continentes durante estos años. Desde diferentes contextos culturales, sociales y económicos, habéis puesto de relieve la común voluntad apostólica de anunciar a vuestros pue-

blos a Jesucristo y su Evangelio, con el estilo del «intercambio de dones». Continúa en este camino fecundo de fraternidad activa y de unidad de propósitos, ampliando cada vez más los horizontes de la evangelización. Para la Iglesia en Europa, de hecho, el encuentro con la Iglesia en África siempre es un momento de gracia en virtud de la esperanza y la alegría con que las comunidades eclesiales de África viven y comunican la fe, como he podido constatar en mis viajes apostólicos. Por otro lado, es hermoso ver cómo la Iglesia en África, a pesar de vivir en medio de tantas dificultades y con la necesidad de paz y reconciliación, está dispuesta a compartir su fe.

En las relaciones entre la Iglesia que está en África y en Europa, tened presente el vínculo fundamental entre la fe y la caridad, porque ambas se iluminan mutuamente en su verdad. La caridad favorece la apertura y el encuentro con el hombre de hoy, en su realidad concreta, para llevarle a Cristo y su amor a cada persona y a cada familia, especialmente a los más pobres y solos. «*Caritas Christi urget nos*» (2 Co 5, 14): de hecho, el amor de Cristo es lo que llena los corazones e impulsa a evangelizar. El Maestro divino, hoy como entonces, envía a sus discípulos por los caminos del mundo para proclamar su mensaje de salvación a todos los pueblos de la tierra (cf. Carta ap. *Porta fidei*, 7).

Los desafíos actuales que debéis afrontar, queridos hermanos, son exi-

gentes. Pienso, en primer lugar, en la indiferencia religiosa, que lleva a muchas personas a vivir como si Dios no existiese, o a contentarse con una religiosidad vaga, incapaz de enfrentarse a la cuestión de la verdad y al deber de la coherencia. Hoy en día, especialmente en Europa, aunque también en algunas partes de África, se siente el peso del ambiente secularizado y a menudo hostil a la fe cristiana. Otro desafío para el anuncio del Evangelio es el hedonismo, que ha contribuido a hacer que la crisis de valores penetre en la vida cotidiana, en la estructura de la familia, en la manera misma de interpretar el significado de la existencia. Síntoma de una situación de grave malestar social es también la difusión de fenómenos como la pornografía y la prostitución. Vosotros sois muy conscientes de estos desafíos, que avivan vuestra conciencia pastoral y vuestro sentido de responsabilidad. Esos desafíos no deben desalentaros, sino más bien deben constituir una ocasión para renovar el compromiso y la esperanza, la esperanza que nace de la convicción de que si la noche está avanzada, el día está cerca (cf. *Rm* 13, 12), porque Cristo resucitado está siempre con nosotros. En las sociedades de África y de Europa, no son pocas las fuerzas del bien, muchas de las cuales están al frente de las parroquias y se distinguen por un compromiso de santificación personal y de apostolado. Espero que, con vuestra ayuda, puedan convertirse cada vez más en células vivas y vitales de la nueva evangelización.

Que la familia esté en el centro de vuestra solicitud de pastores: la familia, iglesia doméstica, es también la garantía más sólida para la renovación de la sociedad. En la familia, que conserva usos, tradiciones, costumbres, ritos impregnados de fe, se encuentra el terreno más adecuado para el florecimiento de vocaciones. La actual mentalidad consumista puede tener repercusiones negativas en el surgimiento y el cuidado de las vocaciones; de ahí la necesidad de prestar especial atención a la promoción de las vocaciones al sacerdocio y de especial consagración. La familia es también el fulcro formativo de la juventud. Europa y África tienen necesidad de jóvenes generosos, que sepan hacerse cargo responsablemente de su futuro, y todas las instituciones deben tener presente que en estos jóvenes se encuentra el futuro y que es importante hacer todo lo posible para que su camino no esté marcado por la incertidumbre y la oscuridad. Queridos hermanos, seguid con especial atención su crecimiento humano y espiritual, alentando también las iniciativas de voluntariado que puedan tener un valor educativo.

En la formación de las nuevas generaciones, asume un papel importante la dimensión cultural. Vosotros sabéis muy bien lo mucho que la Iglesia estima y promueve toda forma auténtica de cultura, a la que ofrece la riqueza de la Palabra de Dios y la gracia que brota del Misterio pascual de Cristo. La Iglesia respeta todo descubrimien-

to de la verdad, porque toda la verdad viene de Dios, pero sabe que la mirada de la fe puesta en Cristo abre la mente y el corazón del hombre a la Verdad primera, que es Dios. Así la cultura, alimentada por la fe, lleva a la verdadera humanización, mientras que las falsas culturas terminan por conducir a la deshumanización: en Europa y en África, hemos tenido tristes ejemplos. Por lo tanto, debéis tener una preocupación constante por la cultura, como parte de vuestra acción pastoral, teniendo siempre muy presente que la luz del Evangelio se inserta en el tejido cultural, elevándolo y haciendo fecundar sus riquezas.

Queridos amigos, vuestro Simposio os ha dado la oportunidad para reflexionar sobre los problemas de la Iglesia en los dos continentes. Ciertamente, los problemas no faltan, y son a veces relevantes; pero, por otro lado, también son una prueba de que la Iglesia está viva, que crece, y no tiene miedo de llevar a cabo su misión evangelizadora. Por ello, necesita la oración y el compromiso de todos los fieles; de hecho, la evangelización es parte de la vocación de todos los bautizados, que es una vocación a la santidad. Los cristianos que tienen una fe viva y están abiertos a la acción del Espíritu Santo se convierten en testigos del Evangelio de Cristo con la palabra y la vida. A los pastores, sin embargo, se les ha confiado una responsabilidad especial. Por lo tanto, «vuestra santidad personal debe repercutir en beneficio de los que han

sido confiados a vuestro cuidado pastoral, y a los que debéis servir. La vida de oración fecundará desde dentro vuestro apostolado. Un obispo debe ser amante de Cristo. Vuestra distinción y autoridad moral que sustentan el ejercicio de vuestra potestad jurídica, solo pueden venir de vuestra santidad de vida» (Exh. ap. postsin. *Africae munus*, 100).

Encomiendo vuestros propósitos espirituales y vuestros proyectos pastorales a la intercesión de María, Estrella de la evangelización, a la vez de corazón os imparto una especial bendición apostólica a vosotros, a las Conferencias episcopales de África y de Europa, y a todos vuestros sacerdotes y fieles.

Alocución del Papa, Benedicto XVI, durante el Consistorio Ordinario para la creación de nuevos cardenales y para el voto sobre algunas causas de canonización

Basilica Vaticana. Sábado, 18 de febrero de 2012

«Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam»

Venerados Hermanos, Queridos hermanos y hermanas

Estas palabras del canto de entrada nos introducen en el solemne y sugestivo rito del Consistorio ordinario

público para la creación de nuevos cardenales, la imposición de la birreta, la entrega del anillo y la asignación del título. Son las palabras eficaces con las que Jesús constituyó a Pedro como fundamento firme de la Iglesia. La fe es el elemento característico de ese fundamento: en efecto, Simón pasa a convertirse en Pedro -roca- al profesar su fe en Jesús, Mesías e Hijo de Dios. En el anuncio de Cristo, la Iglesia aparece unida a Pedro, y Pedro es puesto en la Iglesia como roca; pero el que edifica la Iglesia es el mismo Cristo, Pedro es un elemento particular de la construcción. Ha de serlo mediante la fidelidad a la confesión que hizo en Cesarea de Filipo, en virtud de la afirmación: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

Las palabras que Jesús dirige a Pedro ponen de relieve claramente el carácter eclesial del acontecimiento de hoy. Los nuevos cardenales, en efecto, mediante la asignación del título de una iglesia de esta Ciudad o de una diócesis suburbicaria, son insertados con todo derecho en la Iglesia de Roma, guiada por el Sucesor de Pedro, para cooperar estrechamente con él en el gobierno de la Iglesia universal. Estos queridos hermanos, que dentro de poco entrarán a formar parte del Colegio cardenalicio, se unirán con un nuevo y más fuerte vínculo no solo al Romano Pontífice, sino también a toda la comunidad de fieles extendida por todo el mundo. En el cumplimiento de su peculiar servicio de ayuda al ministerio petrino, los nuevos purpurados estarán llamados a

considerar y valorar los acontecimientos, los problemas y criterios pastorales que atañen a la misión de toda la Iglesia. En esta delicada tarea, les servirá de ejemplo y ayuda el testimonio de fe que el Príncipe de los Apóstoles dio con su vida y su muerte y que, por amor a Cristo, se dio por entero hasta el sacrificio extremo.

La imposición de la birreta roja ha de ser entendida también con este mismo significado. A los nuevos cardenales, se les confía el servicio del amor: amor por Dios, amor por su Iglesia, amor por los hermanos con una entrega absoluta e incondicionada, hasta derramar su sangre si fuera preciso, como reza la fórmula de la imposición de la birreta e indica el color rojo de las vestiduras. Además, se les pide que sirvan a la Iglesia con amor y vigor, con la transparencia y sabiduría de los maestros, con la energía y fortaleza de los pastores, con la fidelidad y el valor de los mártires. Se trata de ser servidores eminentes de la Iglesia que tiene en Pedro el fundamento visible de la unidad.

En el pasaje evangélico que antes se ha proclamado, Jesús se presenta como siervo, ofreciéndose como modelo a imitar y seguir. Del trasfondo del tercer anuncio de la pasión, muerte y resurrección del Hijo del hombre, se aparta con llamativo contraste la escena de los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, que persiguen todavía sueños de gloria junto a Jesús. Le pidieron: «Concédenos sentarnos en

tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda» (Mc 10,37). La respuesta de Jesús fue fulminante, y su interpelación inesperada: «No sabéis lo que pedís, ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?» (v. 38). La alusión es muy clara: el cáliz es el de la pasión, que Jesús acepta para cumplir la voluntad del Padre. El servicio a Dios y a los hermanos, el don de sí: esta es la lógica que la fe auténtica imprime y desarrolla en nuestra vida cotidiana y que no es en cambio el estilo mundano del poder y la gloria.

Con su petición, Santiago y Juan ponen de manifiesto que no comprenden la lógica de vida de la que Jesús da testimonio, la lógica que, según el Maestro, ha de caracterizar al discípulo, en su espíritu y en sus acciones. La lógica errónea no se encuentra solo en los dos hijos de Zebedeo ya que, según el evangelista, contagia también «a los otros diez» apóstoles que «se indignaron contra Santiago y Juan» (v. 41). Se indignaron porque no es fácil entrar en la lógica del Evangelio y abandonar la del poder y la gloria. San Juan Crisóstomo dice que todos los apóstoles eran todavía imperfectos, tanto los dos que quieren ponerse por encima de los diez, como los otros que tienen envidia de ellos (cf. *Comentario a Mateo*, 65, 4: PG 58, 622). San Cirilo de Alejandría, comentando los textos paralelos del Evangelio de san Lucas, añade: «Los discípulos habían caído en la debilidad humana y estaban discutiendo entre sí sobre quién era el jefe y superior a los demás... Esto sucedió y ha sido narra-

do para nuestro provecho... Lo que les pasó a los santos apóstoles se puede revelar para nosotros un incentivo para la humildad» (*Comentario a Lucas*, 12,5,15: PG 72,912). Este episodio ofrece a Jesús la ocasión de dirigirse a todos los discípulos y «llamarlos hacia sí», casi para estrecharlos consigo, para formar como un cuerpo único e indivisible con él y señalar cuál es el camino para llegar a la gloria verdadera, la de Dios: «Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos» (Mc 10,42-44).

Dominio y servicio, egoísmo y altruismo, posesión y don, interés y gratuidad: estas lógicas profundamente contrarias se enfrentan en todo tiempo y lugar. No hay ninguna duda sobre el camino escogido por Jesús: Él no se limita a señalarlo con palabras a los discípulos de entonces y de hoy, sino que lo vive en su misma carne. En efecto, explica: «Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por la multitud» (v.45). Estas palabras iluminan con singular intensidad el Consistorio público de hoy. Resuenan en lo más profundo del alma y representan una invitación y un llamamiento, un encargo y un impulso especialmente para vosotros, queridos y venerados Hermanos que estáis a punto de ser incorporados al Colegio cardenalicio.

Según la tradición bíblica, el Hijo del hombre es el que recibe el poder y el dominio de parte de Dios (cf. *Dn* 7,13s). Jesús interpreta su misión en la tierra sobreponiendo a la figura del Hijo del hombre la del Siervo sufriente, descrito por Isaías (cf. *Is* 53,1-12). Él recibe el poder y la gloria solo en cuanto «siervo»; pero es siervo en cuanto que acoge en sí el destino de dolor y pecado de toda la humanidad. Su servicio se cumple en la fidelidad total y en la responsabilidad plena por los hombres. Por eso la aceptación libre de su muerte violenta es el precio de la liberación para muchos, es el inicio y el fundamento de la redención de cada hombre y de todo el género humano.

Queridos Hermanos que vais a ser incluidos en el Colegio cardenalicio. Que el don total de sí ofrecido por Cristo sobre la cruz sea para vosotros principio, estímulo y fuerza, gracias a una fe que actúa en la caridad. Que vuestra misión en la Iglesia y en el mundo sea siempre y solo «en Cristo», que responda a su lógica y no a la del mundo, que esté iluminada por la fe y animada por la caridad que llegan hasta nosotros por la Cruz gloriosa del Señor. En el anillo que en unos instantes os entregaré, están representados los santos Pedro y Pablo, con una estrella en el centro que evoca a la Virgen. Llevando este anillo, estáis llamados cada día a recordar el testimonio de Cristo hasta la muerte que los dos Apóstoles han dado con su martirio aquí en Roma, fecundando con su sangre la Iglesia. Al mismo

tiempo, el reclamo a la Virgen María será siempre para vosotros una invitación a seguir a aquella que fue firme en la fe y humilde sierva del Señor.

Al concluir esta breve reflexión, quisiera dirigir un cordial saludo, junto con mi gratitud, a todos los presentes, en particular a las Delegaciones oficiales de diversos países y a las representaciones de numerosas diócesis. Los nuevos cardenales están llamados en su servicio a permanecer siempre fieles a Cristo, dejándose guiar únicamente por su Evangelio. Queridos hermanos y hermanas, rezad para que en ellos se refleje de modo vivo nuestro único Pastor y Maestro, el Señor Jesús, fuente de toda sabiduría, que indica a todos el camino. Y pedid también por mí, para que pueda ofrecer siempre al Pueblo de Dios el testimonio de la doctrina segura y regir con humilde firmeza el timón de la santa Iglesia. ¡Amén!

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los nuevos cardenales
acompañados de sus familiares
y fieles, durante el consistorio
ordinario para la creación de nuevos
cardenales***

*Sala Pablo VI. Lunes, 20 de febrero
de 2012*

*Señores cardenales, queridos hermanos
en el episcopado y en el presbiterado, que-
ridos hermanos y hermanas:*

Con gran alegría, tengo hoy este encuentro con vosotros, familiares y amigos de los neocardinales, al día siguiente de las solemnes celebraciones del consistorio, en el que vuestros amados pastores han sido llamados a formar parte del Colegio cardenalicio. Se me brinda así la posibilidad de expresar de modo más directo e íntimo mi cordial saludo a todos y en particular mi felicitación y mis mejores deseos a los nuevos purpurados. Que el acontecimiento tan importante y sugestivo del consistorio sea, para los aquí presentes y para cuantos están unidos en diversas condiciones a los nuevos cardenales, motivo y estímulo para estrecharos con afecto a su alrededor: sentíos aún más cerca de su corazón y de su celo apostólico; escuchad con viva esperanza sus palabras de padres y maestros. Permaneced unidos a ellos y entre vosotros en la fe y en la caridad para ser cada vez más fervientes y valientes testigos de Cristo.

Os saludo en primer lugar a vosotros, queridos purpurados de la Iglesia que está en Italia. Al cardenal Fernando Filoni, prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos; al cardenal Antonio Maria Vegliò, presidente del Consejo pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes; al cardenal Giuseppe Bertello, presidente de la Comisión pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano y presidente de la Gobernación de dicho Estado; al cardenal Francesco Coccopalmerio, presidente del Consejo

pontificio para los textos legislativos; al cardenal Domenico Calcagno, presidente de la Administración del patrimonio de la Sede apostólica; al cardenal Giuseppe Versaldi, presidente de la Prefectura para los asuntos económicos de la Santa Sede; y, por último, al cardenal Giuseppe Betori, arzobispo de Florencia. Venerados hermanos, que el afecto y la oración de tantas personas queridas os sostengan en vuestro servicio a la Iglesia a fin de que cada uno de vosotros dé generoso testimonio del Evangelio de la verdad y de la caridad.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua francesa, y en particular a los belgas que acompañan al señor cardenal Julien Ries. Que nuestra fidelidad a Cristo sea firme y decidida para hacer creíble nuestro testimonio. Nuestra sociedad, que pasa por momentos de incertidumbres y dudas, necesita la luz de Cristo. Que cada cristiano la testimone con fe y valentía, y que el tiempo de Cuaresma ya próximo permita volver hacia Dios. ¡Feliz peregrinación a todos!

Me complace saludar afectuosamente a los prelados de lengua inglesa a quienes he tenido la alegría de elevar a la dignidad cardenalicia en el consistorio del sábado: al cardenal Edwin Frederick O'Brien, gran maestro de la Orden ecuestre del Santo Sepulcro de Jerusalén; al cardenal George Alencherry, arzobispo mayor de Ernakulam-Angamaly de los siro-malabares (India); al cardenal Thomas Christopher

Collins, arzobispo de Toronto (Canadá); al cardenal Timothy Michael Dolan, arzobispo de Nueva York (Estados Unidos); al cardenal John Tong Hon, obispo de Hong Kong (República popular de China); al cardenal Prosper Grech, O.S.A., profesor emérito de varias universidades romanas y consultor de la Congregación para la doctrina de la fe. Extiendo igualmente mi cordial saludo a los familiares y amigos que se unen hoy a ellos. Os invito a que sigáis apoyando a los nuevos cardenales con vuestra oración mientras asumen sus importantes responsabilidades al servicio de la Sede apostólica.

Dirijo un cordial saludo a los nuevos cardenales de lengua alemana: al arzobispo de Berlín, cardenal Rainer Maria Woelki, y al cardenal Karl Josef Becker, de la Compañía de Jesús. Les aseguro mi afecto y mi oración por el particular servicio que se les confía en la Iglesia universal y les encomiendo a la protección de María, Madre de la Iglesia. Con alegría, saludo también a sus familiares y amigos, a los peregrinos de sus diócesis de Berlín y Colonia, a los colaboradores en las diversas instituciones eclesiales, a los representantes de la política y de la vida pública, así como a todos los connacionales que han venido a Roma para este consistorio. Deseo confiar también a vuestra oración a los nuevos cardenales para que, conforme al símbolo de la púrpura que ahora visten, actúen como testigos de la verdad, dispuestos al sacrificio, y como fieles colaboradores del Sucesor de Pedro.

Saludo con afecto al cardenal Santos Abril y Castelló, arcipreste de la basílica Santa María la Mayor, así como a sus familiares, a los obispos, sacerdotes, religiosos y laicos venidos especialmente de España para esta ocasión. Les invito a todos a acompañar con sus alegrías y cercanía espiritual a los nuevos miembros del Colegio de cardenales para que, llenos de amor a Dios y estrechamente unidos al Sucesor de Pedro, continúen la misión espiritual y apostólica con plena fidelidad al Evangelio.

Saludo a los nuevos cardenales de lengua portuguesa, con sus familiares, amigos y colaboradores, y también a los diversos representantes de la comunidad eclesial y civil, honrados igualmente por la dignidad que se ha conferido al cardenal João Braz de Aviz, que está al frente de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, y al cardenal Manuel Monteiro de Castro, quien preside la Penitenciaría apostólica. A la Virgen Madre encomiendo vuestra vida consagrada al servicio de la unidad y de la santidad del pueblo de Dios.

Dirijo un afectuoso saludo al neocardenal Dominik Duka y a todos vosotros, fieles llegados de la República Checa para compartir su alegría. Que estos días de fiesta y de oración susciten en vosotros un renovado amor a Cristo y a su Iglesia. A todos mi bendición. ¡Alabados sean Jesús y María!

Saludo al cardenal Willem Jacobus Eijk, arzobispo de Utrecht, y a los fieles que lo acompañan. Confío en que estas jornadas de ferviente espiritualidad susciten en cada uno un renovado amor a Cristo y a la Iglesia. Continúad sosteniendo a vuestro arzobispo con la oración para que siga guiando con celo pastoral al pueblo a él encomendado.

Saludo con alegría a Su Beatitud Lucian Mureşan y a todos vosotros, fieles de Rumanía, que habéis querido estrecharos en torno a vuestro amado pastor, a quien he creado cardenal. Junto con vosotros saludo a todo el pueblo rumano y a vuestra patria, ahora más unida todavía a la sede de San Pedro. Que mi bendición os sostenga siempre.

Queridos amigos, gracias de nuevo por vuestra significativa presencia. La creación de los nuevos cardenales es ocasión para reflexionar sobre la misión universal de la Iglesia en la historia de los hombres: en los acontecimientos humanos, frecuentemente tan convulsos y chocantes, la Iglesia está siempre presente, llevando a Cristo, luz y esperanza para toda la humanidad. Permanecer unidos a la Iglesia y al mensaje de salvación que ella difunde significa anclarse en la Verdad, reforzar el sentido de los verdaderos valores y estar serenos frente a cualquier suceso. Os exhorto, por lo tanto, a permanecer siempre unidos a vuestros pastores, así como a los nuevos cardenales, para estar en comunión con la Iglesia. La unidad en

la Iglesia es un don divino que hay que defender y hacer crecer. A la protección de la Madre de Dios y de los apóstoles san Pedro y san Pablo os encomiendo, venerados hermanos cardenales, y a los fieles que os acompañan. Con estos sentimientos os imparto de corazón mi bendición apostólica.

***“Lectio Divina” del Papa,
Benedicto XVI, durante el encuentro
con el clero de Roma por el inicio de
la Cuaresma***

*Aula Pablo VI. Jueves, 23 de febrero
de 2012*

Queridos hermanos:

Para mí, es una gran alegría ver cada año, al inicio de la Cuaresma, a mi clero, el clero de Roma, y me complace ver que hoy somos numerosos. Yo pensaba que en esta gran aula íbamos a ser un grupo casi perdido, pero veo que somos un fuerte ejército de Dios y podemos entrar con fuerza en este tiempo nuestro, en las batallas necesarias para promover, para hacer que avance el reino de Dios. Ayer entramos por la puerta de la Cuaresma, renovación anual de nuestro Bautismo; repetimos casi nuestro catecumenado, yendo de nuevo a la profundidad de nuestra realidad de bautizados, retomando, volviendo a nuestra realidad de bautizados y así incorporados a Cristo. De este modo, también podemos tratar de guiar nue-

vamente a nuestras comunidades a esta comunión íntima con la muerte y resurrección de Cristo, llegando a ser cada vez más conformes a Cristo, llegando a ser cada vez más cristianos realmente.

El pasaje de la *Carta de san Pablo a los Efesios* que acabamos de escuchar (4, 1-16) es uno de los grandes textos eclesiales del Nuevo Testamento. Comienza con la autopresentación del autor: «Yo Pablo, prisionero por el Señor» (v. 1). La palabra griega *desmios* dice «encadenado»: Pablo, como un criminal, está entre cadenas, encadenado por Cristo y así comienza en la comunión con la pasión de Cristo. Este es el primer elemento de la autopresentación: él habla encadenado, habla en la comunión de la pasión de Cristo y así está en comunión también con la resurrección de Cristo, con su nueva vida. También nosotros, cuando hablamos, debemos hacerlo en comunión con su pasión, aceptando nuestras pasiones, nuestros sufrimientos y pruebas, en este sentido: son precisamente pruebas de la presencia de Cristo, de que él está con nosotros y de que, en la comunión con su pasión, vamos hacia la novedad de la vida, hacia la resurrección. Así pues, «encadenado» es en primer lugar una palabra de la teología de la cruz, de la comunión necesaria de todo evangelizador, de todo pastor con el Pastor supremo, que nos ha redimido «entregándose», sufriendo por nosotros. El amor es sufrimiento, es entregarse, es perderse, y precisamente de este modo es fecundo. Pero así,

en el elemento exterior de las cadenas, de la falta de libertad, aparece y se refleja otro aspecto: la verdadera cadena que ata a Pablo a Cristo es la cadena del amor. «Encadenado por amor»: un amor que da libertad, un amor que lo capacita para hacer presente el mensaje de Cristo y a Cristo mismo. Y también para todos nosotros esta debería ser la última cadena que nos libera, unidos con la cadena del amor a Cristo. Así encontramos la libertad y el verdadero camino de la vida, y, con el amor de Cristo, podemos guiar también a los hombres que nos han sido encomendados a este amor, que es la alegría, la libertad.

Luego dice «os exhorto» (*Ef* 4, 1): tiene la misión de exhortar, no se trata de una amonestación moral. Exhorto desde la comunión con Cristo; es Cristo mismo, en último término, quien exhorta, quien invita con el amor de un padre y de una madre. «Os exhorto a que andéis como pide la vocación a la que habéis sido llamados» (v. 1); o sea, el primer elemento es: hemos recibido una llamada. Yo no soy anónimo o sin sentido en el mundo: hay una llamada, hay una voz que me ha llamado, una voz que sigo. Y mi vida debería ser un entrar cada vez más profundamente en la senda de la llamada, seguir esta voz y así encontrar el verdadero camino y guiar a los demás por este camino.

He «recibido una llamada». Yo diría que la primera gran llamada es la del Bautismo, la de estar con Cristo; la

segunda gran llamada es la de ser pastores a su servicio, y debemos escuchar cada vez más esta llamada, de modo que podamos llamar, o mejor, ayudar también a los demás a oír la voz del Señor que llama. El gran sufrimiento de la Iglesia de hoy en Europa y en Occidente es la falta de vocaciones sacerdotales, pero el Señor llama siempre; lo que falta es la escucha. Nosotros hemos escuchado su voz y debemos estar atentos a la voz del Señor también para los demás, ayudarles a que la escuchen y así acepten la llamada, se abran a un camino de vocación a ser pastores con Cristo. San Pablo vuelve a utilizar esta palabra «llamada» al final de este primer párrafo, y habla de una vocación, de una llamada a la esperanza -la llamada misma es una esperanza- y así demuestra las dimensiones de la llamada: no es solo individual; la llamada ya es un fenómeno de diálogo, un fenómeno en el «nosotros»; en el «yo y tú» y en el «nosotros». «Llamada a la esperanza». Así vemos las dimensiones de la llamada; son tres. Llamada, en último término, según este texto, hacia Dios. Dios es el fin; al final llegamos sencillamente a Dios y todo el camino es un camino hacia Dios. Pero este camino hacia Dios nunca es aislado, no es un camino solo en el «yo», es un camino hacia el futuro, hacia la renovación del mundo, y un camino en el «nosotros» de los llamados que llama a otros, que les ayuda a escuchar esta llamada. Por eso, la llamada siempre es también una vocación eclesial. Ser fieles a la llamada del Señor implica descubrir este «nosotros» en el

cual y por el cual estamos llamados, así como ir juntos y realizar las virtudes necesarias. La «llamada» implica la eclesialidad; implica, por tanto, las dimensiones vertical y horizontal, que van inseparablemente unidas; implica eclesialidad en el sentido de dejarse ayudar por el «nosotros» y de construir este «nosotros» de la Iglesia. En este sentido, san Pablo explica la llamada con esta finalidad: un Dios único, solo, pero con esta dirección hacia el futuro; la esperanza está en el «nosotros» de aquellos que tienen la esperanza, que aman dentro de la esperanza, con algunas virtudes que son precisamente los elementos del caminar juntos.

La primera es: «con toda humildad» (*Ef* 4, 2). Quiero detenerme un poco más en esta virtud, porque antes del cristianismo no aparece en el catálogo de las virtudes; es una virtud nueva, la virtud del seguimiento de Cristo. Pensemos en la *Carta a los Filipenses*, en el capítulo dos: Cristo, siendo de condición divina, se humilló, aceptando la condición de esclavo y haciéndose obediente hasta la cruz (cf. *Flp* 2, 6-8). Este es el camino de la humildad del Hijo que debemos imitar. Seguir a Cristo quiere decir entrar en este camino de la humildad. El texto griego dice *tapeinophrosyne* (cf. *Ef* 4, 2): no ensoberbecerse, tener la medida justa. Humildad. Lo contrario de la humildad es la soberbia, como la razón de todos los pecados. La soberbia es arrogancia; por encima de todo quiere poder, apariencias, aparentar a los ojos de

los demás, ser alguien o algo; no tiene la intención de agradar a Dios, sino de complacerse a sí mismo, de ser aceptado por los demás y -digamos- venerado por los demás. El «yo» en el centro del mundo: se trata de mi «yo» soberbio, que lo sabe todo. Ser cristiano quiere decir superar esta tentación originaria, que también es el núcleo del pecado original: ser como Dios, pero sin Dios; ser cristiano es ser verdadero, sincero, realista. La humildad es sobre todo verdad, vivir en la verdad, aprender la verdad, aprender que mi pequeñez es precisamente mi grandeza, porque así soy importante para el gran entramado de la historia de Dios con la humanidad. Precisamente reconociendo que soy un pensamiento de Dios, de la construcción de su mundo, y soy insustituible, precisamente así, en mi pequeñez, y solo de este modo, soy grande. Esto es el inicio del ser cristiano: vivir la verdad. Y solo vivo bien viviendo la verdad, el realismo de mi vocación por los demás, con los demás, en el cuerpo de Cristo. Vivir contra la verdad siempre es vivir mal. ¡Vivamos la verdad! Aprendamos este realismo: no querer aparentar, sino agradar a Dios y hacer lo que Dios ha pensado de mí y para mí, aceptando así también al otro. Aceptar al otro, que tal vez es más grande que yo, supone precisamente este realismo y amor a la verdad; supone aceptarme a mí mismo como «pensamiento de Dios», tal como soy, con mis límites y, de este modo, con mi grandeza. Aceptarme a mí mismo y aceptar al otro van juntos: solo aceptándome a mí mismo en el gran

entramado divino puedo aceptar también a los demás, que forman conmigo la gran sinfonía de la Iglesia y de la creación. Yo creo que las pequeñas humillaciones que, día tras días, debemos vivir son saludables, porque ayudan a cada uno a reconocer la propia verdad, y a vernos libres de la vanagloria, que va contra la verdad y no puede hacernos felices y buenos. Aceptar y aprender esto, y así aprender y aceptar mi posición en la Iglesia, mi pequeño servicio como grande a los ojos de Dios. Precisamente esta humildad, este realismo, nos hace libres. Si soy arrogante, si soy soberbio, querré siempre agradar, y si no lo logro me siento miserable, me siento infeliz, y debo buscar siempre este placer. En cambio, cuando soy humilde tengo la libertad también de ir a contracorriente de una opinión dominante, del pensamiento de otros, porque la humildad me da la capacidad, la libertad de la verdad. Así pues, pidamos al Señor que nos ayude, que nos ayude a ser realmente constructores de la comunidad de la Iglesia; que crezca, que nosotros mismos crezcamos en la gran visión de Dios, del «nosotros», y que seamos miembros del Cuerpo de Cristo, que pertenece así, en unidad, al Hijo de Dios.

La segunda virtud -veámosla con más brevedad- es la «dulzura» (*Ef* 4, 2), dice la traducción italiana. En griego, la palabra es *praus*, es decir, «manso»; y también esta es una virtud cristológica como la humildad, que consiste en seguir a Cristo por este camino de la

humildad. Así también *praus*, ser amable, ser manso, es seguir a Cristo que dice: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (*Mt* 11, 29). Esto no quiere decir debilidad. Cristo también puede ser duro, si es necesario, pero siempre con un corazón bueno; siempre es visible la bondad, la mansedumbre. En la Sagrada Escritura, a veces, «los mansos» es simplemente el nombre de los creyentes, del pequeño rebaño de los pobres que, en todas las pruebas, permanecen humildes y firmes en la comunión del Señor: buscar esta mansedumbre, que es lo contrario de la violencia. La tercera bienaventuranza, en el Evangelio de san Mateo, dice: «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra» (*Mt* 5, 4). No son los violentos los que heredan la tierra, al final corresponde a los mansos: ellos tienen la gran promesa, y así nosotros debemos estar seguros de la promesa de Dios, de que la mansedumbre es más fuerte que la violencia. En la palabra mansedumbre, se oculta el contraste con la violencia: los cristianos son los no violentos, son los opuestos a la violencia.

Y san Pablo prosigue: «con magnanimidad» (*Ef* 4, 2): Dios es magnánimo. A pesar de nuestras debilidades y de nuestros pecados, comienza siempre de nuevo con nosotros. Me perdona, aunque sabe que mañana volveré a caer en el pecado; reparte sus dones, aunque sabe que a menudo no somos buenos administradores. Dios es magnánimo, de gran corazón, nos confía

su bondad. Y esta magnanimidad, esta generosidad, forma parte precisamente del seguimiento de Cristo, de nuevo.

Por último, «sobrellevaos mutuamente con amor» (*Ef* 4, 2). Me parece que precisamente de la humildad deriva esta capacidad de aceptar a los demás. La alteridad de otro siempre es un peso. ¿Por qué el otro es diferente? Pero precisamente esta diversidad, esta alteridad es necesaria para la belleza de la sinfonía de Dios. Y precisamente con la humildad, reconociendo mis límites, mi alteridad respecto al otro, el peso que yo soy para el otro, puedo ser capaz no solo de sobrellevar al otro, sino también, con amor, encontrar precisamente en la alteridad también la riqueza de su ser y de las ideas y de la fantasía de Dios.

Todo esto, por lo tanto, sirve como virtud eclesial para la construcción del Cuerpo de Cristo, que es el Espíritu de Cristo, para que sea de nuevo ejemplo, de nuevo cuerpo, y crezca. San Pablo lo dice luego en concreto, afirmando que toda esta variedad de dones, de temperamentos, del ser hombre, sirve para la unidad (cf. *Ef* 4, 11-13). Todas estas virtudes son también virtudes de la unidad. Por ejemplo, para mí es muy significativo que la primera Carta después del Nuevo Testamento, la *Primera Carta de Clemente*, esté dirigida a una comunidad, la de los Corintios, dividida, y que sufría por la división (cf. PG 1, 201-328). En esta Carta, precisamente la palabra «humildad» es

una palabra clave: están divididos porque falta la humildad; la ausencia de humildad destruye la unidad. La humildad es una virtud fundamental de la unidad; y solo así crece la unidad del Cuerpo de Cristo, solo así llegamos a estar realmente unidos y recibimos la riqueza y la belleza de la unidad. Por eso, es lógico que la lista de estas virtudes, que son virtudes eclesiales, cristológicas, virtudes de la unidad, se oriente hacia la unidad explícita: «un solo Señor, una sola fe, un solo Bautismo. Un solo Dios y Padre de todos» (*Ef* 4, 5). Una sola fe y un solo Bautismo, como realidad concreta de la Iglesia que está bajo el único Señor.

Bautismo y fe son inseparables. El Bautismo es el sacramento de la fe y la fe tiene dos aspectos. Es un acto profundamente personal: yo conozco a Cristo, me encuentro con Cristo y pongo mi confianza en él. Pensemos en la mujer que toca sus vestiduras con la esperanza de ser salvada (cf. *Mt* 9, 20-21); confía totalmente en él y el Señor dice: «Tu fe te ha salvado» (*Mt* 9, 22). También a los leprosos, al único que vuelve, dice: «Tu fe te ha salvado» (*Lc* 17, 19). Así pues, la fe inicialmente es, sobre todo, un encuentro personal, un tocar las vestiduras de Cristo, un ser tocado por Cristo, estar en contacto con Cristo, confiar en el Señor, tener y encontrar el amor de Cristo y, en el amor de Cristo, también la llave de la verdad, de la universalidad. Pero precisamente por esto, porque es la clave de la universalidad del único Señor, esa

fe no es solo un acto personal de confianza, sino también un acto que tiene un contenido. La *fides qua* exige la *fides quae*, el contenido de la fe, y el Bautismo expresa este contenido: la fórmula trinitaria es el elemento sustancial del credo de los cristianos. De por sí, es un «sí» a Cristo, y de este modo al Dios Trinitario, con esta realidad, con este contenido que me une a este Señor, a este Dios, que tiene este Rostro: vive como Hijo del Padre en la unidad del Espíritu Santo y en la comunión del Cuerpo de Cristo. Por lo tanto, esto me parece muy importante: la fe tiene un contenido y no es suficiente, no es un elemento de unificación si no hay y no se vive y confiesa este contenido de la única fe.

Por eso, «Año de la fe» y Año del Catecismo -para ser muy práctico- están inseparablemente unidos. Sólo renovaremos el Concilio renovando el contenido -condensado luego de nuevo- del *Catecismo de la Iglesia católica*. Y un gran problema de la Iglesia actual es la falta de conocimiento de la fe, es el «analfabetismo religioso», como dijeron los cardenales el viernes pasado refiriéndose a esta realidad. «Analfabetismo religioso»; y, con este analfabetismo, no podemos crecer, no puede crecer la unidad. Por eso, nosotros mismos debemos reapropiarnos de este contenido, como riqueza de la unidad y no como un paquete de dogmas y de mandamientos, sino como una realidad única que se revela en su profundidad y belleza. Debemos hacer todo lo

posible para una renovación catequística, para que la fe sea conocida y para que así sea conocido Dios, para que así sea conocido Cristo, para que así sea conocida la verdad y para que crezca la unidad en la verdad.

Luego todas estas unidades desembocan en el «un solo Dios y Padre de todos». Todo lo que no es humildad, todo lo que no es fe común, destruye la unidad, destruye la esperanza y hace invisible el Rostro de Dios. Dio es Uno y Único. El monoteísmo era el gran privilegio de Israel, que conoció al único Dios, y sigue siendo elemento constitutivo de la fe cristiana. Como sabemos, el Dios Trinitario no son tres divinidades, sino que es un único Dios; y vemos mejor lo que quiere decir unidad: unidad es unidad del amor. Es así: precisamente porque es el círculo de amor, Dios es Uno y Único.

Para san Pablo, como hemos visto, la unidad de Dios se identifica con nuestra esperanza. ¿Por qué? ¿De qué modo? Porque la unidad de Dios es esperanza, porque esta nos garantiza que, al final, no hay varios poderes; al final, no hay dualismo entre poderes diversos y opuestos; al final no permanece la cabeza del dragón que se podría alzar contra Dios, no permanece la suciedad del mal y del pecado. ¡Al final, solo permanece la luz! Dios es único y es el único Dios: no hay otro poder contra él. Sabemos que hoy, con los males que vivimos en el mundo y que crecen cada vez más, muchos dudan de la Omni-

potencia de Dios; más aún, algunos teólogos -incluso buenos- dicen que Dios no sería Omnipotente, porque la omnipotencia no sería compatible con lo que vemos en el mundo; y así quieren crear una nueva apología, excusar a Dios y «disculpar» a Dios de estos males. Pero esta no es la manera correcta, porque si Dios no es Omnipotente, si existen y persisten otros poderes, no es verdaderamente Dios y no hay esperanza, porque al final permanecería el politeísmo, al final permanecería la lucha, el poder del mal. Dios es Omnipotente, el único Dios. Ciertamente, en la historia se puso él mismo un límite a su omnipotencia, reconociendo nuestra libertad. Pero, al final, todo cuadra y no permanece otro poder; ésta es la esperanza: que ¡la luz vence, el amor vence! Al final no permanece la fuerza del mal, permanece solo Dios. Y así estamos en la senda de la esperanza, caminando hacia la unidad del único Dios, que se reveló por el Espíritu Santo, en el único Señor, Cristo.

A continuación, desde esta gran visión, san Pablo baja a los detalles y dice de Cristo: «Subió a lo alto llevando cautivos y dio dones a los hombres» (*Ef* 4, 8). El Apóstol cita el Salmo 68, que describe de modo poético la subida de Dios con el Arca de la Alianza hacia las alturas, hacia la cima del Monte Sión, hacia el templo: Dios como vencedor que ha superado a los demás, que son cautivos, y, como un verdadero vencedor, reparte dones. El judaísmo ha visto en este vencedor más bien una

imagen de Moisés, que sube hacia el Monte Sinaí para recibir en las alturas la voluntad de Dios, los Mandamientos, no considerados como un peso, sino como el don de conocer el Rostro de Dios, la voluntad de Dios. San Pablo, al final, ve aquí una imagen de la ascensión de Cristo, que sube hacia lo alto después de haber bajado; sube y lleva a la humanidad hacia Dios, hace lugar para la carne y la sangre en Dios mismo; nos eleva hacia la altura de su ser Hijo y nos libra de la cárcel del pecado, nos hace libres porque es vencedor. Al ser vencedor, él reparte los dones. Y así, a partir de la ascensión de Cristo, hemos llegado a la Iglesia. Los dones son la *charis* como tal, la gracia: estar en la gracia, en el amor de Dios. Y luego los carismas, en los que se concreta la *charis* en las diversas funciones y misiones: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros para edificar así el Cuerpo de Cristo (cf. Ef 4, 11).

No quiero entrar ahora en una exégesis detallada. Acerca de este texto, se ha discutido mucho sobre lo que quiere decir apóstoles, profetas... En cualquier caso, podemos decir que la Iglesia está construida sobre el fundamento de la fe apostólica, que siempre permanece presente: los Apóstoles, en la sucesión apostólica, están presentes en los pastores, que somos nosotros, por la gracia de Dios y a pesar de toda nuestra pobreza. Y damos gracias a Dios por habernos querido llamar a estar en la sucesión apostólica y seguir edificando el Cuerpo de Cristo. Aquí hay un ele-

mento que me parece importante: los ministerios -los así llamados ministerios- son definidos «dones de Cristo», son carismas; es decir, no existe esa oposición: por una parte, el ministerio, como algo jurídico; y, por otra, los carismas, como don profético, vivaz, espiritual, como presencia del Espíritu y su novedad. ¡No! Precisamente los ministerios son don del Resucitado y son carismas, son articulaciones de su gracia; uno no puede ser sacerdote sin ser carismático. Ser sacerdote es un carisma. Creo que debemos tener presente esto: que estamos llamados al sacerdocio, que estamos llamados con un don del Señor, con un carisma del Señor. Así, inspirados por su Espíritu, debemos tratar de vivir este carisma nuestro. Creo que solo de este modo se puede entender que la Iglesia en Occidente haya vinculado inseparablemente sacerdocio y celibato: estar en una existencia escatológica hacia el destino último de nuestra esperanza, hacia Dios. Precisamente porque el sacerdocio es un carisma y también debe estar vinculado a un carisma: si no fuese esto, y fuese solamente algo jurídico, sería absurdo imponer un carisma, que es un verdadero carisma; pero si el sacerdocio mismo es carisma, es normal que conviva con el carisma, con el estado carismático de la vida escatológica.

Pidamos al Señor que nos ayude a comprender cada vez más esto, a vivir cada vez más en el carisma del Espíritu Santo y a vivir así también este signo escatológico de la fidelidad al único

Señor, que es necesario precisamente para nuestro tiempo, por la descomposición del matrimonio y de la familia, que solo pueden componerse a la luz de esta fidelidad a la única llamada del Señor.

Un último punto. San Pablo habla del crecimiento del hombre perfecto, que alcanza la medida de Cristo en su plenitud: ya no seremos niños a merced de las olas, llevados a la deriva por todo viento de doctrina (cf. *Ef* 4, 13-14). «Sino que, realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él» (*Ef* 4, 15). No se puede vivir en un infantilismo espiritual, en un infantilismo de fe: por desgracia, en nuestro mundo vemos este infantilismo. Muchos, después de la primera catequesis, ya no han proseguido; tal vez haya quedado este núcleo, o tal vez incluso se haya destruido. Y, por lo demás, están a merced de las olas del mundo y nada más; no pueden, como adultos, con competencia y con convicción profunda, exponer y hacer presente la filosofía de la fe y -por decirlo así- la gran sabiduría, la racionalidad de la fe, que abre los ojos también de los demás, que abre los ojos precisamente a lo que hay de bueno y verdadero en el mundo. Falta este ser adultos en la fe y existe mucho infantilismo en la fe.

Ciertamente, en estos últimos decenios, hemos vivido también otro sentido de la palabra «fe adulta». Se habla de «fe adulta», es decir, emancipada

del Magisterio de la Iglesia. Mientras dependo de mi madre, soy niño, y debo emanciparme; emancipado del Magisterio, finalmente soy adulto. Pero el resultado no es una fe adulta; el resultado es estar a merced de las olas del mundo, de las opiniones del mundo, de la dictadura de los medios de comunicación, de la opinión que todos tienen y quieren. No es verdadera emancipación: la emancipación de la comunión del Cuerpo de Cristo. Al contrario, es caer bajo la dictadura de las olas, del viento del mundo. La verdadera emancipación es precisamente liberarse de esta dictadura, en la libertad de los hijos de Dios que creen juntos en el Cuerpo de Cristo, con Cristo resucitado, y así ven la realidad, y son capaces de responder a los desafíos de nuestro tiempo.

Me parece que debemos orar mucho al Señor para que nos ayude a estar emancipados en este sentido, libres en este sentido, con una fe realmente adulta, que ve, que hace ver y puede ayudar también a los demás a llegar a la verdadera perfección, a la verdadera edad adulta, en comunión con Cristo.

En este contexto, está la hermosa expresión del *aletheuein en te agape*, ser verdaderos en la caridad, vivir la verdad, ser verdad en la caridad: los dos conceptos van juntos. Hoy se discute sobre el concepto de verdad porque se combina con la violencia. Por desgracia, en la historia, ha habido episodios donde se trataba de difun-

dir la verdad con violencia. Pero las dos son opuestas. La verdad no se impone con otros medios, se impone por sí misma. La verdad solo puede llegar por sí misma, por su propia luz. Pero necesitamos la verdad; sin la verdad no conocemos los verdaderos valores y ¿cómo podríamos ordenar el *kosmos* de los valores? Sin la verdad estamos ciegos en el mundo, no vemos el camino. El gran don de Cristo es precisamente que vemos el Rostro de Dios y, aunque sea de modo enigmático, muy insuficiente, conocemos el fondo, lo esencial de la verdad en Cristo, en su Cuerpo. Y, conociendo esta verdad, crecemos también en la caridad, que es la legitimación de la verdad y nos muestra qué es verdad. Yo diría precisamente que la caridad es el fruto de la verdad -el árbol se conoce por sus frutos- y si no hay caridad, tampoco nos apropiamos ni vivimos realmente la verdad; y donde está la verdad, nace la caridad. Gracias a Dios, lo vemos en todos los siglos: a pesar de los hechos negativos, el fruto de la caridad siempre ha estado presente en la cristiandad y también está presente hoy. Lo vemos en los mártires, lo vemos en tantas religiosas, religiosos y sacerdotes que sirven humildemente a los pobres, a los enfermos; que son presencia de la caridad de Cristo. Y así son el gran signo de que aquí está la verdad.

Pidamos al Señor que nos ayude a dar el fruto de la caridad y a ser así testigos de su verdad. Gracias.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los socios del Círculo San Pedro

Viernes, 24 de febrero de 2012

Queridos socios del Círculo de San Pedro:

Me alegra acogeros en este encuentro que tiene lugar en la cercanía de la fiesta de la Cátedra de San Pedro, circunstancia que os brinda la ocasión de manifestar la peculiar fidelidad a la Sede apostólica que, desde siempre, distingue a vuestro benemérito Círculo. Os saludo a todos con gran cordialidad. Saludo al presidente general, duque Leopoldo Torlonia, agradeciéndole las afectuosas y devotas palabras que ha querido dirigirme, interpretando los sentimientos de todos vosotros, y saludo al consiliario eclesiástico.

Acabamos de iniciar el camino cuaresmal y, como recordé en mi reciente Mensaje (cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 12 de febrero, pp. 6-7), este tiempo litúrgico nos invita a reflexionar sobre el corazón de la vida cristiana: la caridad. La Cuaresma es un tiempo propicio para que, con la ayuda de la Palabra de Dios y de los sacramentos, nos renovemos en la fe y en el amor, tanto a nivel personal como comunitario. Es un itinerario caracterizado por la oración y la limosna, por el silencio y el ayuno, a la espera de vivir la alegría pasqual. La *Carta a los Hebreos* nos exhorta con estas palabras: «Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras» (10, 24).

Queridos amigos, hoy como ayer, el testimonio de la caridad mueve de modo particular el corazón de los hombres. La nueva evangelización, especialmente en una ciudad cosmopolita como Roma, requiere gran apertura de espíritu y sabia disponibilidad hacia todos. En este sentido, se inserta muy bien la red de intervenciones asistenciales que realizáis cada día en favor de cuantos se encuentran en dificultades. Me complace recordar la generosa obra que lleváis a cabo en los comedores, en el asilo nocturno, en la casa para familias y en el centro polifuncional, así como el testimonio silencioso, pero muy elocuente, que dais en apoyo de los enfermos y de sus familiares en el *Hospice Fondazione Roma*, sin olvidar el compromiso misionero en Laos y las adopciones a distancia.

Sabemos que la autenticidad de nuestra fidelidad al Evangelio también se verifica sobre la base de la atención y la solicitud concreta que nos esforzamos por manifestar al prójimo, especialmente a los más débiles y marginados. La atención al otro implica desear su bien, en todos los aspectos: físico, moral y espiritual. Aunque la cultura contemporánea parece haber perdido el sentido del bien y del mal, es preciso reafirmar con fuerza que el bien existe y triunfa. Así pues, la responsabilidad hacia el prójimo significa querer y hacer el bien al otro, deseando que se abra a la lógica del bien; interesarse por el hermano significa abrir los ojos a sus necesidades, superando la dureza del corazón que no nos deja ver los sufrimientos de los de-

más. De este modo, el servicio caritativo se convierte en una forma privilegiada de evangelización, a la luz de la enseñanza de Jesús, que considerará hecho a él mismo cuanto hagamos a nuestros hermanos, especialmente a los más pequeños y abandonados (cf. *Mt 25, 40*). Es necesario armonizar nuestro corazón con el corazón de Cristo, para que el apoyo amoroso ofrecido a los demás se traduzca en participación y comunión consciente en sus sufrimientos y en sus esperanzas, haciendo así visible, por una parte, la misericordia infinita de Dios hacia todos los hombres, que brilla en el rostro de Cristo; y, por otra, nuestra fe en él. El encuentro con el otro y la apertura del corazón a sus necesidades son una ocasión de salvación y de bienaventuranza.

Queridos socios del Círculo de San Pedro, como todos los años, hoy habéis venido a entregarme el óbolo para la caridad del Papa que habéis recogido en las parroquias de Roma. Ese óbolo representa una ayuda concreta ofrecida al Sucesor de Pedro, para que pueda responder a las innumerables peticiones que le llegan de todas las partes del mundo, especialmente de los países más pobres. Os agradezco de corazón toda la actividad que realizáis generosamente y con espíritu de sacrificio, y que nace de vuestra fe, de la relación con el Señor cultivada cada día. Fe, caridad y testimonio deben seguir siendo las líneas directrices de vuestro apostolado. Además, ¿cómo no recordar vuestra presencia durante las celebraciones litúrgicas

en la basílica de San Pedro? Esa presencia redundante principalmente en vuestro honor, puesto que con ella manifestáis la constante entrega y la fidelidad devota que os unen a la Sede del apóstol Pedro. Que el Señor os recompense y colme de bendiciones a vuestro Círculo; que ayude a cada uno de vosotros a realizar su vocación cristiana en la familia, en el trabajo y en vuestra asociación.

Queridos amigos, a la vez que os renuevo mi aprecio por el servicio que prestáis a la Iglesia, os encomiendo, juntamente con vuestras familias, a la intercesión materna de la Virgen María, *Salus populi romani*, y de vuestros santos protectores. Por mi parte, os aseguro mi recuerdo en la oración por vosotros, por cuantos os acompañan en las diversas iniciativas y por quienes encontráis en vuestro apostolado diario, mientras imparto con afecto a todos una especial bendición apostólica.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en la Asamblea de la Pontificia Academia para la Vida

Sala Clementina. Sábado, 25 de febrero de 2012

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas:

Me alegra encontrarme con vosotros con ocasión de los trabajos de la XVIII asamblea general de la Acade-

mia pontificia para la vida. Os saludo y os doy las gracias a todos por vuestro generoso servicio en defensa y en favor de la vida, en particular al presidente, monseñor Ignacio Carrasco de Paula, por las palabras que me ha dirigido también en vuestro nombre. El enfoque que habéis dado a vuestros trabajos manifiesta la confianza que la Iglesia ha depositado siempre en las posibilidades de la razón humana y en un trabajo científico realizado rigurosamente, que siempre tengan presente el aspecto moral. El tema que habéis elegido este año, «Diagnóstico y terapia de la infertilidad», además de tener relevancia humana y social, posee un peculiar valor científico y expresa la posibilidad concreta de un diálogo fecundo entre la dimensión ética y la investigación biomédica. En efecto, ante el problema de la infertilidad de la pareja, habéis elegido recordar y considerar atentamente la dimensión moral, buscando los caminos para una correcta evaluación diagnóstica y una terapia que corrija las causas de la infertilidad. Este enfoque no solo nace del deseo de dar un hijo a la pareja, sino también de devolver a los esposos su fertilidad y toda la dignidad de ser responsables de sus decisiones de procreación, para ser colaboradores de Dios en la generación de un nuevo ser humano. La búsqueda de un diagnóstico y de una terapia representa el enfoque científicamente más correcto de la cuestión de la infertilidad, pero también el más respetuoso de la humanidad integral de los sujetos impli-

cados. De hecho, la unión del hombre y de la mujer en la comunidad de amor y de vida que es el matrimonio, constituye el único «lugar» digno para la llamada a la existencia de un nuevo ser humano, que siempre es un don.

Por tanto, deseo alentar la honradez intelectual de vuestro trabajo, expresión de una ciencia que mantiene vivo su espíritu de búsqueda de la verdad, al servicio del bien auténtico del hombre, y que evita el riesgo de ser una práctica meramente funcional. De hecho, la dignidad humana y cristiana de la procreación no consiste en un «producto», sino en su vínculo con el acto conyugal, expresión del amor de los esposos, de su unión no solo biológica sino también espiritual. A este respecto, la instrucción *Donum vitae* nos recuerda que «el acto conyugal, por su íntima estructura, al asociar al esposo y a la esposa con un vínculo estrechísimo, los hace también idóneos para engendrar una nueva vida de acuerdo con las leyes inscritas en la naturaleza misma del varón y de la mujer» (n. 4 a). Por eso, las legítimas aspiraciones de paternidad de la pareja que sufre una condición de infertilidad deben encontrar, con la ayuda de la ciencia, una respuesta que respete plenamente su dignidad de personas y de esposos. La humildad y la precisión con que profundizáis en estas problemáticas, consideradas inusuales por algunos de vuestros colegas ante la fascinación de la tecnología de la fecundación ar-

tificial, merecen aliento y apoyo. Con ocasión del décimo aniversario de la encíclica *Fides et ratio*, recordé cómo «la ganancia fácil, o peor aún, la arrogancia de sustituir al Creador desempeñan, a veces, un papel determinante. Esta es una forma de *hybris* de la razón, que puede asumir características peligrosas para la propia humanidad» (*Discurso a los participantes en el congreso internacional organizado por la Pontificia Universidad Lateranense*, 18 de octubre de 2008: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 7 de noviembre de 2008, p. 6). Efectivamente, el cientificismo y la lógica del beneficio parecen dominar hoy el campo de la infertilidad y de la procreación humana, llegando a limitar también muchas otras áreas de investigación.

La Iglesia presta mucha atención al sufrimiento de las parejas con infertilidad, se preocupa por ellas y, precisamente por eso, alienta la investigación médica. Sin embargo, la ciencia no siempre es capaz de responder a los deseos de numerosas parejas. Por eso, quiero recordar a los esposos que viven la condición de infertilidad, que su vocación matrimonial no se frustra por esta causa. Los esposos, por su misma vocación bautismal y matrimonial, siempre están llamados a colaborar con Dios en la creación de una humanidad nueva. En efecto, la vocación al amor es vocación a la entrega de sí, y esta es una posibilidad que ninguna condición orgánica pue-

de impedir. Por consiguiente, donde la ciencia no encuentra una respuesta, la respuesta que ilumina viene de Cristo.

Deseo animaros a todos vosotros, aquí reunidos para estas jornadas de estudio y que, a veces, trabajáis en un contexto médico-científico donde la dimensión de la verdad resulta ofuscada: proseguid el camino emprendido de una ciencia intelectualmente honrada y fascinada por la búsqueda continua del bien del hombre. En vuestro itinerario intelectual no desdeñéis el diálogo con la fe. Os dirijo a vosotros la apremiante exhortación que hice en la encíclica *Deus caritas est*: «Para llevar a cabo rectamente su función, la razón ha de purificarse constantemente, porque su ceguera ética, que deriva de la preponderancia del interés y del poder que la deslumbran, es un peligro que nunca se puede descartar totalmente. (...) La fe permite a la razón desempeñar del mejor modo su cometido y ver más claramente lo que le es propio» (n. 28). Por otra parte, precisamente la matriz cultural creada por el cristianismo -basada en la afirmación de la existencia de la Verdad y de la inteligibilidad de lo real a la luz de la Suma Verdad-, repito, la matriz cultural hizo posible en la Europa medieval el desarrollo del saber científico moderno, saber que en las culturas anteriores estaba solo en germen.

Ilustres científicos y todos vosotros, miembros de la Academia, compro-

metidos a promover la vida y la dignidad de la persona humana, tened siempre presente también el papel cultural fundamental que desempeñáis en la sociedad y la influencia que tenéis en la formación de la opinión pública. Mi predecesor, el beato Juan Pablo II, recordaba que los científicos, «precisamente porque “saben más», están llamados a “servir más”» (*Discurso a la Academia pontificia de ciencias*, 11 de noviembre de 2002: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de noviembre de 2002, p. 7). La gente tiene confianza en vosotros, que servís a la vida; tiene confianza en vuestro compromiso en favor de quienes necesitan consuelo y esperanza. Jamás cedáis a la tentación de tratar el bien de las personas reduciéndolo a un mero problema técnico. La indiferencia de la conciencia ante la verdad y el bien representa una peligrosa amenaza para un auténtico progreso científico.

Quiero concluir renovando el deseo que el concilio Vaticano II dirigió a los hombres del pensamiento y de la ciencia: «Felices los que, poseyendo la verdad, la buscan más todavía a fin de renovarla, profundizar en ella y ofrecerla a los demás» (*Mensaje a los intelectuales y a los hombres de ciencia*, 8 de diciembre de 1965: AAS 58 [1966], 12). Con estos deseos os imparto a todos vosotros aquí presentes, y a vuestros seres queridos, la bendición apostólica. Gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en el curso de la
Penitenciaría Apostólica sobre el
Fuero Interno***

*Aula Pablo VI. Viernes, 9 de marzo
de 2012*

Queridos amigos:

Me alegra mucho tener este encuentro con vosotros con ocasión del curso anual sobre el fuero interno, que organiza la Penitenciaría apostólica. Dirijo un cordial saludo al cardenal Manuel Monteiro de Castro, penitenciario mayor, quien como tal, por primera vez, ha presidido vuestras sesiones de estudio, y le doy las gracias por las cordiales expresiones que ha querido manifestarme. Saludo también a monseñor Gianfranco Girotti, regente, al personal de la Penitenciaría y a cada uno de vosotros, que, con vuestra presencia, recordáis a todos la importancia que tiene para la vida de fe el sacramento de la Reconciliación, evidenciando tanto la necesidad permanente de una adecuada preparación teológica, espiritual y canónica para poder ser confesores, como, sobre todo, el vínculo constitutivo entre celebración sacramental y anuncio del Evangelio.

Los sacramentos y el anuncio de la Palabra, en efecto, jamás se deben concebir separadamente; al contrario, «Jesús afirma que el anuncio del reino de Dios es el objetivo de su misión; pero este anuncio no es solo un “discurso”,

sino que incluye, al mismo tiempo, su mismo actuar; los signos, los milagros que Jesús realiza indican que el Reino viene como realidad presente y que coincide en última instancia con su persona, con el don de sí mismo (...). El sacerdote representa a Cristo, al Enviado del Padre, continúa su misión, mediante la “palabra” y el “sacramento”, en esta totalidad de cuerpo y alma, de signo y palabra» (*Audiencia general*, 5 de mayo de 2010; *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 9 de mayo de 2010, pp. 15-16). Precisamente esta totalidad, que hunde sus raíces en el misterio mismo de la Encarnación, nos sugiere que la celebración del sacramento de la Reconciliación es ella misma anuncio y por eso camino que hay que recorrer para la obra de la nueva evangelización.

¿En qué sentido la Confesión sacramental es «camino» para la nueva evangelización? Ante todo, porque la nueva evangelización saca linfa vital de la santidad de los hijos de la Iglesia, del camino cotidiano de conversión personal y comunitaria para conformarse cada vez más profundamente a Cristo. Y existe un vínculo estrecho entre santidad y sacramento de la Reconciliación, testimoniado por todos los santos de la historia. La conversión real del corazón, que es abrirse a la acción transformadora y renovadora de Dios, es el «motor» de toda reforma y se traduce en una verdadera fuerza evangelizadora. En la Confesión, el pecador arrepentido, por la acción gratuita de la misericor-

dia divina, es justificado, perdonado y santificado; abandona el hombre viejo para revestirse del hombre nuevo. Sólo quien se ha dejado renovar profundamente por la gracia divina puede llevar en sí mismo, y por lo tanto anunciar, la novedad del Evangelio. El beato Juan Pablo II, en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, afirmaba: «Deseo pedir, además, una renovada valentía pastoral para que la pedagogía cotidiana de la comunidad cristiana sepa proponer de manera convincente y eficaz la práctica del sacramento de la Reconciliación» (n. 37). Quiero subrayar este llamamiento, sabiendo que la nueva evangelización debe dar a conocer al hombre de nuestro tiempo el rostro de Cristo «como *mysterium pietatis*, en el que Dios nos muestra su corazón misericordioso y nos reconcilia plenamente consigo. Este es el rostro de Cristo que es preciso hacer que descubran también a través del sacramento de la Penitencia» (*ib.*).

En una época de emergencia educativa, en la que el relativismo pone en discusión la posibilidad misma de una educación entendida como introducción progresiva al conocimiento de la verdad, al sentido profundo de la realidad, por ello como introducción progresiva a la relación con la Verdad que es Dios, los cristianos están llamados a anunciar con vigor la posibilidad del encuentro entre el hombre de hoy y Jesucristo, en quien Dios se ha hecho tan cercano que se le puede ver y escuchar. En esta perspectiva, el sacramento de la

Reconciliación, que parte de una mirada a la condición existencial propia y concreta, ayuda de modo singular a esa «apertura del corazón» que permite dirigir la mirada a Dios para que entre en la vida. La certeza de que él está cerca y, en su misericordia, espera al hombre, también al que está en pecado, para sanar sus enfermedades con la gracia del sacramento de la Reconciliación, es siempre una luz de esperanza para el mundo.

Queridos sacerdotes y queridos diáconos que os preparáis para el presbiterado: en la administración de este sacramento, se os da o se os dará la posibilidad de ser instrumentos de un encuentro siempre renovado de los hombres con Dios. Quienes se dirijan a vosotros, precisamente por su condición de pecadores, experimentarán en sí mismos un deseo profundo: deseo de cambio, petición de misericordia y, en definitiva, deseo de que vuelva a tener lugar, a través del sacramento, el encuentro y el abrazo con Cristo. Seréis por ello colaboradores y protagonistas de muchos posibles «nuevos comienzos», tantos cuantos sean los penitentes que se os acerquen; teniendo presente que el auténtico significado de cada «novedad» no consiste tanto en el abandono o en la supresión del pasado, sino en acoger a Cristo y abrirse a su presencia, siempre nueva y siempre capaz de transformar, de iluminar todas las zonas de sombra y de abrir continuamente un nuevo horizonte. La nueva evangelización, entonces, parte

también del confesionario. O sea, parte del misterioso encuentro entre el inagotable interrogante del hombre, signo en él del Misterio creador, y la misericordia de Dios, única respuesta adecuada a la necesidad humana de infinito. Si la celebración del sacramento de la Reconciliación es así, si en ella, los fieles experimentan realmente la misericordia que Jesús de Nazaret, Señor y Cristo, nos ha donado, entonces se convertirán en testigos creíbles de esa santidad, que es la finalidad de la nueva evangelización.

Todo esto, queridos amigos, si es verdad para los fieles laicos, adquiere todavía mayor relevancia para cada uno de nosotros. El ministro del sacramento de la Reconciliación colabora en la nueva evangelización renovando él mismo, el primero, la conciencia del propio ser penitente y

de la necesidad de acercarse al perdón sacramental, a fin de que se renueve el encuentro con Cristo que, iniciado con el Bautismo, ha hallado en el sacramento del Orden una configuración específica y definitiva. Este es mi deseo para cada uno de vosotros: que la novedad de Cristo sea siempre el centro y la razón de vuestra existencia sacerdotal, para que quien se encuentre con vosotros pueda proclamar, a través de vuestro ministerio, como Andrés y Juan: «Hemos encontrado al Mesías» (*Jn* 1, 41). De esta forma, cada confesión, de la que cada cristiano saldrá renovado, representará un paso adelante de la nueva evangelización. Que María, Madre de misericordia, Refugio de nosotros, pecadores, y Estrella de la nueva evangelización acompañe nuestro camino. Os doy las gracias de corazón y de buen grado os imparto mi bendición apostólica.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Visita Pastoral a la parroquia romana de San Juan Bautista de la Salle, en Torrino

Queridos hermanos y hermanas de la parroquia de San Juan Bautista de la Salle:

En primer lugar, quiero decir, con todo mi corazón, gracias por esta aco-

gida tan cordial, calurosa. Gracias al buen párroco por sus hermosas palabras; gracias por este espíritu de familiaridad que encuentro. Somos realmente familia de Dios, y el hecho de que veis en el Papa también al papá, es para mí algo muy hermoso, que me anima. Pero ahora debemos pensar que tampoco el Papa es la última instancia: la última instancia es el Señor y miramos al Señor para percibir, para captar

-en la medida de lo posible- algo del mensaje de este segundo domingo de Cuaresma.

La liturgia de este día nos prepara sea para el misterio de la Pasión -como escuchamos en la primera lectura- sea para la alegría de la Resurrección.

La primera lectura nos refiere el episodio en el que Dios pone a prueba a Abrahán (cf. Gn 22, 1-18). Abrahán tenía un hijo único, Isaac, que le nació en la vejez. Era el hijo de la promesa, el hijo que debería llevar luego la salvación también a los pueblos. Pero un día Abrahán recibe de Dios la orden de ofrecerlo en sacrificio. El anciano patriarca se encuentra ante la perspectiva de un sacrificio que para él, padre, es ciertamente el mayor que se pueda imaginar. Sin embargo, no duda ni siquiera un instante y, después de preparar lo necesario, parte junto con Isaac hacia el lugar establecido. Y podemos imaginar esta caminata hacia la cima del monte, lo que sucedió en su corazón y en el corazón de su hijo. Construye un altar, coloca la leña y, después de atar al muchacho, aferra el cuchillo para inmolarlo. Abrahán se fía de Dios hasta tal punto que está dispuesto incluso a sacrificar a su propio hijo y, juntamente con el hijo, su futuro, porque sin ese hijo la promesa de la tierra no servía para nada, acabaría en la nada. Y sacrificando a su hijo se sacrifica a sí mismo, todo su futuro, toda la promesa. Es realmente un acto de fe radicalísimo. En ese momento, lo detiene una orden de lo alto: Dios

no quiere la muerte, sino la vida; el verdadero sacrificio no da muerte, sino que es la vida, y la obediencia de Abrahán se convierte en fuente de una inmensa bendición hasta hoy. Dejemos esto, pero podemos meditar este misterio.

En la segunda lectura, san Pablo afirma que Dios mismo realizó un sacrificio: nos dio a su propio Hijo, lo donó en la cruz para vencer el pecado y la muerte, para vencer al maligno y para superar toda la malicia que existe en el mundo. Y esta extraordinaria misericordia de Dios suscita la admiración del Apóstol y una profunda confianza en la fuerza del amor de Dios a nosotros; de hecho, san Pablo afirma: «[Dios], que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?» (Rm 8, 32). Si Dios se da a sí mismo en el Hijo, nos da todo. Y san Pablo insiste en la potencia del sacrificio redentor de Cristo contra cualquier otro poder que pueda amenazar nuestra vida. Se pregunta: «¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió; más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros?» (vv. 33-34). Nosotros estamos en el corazón de Dios; esta es nuestra gran confianza. Esto crea amor y en el amor vamos hacia Dios. Si Dios ha entregado a su propio Hijo por todos nosotros, nadie podrá acusarnos, nadie podrá condenarnos, nadie podrá separarnos de su inmenso amor. Precisamente el sacrificio supremo de amor en la cruz, que el Hijo de Dios aceptó y eligió

voluntariamente, se convierte en fuente de nuestra justificación, de nuestra salvación. Y pensemos que en la Sagrada Eucaristía siempre está presente este acto del Señor, que en su corazón permanece por toda la eternidad, y este acto de su corazón nos atrae, nos une a él.

Por último, el Evangelio nos habla del episodio de la Transfiguración (cf. Mc 9, 2-10): Jesús se manifiesta en su gloria antes del sacrificio de la cruz y Dios Padre lo proclama su Hijo predilecto, el amado, e invita a los discípulos a escucharlo. Jesús sube a un monte alto y toma consigo a tres apóstoles -Pedro, Santiago y Juan-, que estarán especialmente cercanos a él en la agonía extrema, en otro monte, el de los Olivos. Poco tiempo antes, el Señor había anunciado su pasión y Pedro no había logrado comprender por qué el Señor, el Hijo de Dios, hablaba de sufrimiento, de rechazo, de muerte, de cruz; más aún, se había opuesto decididamente a esta perspectiva. Ahora Jesús toma consigo a los tres discípulos para ayudarlos a comprender que el camino para llegar a la gloria, el camino del amor luminoso que vence las tinieblas, pasa por la entrega total de sí mismo, pasa por el escándalo de la cruz. Y el Señor debe tomar consigo, siempre de nuevo, también a nosotros, al menos, para comenzar a comprender que este es el camino necesario. La transfiguración es un momento anticipado de luz que nos ayuda también a nosotros a contemplar la pasión de Jesús con una mirada de fe. La pasión de Jesús es un misterio de sufrimiento,

pero también es la «bienaventurada pasión» porque en su núcleo es un misterio de amor extraordinario de Dios; es el éxodo definitivo que nos abre la puerta hacia la libertad y la novedad de la Resurrección, de la salvación del mal. Tenemos necesidad de ella en nuestro camino diario, a menudo marcado también por la oscuridad del mal.

Queridos hermanos y hermanas, como ya he dicho, me alegra mucho estar en medio de vosotros, hoy, para celebrar el Día del Señor. Saludo cordialmente al cardenal vicario, al obispo auxiliar del sector, a vuestro párroco, don Giampaolo Perugini, a quien agradezco, una vez más, las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos vosotros y también los gratos regalos que me habéis ofrecido. Saludo a los vicarios parroquiales. Y saludo a las Hermanas Franciscanas Misioneras del Corazón Inmaculado de María, presentes aquí desde hace muchos años, particularmente beneméritas para la vida de esta parroquia, que encontró una pronta y generosa hospitalidad en su casa durante los primeros tres años de vida. Extiendo luego mi saludo a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que naturalmente sienten afecto por esta iglesia parroquial que lleva el nombre de su fundador. Saludo, asimismo, a todos los que colaboran en el ámbito de la parroquia: me refiero a los catequistas, a los miembros de las asociaciones y de los movimientos, así como de los distintos grupos parroquiales. Por último, quiero extender mi saludo a todos los habitan-

tes del barrio, especialmente a los ancianos, a los enfermos, a las personas solas y a las que atraviesan dificultades.

Al venir hoy entre vosotros, he notado la posición particular de esta iglesia, situada en el punto más alto del barrio, y dotada de un campanario enhiesto, casi como un dedo o una flecha hacia el cielo. Me parece que esta es una indicación importante: como los tres Apóstoles del Evangelio, también nosotros necesitamos subir al monte de la Transfiguración para recibir la luz de Dios, para que su rostro ilumine nuestro rostro. Y es en la oración personal y comunitaria donde encontramos al Señor, no como una idea, o como una propuesta moral, sino como una Persona que quiere entrar en relación con nosotros, que quiere ser amigo y renovar nuestra vida para hacerla como la suya. Y este encuentro no es solo un hecho personal; esta iglesia vuestra, situada en el punto más alto del barrio, os recuerda que el Evangelio debe ser comunicado, anunciado a todos. No esperemos que otros vengán a traer mensajes diversos, que no llevan a la verdadera vida; convertíos vosotros mismos en misioneros de Cristo para los hermanos en los lugares donde viven, trabajan, estudian o solo pasan el tiempo libre. Conozco las numerosas y significativas obras de evangelización que estáis llevando a cabo, especialmente a través del oratorio llamado «Estrella polar» -me alegra llevar también esta camiseta [la camiseta del oratorio]- donde, gracias al voluntariado de personas competentes y generosas, y con la participación de las

familias, se fomenta el encuentro de muchachos en actividades deportivas, pero sin descuidar la formación cultural, a través del arte y la música, y sobre todo se educa en la relación con Dios, en los valores cristianos y en una participación cada vez más consciente en la celebración eucarística dominical.

Me alegra que el sentido de pertenencia a la comunidad parroquial haya ido madurando y consolidándose cada vez más a lo largo de los años. La fe se debe vivir juntamente y la parroquia es un lugar donde se aprende a vivir la propia fe en el «nosotros» de la Iglesia. Y deseo animaros a que crezca también la corresponsabilidad pastoral, en una perspectiva de auténtica comunión entre todas las realidades presentes, que están llamadas a caminar juntas, a vivir la complementariedad en la diversidad, a testimoniar el «nosotros» de la Iglesia, de la familia de Dios. Conozco el empeño que ponéis en la preparación de los muchachos y los jóvenes para los sacramentos de la vida cristiana. El próximo «Año de la fe» debe ser para esta parroquia una ocasión propicia también para aumentar y consolidar la experiencia de la catequesis sobre las grandes verdades de la fe cristiana, de modo que permita a todo el barrio conocer y profundizar el Credo de la Iglesia, y superar el «analfabetismo religioso», que es uno de los mayores problemas de nuestro tiempo.

Queridos amigos, vuestra comunidad es joven -se ve-; está formada por familias

jóvenes, y gracias a Dios son muchos los niños y muchachos que la pueblan. A este respecto, quiero recordar la misión de la familia, y de toda la comunidad cristiana, de educar en la fe, con la ayuda del tema de este año pastoral, de las orientaciones pastorales propuestas por la Conferencia episcopal italiana, y sin olvidar la profunda y siempre actual enseñanza de san Juan Bautista de la Salle. En especial, queridas familias, vosotras sois el ambiente de vida en donde se dan los primeros pasos en la fe; sed comunidades donde se aprenda a conocer y amar cada vez más al Señor, comunidades donde se dé un enriquecimiento mutuo para vivir una fe verdaderamente adulta.

Por último, quiero recordaros a todos la importancia y la centralidad de la Eucaristía en la vida personal y comunitaria. La santa misa debe estar en el centro de vuestro Domingo, que es preciso redescubrir y vivir como día de Dios y de la comunidad, día en el cual alabar y celebrar a Aquel que murió y resucitó por nuestra salvación, día en el cual vivir juntos en la alegría de una comunidad abierta y dispuesta a acoger a toda persona sola o en dificultades. Reunidos en torno a la Eucaristía, de hecho, percibimos más fácilmente que la misión de toda comunidad cristiana consiste en llevar el mensaje del amor de Dios a todos los hombres. Precisamente por eso es importante que la Eucaristía esté siempre en el corazón de la vida de los fieles, como lo está hoy.

Queridos hermanos y hermanas, desde el Tabor, el monte de la Trans-

figuración, el itinerario cuaresmal nos conduce hasta el Gólgota, monte del supremo sacrificio de amor del único Sacerdote de la alianza nueva y eterna. En ese sacrificio, se encierra la mayor fuerza de transformación del hombre y de la historia. Asumiendo sobre sí todas las consecuencias del mal y del pecado, Jesús resucitó al tercer día como vencedor de la muerte y del Maligno. La Cuaresma nos prepara para participar personalmente en este gran misterio de la fe, que celebraremos en el Triduo de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Encomendemos a la Virgen María nuestro camino cuaresmal, así como el de toda la Iglesia. Ella, que siguió a su Hijo Jesús hasta la cruz, nos ayude a ser discípulos fieles de Cristo, cristianos maduros, para poder participar juntamente con ella en la plenitud de la alegría pascual. Amén.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante las Vísperas con ocasión de la visita del Arzobispo de Canterbury

Basilica de San Gregorio en el Celio. Sábado, 10 de marzo de 2012

Vuestra Gracia, venerados hermanos, queridos monjes y monjas camaldulenses, queridos hermanos y hermanas:

Para mí, es motivo de gran alegría estar aquí hoy, en esta basílica de San Gregorio en el Celio para la solemne celebración vespertina en la memoria

de la muerte de san Gregorio Magno. Con vosotros, queridos hermanos y hermanas de la familia camaldulense, doy gracias a Dios por los mil años de la fundación del sagrado eremitorio de Camáldoli por obra de san Romualdo. Me alegra vivamente la presencia, en esta circunstancia especial, de Su Gracia el doctor Rowan Williams, arzobispo de Canterbury. A usted, querido hermano en Cristo, a cada uno de vosotros, queridos monjes y monjas, y a todos los presentes dirijo mi cordial saludo.

Hemos escuchado dos pasajes de san Pablo. El primero, tomado de la *segunda carta a los Corintios*, está especialmente en sintonía con el tiempo litúrgico que estamos viviendo: la Cuaresma. De hecho, contiene la exhortación del Apóstol a aprovechar el momento favorable para acoger la gracia de Dios. El momento favorable es naturalmente aquel en que Jesucristo vino a revelarnos y donarnos el amor de Dios por nosotros, con su encarnación, pasión, muerte y resurrección. El «día de la salvación» es la realidad que san Pablo llama en otro lugar la «plenitud de los tiempos», el momento en que Dios, al encarnarse, entra de un modo totalmente singular en el tiempo y lo llena con su gracia. A nosotros corresponde, por consiguiente, acoger este don, que es Jesús mismo: su Persona, su Palabra, su Santo Espíritu. Además, igualmente en la primera lectura que hemos escuchado, san Pablo nos habla también de sí mismo y de su apostolado: de cómo

él se esfuerza por ser fiel a Dios en su ministerio, para que sea verdaderamente eficaz y no se transforme en un obstáculo para la fe. Estas palabras nos hacen pensar en san Gregorio Magno, en el testimonio luminoso que dio al pueblo de Roma y a toda la Iglesia con un servicio irreprochable y lleno de celo por el Evangelio. Verdaderamente se puede aplicar también a san Gregorio lo que san Pablo escribió de sí mismo: la gracia de Dios en él no fue vana (cf. *1 Co* 15, 10). En realidad, este es el secreto para la vida de cada uno de nosotros: acoger la gracia de Dios y consentir con todo el corazón y con todas las fuerzas su acción. Este es también el secreto de la verdadera alegría y de la paz profunda.

La segunda lectura, en cambio, está tomada de la *carta a los Colosenses*. Son las palabras -siempre tan conmovedoras por su dimensión espiritual y pastoral- que el Apóstol dirige a los miembros de esa comunidad para formarlos según el Evangelio, a fin de que todo lo que hagan, «de palabra o de obra, lo realicen en nombre del Señor Jesús» (cf. *Col* 3, 17). «Sed perfectos» había dicho el Maestro a sus discípulos; y ahora el Apóstol exhorta a vivir según esta alta medida de la vida cristiana que es la santidad. Puede hacerlo porque los hermanos a los que se dirige son «elegidos de Dios, santos y amados». También aquí, en la base de todo está la gracia de Dios, está el don de la llamada, el misterio del encuentro con Jesús vivo. Pero esta gracia exige la respuesta

de los bautizados: requiere el compromiso de revestirse de los sentimientos de Cristo: compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, magnanimidad, perdón recíproco y, sobre todo, como síntesis y coronamiento, el *agape*, el amor que Dios nos ha donado mediante Jesús y que el Espíritu Santo ha derramado en nuestro corazón. Y para revestirse de Cristo es necesario que su Palabra habite entre nosotros y en nosotros con toda su riqueza, y en abundancia. En un clima de constante acción de gracias, la comunidad cristiana se alimenta de la Palabra y eleva hacia Dios, como canto de alabanza, la Palabra que él mismo nos ha donado. Y toda acción, todo gesto, todo servicio, se realiza dentro de esta relación profunda con Dios, en el movimiento interior del amor trinitario que desciende hacia nosotros y vuelve a ascender hacia Dios, movimiento que en la celebración del sacrificio eucarístico encuentra su forma más elevada.

Esta Palabra ilumina también las alegres circunstancias que nos reúnen hoy, en el nombre de san Gregorio Magno. Gracias a la fidelidad y a la benevolencia del Señor, la congregación de los monjes camaldulenses de la Orden de San Benito ha podido recorrer mil años de historia, alimentándose a diario de la Palabra de Dios y de la Eucaristía, como les había enseñado su fundador san Romualdo, según el «*triplex bonum*» de la soledad, de la vida en común y de la evangelización. Figuras ejemplares de hombres y muje-

res de Dios, como san Pedro Damiano, Graciano -el autor del *Decretum*-, san Bruno de Querfurt y los cinco hermanos mártires, Rodolfo I y II, la beata Gherardesca, la beata Juana de Bagno y el beato Pablo Giustiniani; hombres de ciencia y de arte como fray Mauro el Cosmógrafo, Lorenzo Mónaco, Ambrogio Traversari, Pietro Delfino y Guido Grandi; historiadores ilustres como los analistas camaldulenses Giovanni Benedetto Mittarelli y Anselmo Costadoni; celosos pastores de la Iglesia, entre los que destaca el Papa Gregorio XVI, mostraron los horizontes y la gran fecundidad de la tradición camaldulense.

Cada fase de la larga historia de los camaldulenses ha contado con testigos fieles del Evangelio, no solo en el silencio del ocultamiento y de la soledad, y en la vida común compartida con los hermanos, sino también en el servicio humilde y generoso a todos. Especialmente fecunda ha sido la acogida ofrecida por las hospederías camaldulenses. En tiempos del humanismo florentino, dentro de los muros de Camaldoli se tuvieron las famosas *disputationes*, en las que participaron grandes humanistas como Marsilio Ficino y Cristoforo Landino; en los años dramáticos de la segunda guerra mundial, los mismos claustros propiciaron el nacimiento del célebre «Códice de Camaldoli», una de las fuentes más significativas de la Constitución de la República italiana. No fueron menos fecundos los años del concilio Vaticano II, durante los cuales

maduraron entre los camaldulenses personalidades de gran valor, que han enriquecido a la congregación y a la Iglesia, y han promovido nuevos impulsos y nuevas sedes en Estados Unidos, en Tanzania, en India y en Brasil. En todo esto, era garantía de fecundidad el apoyo de los monjes y monjas que acompañaban las nuevas fundaciones con la oración constante, vivida en la intimidad de su «reclusión», alguna vez incluso hasta el heroísmo.

El 17 de septiembre de 1993, el beato Papa Juan Pablo II, al encontrarse con los monjes del sagrado eremitorio de Camaldoli, comentaba el tema de su inminente capítulo general, «Elegir la esperanza, elegir el futuro», con estas palabras: «Elegir la esperanza y el futuro significa, en resumidas cuentas, elegir a Dios... Significa elegir a Cristo, esperanza de todo hombre». Y añadía: «Eso se realiza, de manera especial, en la forma de vida que Dios mismo ha suscitado en la Iglesia, impulsando a san Romualdo para que fundara la familia benedictina de Camaldoli, con sus elementos complementarios típicos: eremitorio y monasterio, vida solitaria y vida cenobítica, coordinadas entre sí» (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 1 de octubre de 1993, p. 7). Mi beato predecesor subrayó además que «elegir a Dios quiere decir también cultivar con humildad y paciencia -es decir, aceptando los tiempos de Dios- el diálogo ecuménico e interreligioso», siempre partiendo de la fidelidad al carisma originario reci-

bido de san Romualdo y transmitido a través de una tradición milenaria y pluriforme.

Estimulados por la visita y por las palabras del Sucesor de Pedro, los monjes y monjas camaldulenses habéis proseguido vuestro camino buscando siempre de nuevo el justo equilibrio entre el espíritu eremítico y el cenobítico, entre la exigencia de dedicaros totalmente a Dios en la soledad y la de sosteneros en la oración común y la de la acoger a los hermanos para que puedan beber en las fuentes de la vida espiritual y juzgar las vicisitudes del mundo con conciencia verdaderamente evangélica. Así tratáis de conseguir la *perfecta caritas* que san Gregorio Magno consideraba punto de llegada de toda manifestación de la fe, compromiso que encuentra confirmación en el lema de vuestro escudo: «*Ego Vobis, Vos Mihi*», síntesis de la fórmula de alianza entre Dios y su pueblo, y fuente de la vitalidad perenne de vuestro carisma.

El monasterio de San Gregorio en el Celio es el contexto romano en que celebramos el milenio de Camaldoli junto a Su Gracia el arzobispo de Canterbury que, juntamente con nosotros, reconoce este monasterio como lugar originario del vínculo entre el cristianismo en las tierras británicas y la Iglesia de Roma. Esta celebración, por consiguiente, tiene un profundo carácter ecuménico que, como sabemos, ya forma parte del espíritu camaldulense contemporáneo. Este monasterio ca-

maldulense romano ha desarrollado con Canterbury y la Comunión anglicana, sobre todo después del concilio Vaticano II, vínculos ya tradicionales. Por tercera vez hoy el Obispo de Roma se encuentra con el arzobispo de Canterbury en la casa de san Gregorio Magno. Y es justo que sea así, porque precisamente de este monasterio el Papa Gregorio escogió a Agustín y a sus cuarenta monjes para enviarlos a llevar el Evangelio a los anglos, hace poco más de mil cuatrocientos años. La presencia constante de monjes en este lugar, y durante un tiempo tan largo, ya es en sí misma un testimonio de la fidelidad de Dios a su Iglesia, que nos sentimos felices de poder proclamar al mundo entero. El signo que realizaremos ante

el santo altar donde san Gregorio mismo celebraba el sacrificio eucarístico, esperamos que permanezca no solo como recuerdo de nuestro encuentro fraterno, sino también como estímulo para todos los fieles, tanto católicos como anglicanos, para que, al visitar en Roma los sepulcros de los santos apóstoles y mártires, renueven también el compromiso de orar constantemente y de trabajar en favor de la unidad, para vivir plenamente según el «*ut unum sint*» que Jesús dirigió al Padre.

Este deseo profundo, que tenemos la alegría de compartir, lo encomendamos a la celestial intercesión de san Gregorio Magno y de san Romualdo. Amén.

VIAJES APOSTÓLICOS

VIAJE APOSTÓLICO A MÉXICO Y REPÚBLICA DE CUBA (DEL 23 AL 29 DE MARZO DE 2012)

Entrevista al Papa, Benedicto XVI, concedida a los periodistas durante el vuelo hacia México

Viernes, 23 marzo 2012

Padre Lombardi: Santidad, gracias de estar con nosotros al comenzar este viaje tan bello e importante. Como ve, nuestra asamblea viajera es numerosa: hay más de 70 periodistas que lo siguen con atención y el grupo más

importante –aparte de los italianos– es naturalmente el de los mejicanos, que son un buen grupo, al menos 14, con los representantes de las televisiones mejicanas que seguirán y cubrirán todo el viaje. También hay un buen grupo de los Estados Unidos, de Francia, de otros Países. He aquí, pues, que somos un poco reflejo de todo el mundo. Como de costumbre, hemos ido recogiendo en los días pasados muchas preguntas de los periodistas,

y hemos elegido cinco, que expresan en cierto modo la expectativa general. Y esta vez, dado que tenemos más espacio y algo más de tiempo, no las expongo yo, sino los periodistas mismos que las han formulado o que, en todo caso, nos hemos repartido entre nosotros para presentarle. Comenzamos, pues, con una pregunta formulada por la Señora María Collins, por la televisión "Univision", una de las televisiones que sigue este viaje; es una señora mejicana que nos hará la pregunta en español y yo la repetiré luego en italiano para todos.

1ª Pregunta: *Santo Padre, México y Cuba han sido tierras en las cuales los viajes de su predecesor Juan Pablo II han hecho historia. ¿Con cual ánimo y con cuales esperanzas hoy Ud., Santo Padre, sigue sus huellas?*

Santo Padre: Queridos amigos, en primer lugar, quiero daros la bienvenida y las gracias por acompañarme en este viaje, que esperamos que sea bendecido por el Señor. Yo, en este viaje, me siento totalmente en continuidad con el Papa Juan Pablo II. Recuerdo muy bien su primer viaje a México, que fue realmente histórico. En una situación jurídica todavía muy confusa, abrió las puertas, inició una nueva fase de la colaboración entre Iglesia, sociedad y Estado. Igualmente, recuerdo bien su histórico viaje a Cuba. Por ello, intento seguir sus huellas y continuar cuanto comenzó. Desde el principio, yo tenía el deseo de visitar

México. Siendo cardenal, estuve en México, con óptimos recuerdos, y cada miércoles escucho los aplausos y constato la alegría de los mexicanos. Estar ahora aquí como Papa es para mí una gran alegría y responde a un deseo que albergaba desde hace mucho tiempo. Para expresar los sentimientos que experimento, me vienen a la mente las palabras del Vaticano II «*gaudium et spes, luctus et angor*», gozo y esperanza, pero también tristeza y angustia. Comparto las alegrías y las esperanzas, pero comparto también el luto y las dificultades de este gran país. Voy para alentar y para aprender, para confortar en la fe, en la esperanza y en la caridad, para confortar en el compromiso por el bien y en el compromiso por la lucha contra el mal. ¡Esperamos que el Señor nos ayude!

P. Lombardi: Gracias, Santidad. Y ahora damos la palabra al Dr. Javier Alatorre Soria, que representa Tele Azteca, una de las grandes televisiones mejicanas que nos seguirá en estos días.

2ª Pregunta: *Santidad, México es un país con recursos y posibilidades maravillosas, es un gran País, pero en estos años sabemos que también es tierra de violencia por el problema del narcotráfico. Se habla de 50.000 muertos en los últimos cinco años. ¿Cómo afronta la Iglesia católica esta situación? ¿Tendría, tendrá Ud. palabras para los responsables y para los traficantes que a veces se profesan católicos o incluso benefactores de la Iglesia?*

Santo Padre: Nosotros conocemos bien todas las bellezas de México, pero también este gran problema del narcotráfico y de la violencia. Supone ciertamente una gran responsabilidad para la Iglesia católica en un país con un 80 por ciento de católicos. Debemos hacer lo posible contra este mal destructivo de la humanidad y de nuestra juventud. Diría que el primer acto es anunciar a Dios: Dios es el juez, Dios que nos ama, pero que nos ama para atraernos hacia el bien, a la verdad contra el mal. En segundo lugar, la Iglesia tiene la gran responsabilidad de educar las conciencias, educar en la responsabilidad moral y desenmascarar el mal, desenmascarar esta idolatría del dinero, que esclaviza a los hombres solo por él; desenmascarar también las falsas promesas, la mentira, la estafa, que está detrás de la droga. Debemos ver que el hombre necesita del infinito. Si no existe Dios, el infinito se crea sus propios paraísos, una apariencia de «infinitudes» que solo puede ser una mentira. Por eso, es tan importante que Dios esté presente, accesible; es una gran responsabilidad ante el Dios juez que nos guía, nos atrae a la verdad y al bien, y en este sentido la Iglesia debe desenmascarar el mal, hacer presente la bondad de Dios, hacer presente su verdad, el verdadero infinito del cual tenemos sed. Es el gran deber de la Iglesia. Hagamos todos juntos lo posible, cada vez más.

P. Lombardi: Santidad, la tercera pregunta se la plantea Valentina Ala-

zraki por Televisa, una de las veteranas de nuestros viajes, que usted bien conoce, y que está tan encantada de que por fin también usted vaya a su país.

3ª Pregunta: *Santidad, ante todo le damos la bienvenida a México. Estamos todos contentos de que vaya a México. La pregunta es la siguiente: Santo Padre, Ud. ha dicho que desde México quiere dirigirse a toda América Latina en el bicentenario de la independencia de los países latinoamericanos. Sabemos que América Latina, a pesar del desarrollo, también es una región de contrastes, donde están juntos los más ricos y los más pobres. A veces se tiene la impresión de que la Iglesia no sea suficientemente animada a comprometerse en este campo. ¿Cree Ud. que se puede hablar todavía en una forma positiva de «teología de la liberación», después de los excesos, considerados excesos, que han sido de alguna manera corregidos, como el marxismo y la violencia?*

Santo Padre: Naturalmente, la Iglesia debe preguntarse siempre si se hace lo suficiente por la justicia social en este gran continente. Esta es una cuestión de conciencia que debemos plantearnos siempre. Preguntar: ¿qué puede y debe hacer la Iglesia?, ¿qué no puede y no debe hacer? La Iglesia no es un poder político, no es un partido, sino una realidad moral, un poder moral. Dado que la política debe ser fundamentalmente una realidad moral, la Iglesia, en este aspecto, tiene que ver fundamentalmente con la política. Repito lo que

acabo de decir: el primer pensamiento de la Iglesia es educar las conciencias y así crear la responsabilidad necesaria; educar las conciencias tanto en la ética individual como en la ética pública. Y aquí quizás algo ha faltado. En América Latina, y también en otros lugares, en no pocos católicos, se percibe cierta esquizofrenia entre moral individual y pública: personalmente, en la esfera individual, son católicos, creyentes, pero en la vida pública siguen otros caminos que no corresponden a los grandes valores del Evangelio, que son necesarios para la fundación de una sociedad justa. Por tanto, hay que educar para superar esta esquizofrenia, educar no solo en una moral individual, sino en una moral pública, y esto intentamos hacerlo a través de la doctrina social de la Iglesia, porque, naturalmente, esta moral pública debe ser una moral razonable, compartida, que pueden compartir también los no creyentes, una moral de la razón. Desde luego, nosotros, gracias a la luz de la fe, podemos ver mejor muchas cosas que también la razón puede ver, pero precisamente la fe sirve asimismo para liberar a la razón de los falsos intereses y de los oscurecimientos de los intereses, y así crear en la doctrina social los modelos sustanciales para una colaboración política, sobre todo para la superación de esta división social, antisocial, que por desgracia existe. Queremos trabajar en este sentido. No sé si la palabra «teología de la liberación», que también puede interpretarse muy bien, nos ayudaría mucho. Es importante la raciona-

lidad común a la que la Iglesia ofrece una contribución fundamental y siempre debe ayudar a la educación de las conciencias, tanto para la vida pública como para la vida privada.

P. Lombardi: Gracias Santidad. Y ahora una cuarta pregunta. La hace una de nuestras “decanas” de estos viajes, pero siempre joven, Paloma Gómez Borrero, que representa también en este viaje a España, que naturalmente tiene un gran interés igualmente para los españoles.

4ª Pregunta: *Santidad, miramos ahora a Cuba. Todos recordamos las famosas palabras de Juan Pablo II: «Que Cuba se abra al mundo y que el mundo se abra a Cuba». Han pasado 14 años, pero parece que estas palabras fueran todavía actuales. Como usted sabe, durante la espera de su viaje, muchas veces los opositores y de defensores de los derechos humanos se han hecho sentir. ¿Ud. piensa, Santidad, retomar el mensaje de Juan Pablo II, pensando tanto en la situación interior de Cuba como en la situación internacional?*

Santo Padre: Como ya he dicho, me siento en absoluta continuidad con las palabras del Santo Padre Juan Pablo II, que siguen siendo muy actuales. Esa visita del Papa, inauguró un camino de colaboración y de diálogo constructivo; un camino que es largo y que exige paciencia, pero que va adelante. Hoy es evidente que la ideología marxista, como se la concebía, ya no responde a

la realidad: así ya no se puede responder y construir una sociedad; deben encontrarse nuevos modelos, con paciencia y de manera constructiva. En este proceso, que exige paciencia pero también decisión, queremos ayudar con espíritu de diálogo, para evitar traumas y para favorecer el camino hacia una sociedad fraterna y justa como la deseamos para todo el mundo, y queremos colaborar en este sentido. Es evidente que la Iglesia está siempre de la parte de la libertad: libertad de conciencia, libertad de religión. En este sentido, contribuimos, contribuyen precisamente también los fieles en este camino hacia adelante.

P. Lombardi: Gracias Santidad, como puede imaginar, habrá gran atención por sus discursos en Cuba por parte de todos nosotros. Y ahora damos la palabra a un francés para la quinta pregunta, pues hay aquí también otros pueblos. Jean-Louis de la Vaissière es el corresponsal de France Press en Roma, y nos ha propuesto diversas preguntas interesantes sobre este viaje y, por tanto, era justo que él interpretara también nuestras preguntas y nuestras expectativas.

5ª Pregunta: *Santidad, después de la Conferencia de Aparecida se habla de una «Misión continental» de la Iglesia en América Latina; dentro de pocos meses tendrá lugar el Sínodo sobre la nueva evangelización y comenzará el Año de la fe. También América Latina afronta los retos de la secularización, de las sectas. En Cuba, se notan las consecuencias de una*

larga propaganda del ateísmo, la religiosidad afro-cubana está muy difundida. ¿Cree que este viaje es un estímulo para la «nueva evangelización»? Y ¿cuáles son los puntos que más le interesan desde esta perspectiva?

Santo Padre: El período de la nueva evangelización comenzó con el Concilio; esta era fundamentalmente la intención del Papa Juan XXIII; la subrayó mucho el Papa Juan Pablo II y, en un mundo que atraviesa una fase de gran cambio, su necesidad se vuelve cada vez más evidente. Necesidad en el sentido de que el Evangelio debe expresarse de nuevos modos; necesidad también en el sentido de que el mundo necesita una palabra en la confusión, en la dificultad de orientarse hoy en día. Existe una situación común en el mundo: está la secularización, la ausencia de Dios, la dificultad de encontrar acceso, de verlo como una realidad que concierne a mi vida. Y, por otra parte, están los contextos específicos; usted ha señalado los de Cuba, con el sincretismo afro-cubano, con tantas otras dificultades, pero cada país tiene su situación cultural específica. Y, por un lado, debemos partir del problema común: cómo en la actualidad, en este contexto de nuestra racionalidad moderna, podemos redescubrir a Dios como la orientación fundamental de nuestra vida, la esperanza fundamental de nuestra vida, el fundamento de los valores que realmente construyen una sociedad, y cómo podemos tener en cuenta la especificidad de las distin-

tas situaciones. El primero me parece muy importante: anunciar a un Dios que responde a nuestra razón, porque vemos la racionalidad del cosmos, vemos que hay algo detrás, pero no vemos lo cerca que está este Dios, cómo me concierne; y esta síntesis del Dios grande y majestuoso, y del Dios pequeño que está cerca de mí, que me orienta, que me muestra los valores de mi vida, es el núcleo de la evangelización. Por tanto, un cristianismo que va a lo esencial, donde se encuentra realmente el núcleo fundamental para vivir hoy con todos los problemas de nuestro tiempo. Y, por otra parte, tener en cuenta la realidad concreta. En América Latina, en general, es muy importante que el cristianismo no sea nunca tanto una cuestión de la razón, sino del corazón. La Virgen de Guadalupe es reconocida y amada por todos, porque entienden que es una Madre para todos y está presente desde el principio en esta nueva América Latina, después de la llegada de los europeos. Y también en Cuba, tenemos a la Virgen del Cobre, que toca los corazones, y todos saben intuitivamente que es verdad, que esta Virgen nos ayuda, que existe, nos ama y nos ayuda. Pero esta intuición del corazón, debe estar vinculada con la racionalidad de la fe y con la profundidad de la fe que va más allá de la razón. Debemos tratar de no perder el corazón, sino unir corazón y razón, de modo que cooperen, porque solo así el hombre es completo y puede ayudar y trabajar realmente por un futuro mejor.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la ceremonia de bienvenida

Silao, Aeropuerto internacional de Guanajuato. Viernes, 23 de marzo de 2012

Excelentísimo Señor Presidente de la República, Señores Cardenales, Venerados hermanos en el Episcopado y el Sacerdocio, Distinguidas autoridades, Amado pueblo de Guanajuato y de México entero

Me siento muy feliz de estar aquí, y doy gracias a Dios por haberme permitido realizar el deseo, guardado en mi corazón desde hace mucho tiempo, de poder confirmar en la fe al Pueblo de Dios de esta gran nación en su propia tierra. Es proverbial el fervor del pueblo mexicano con el Sucesor de Pedro, que lo tiene siempre muy presente en su oración. Lo digo en este lugar, considerado el centro geográfico de su territorio, al cual ya quiso venir desde su primer viaje mi venerado predecesor, el beato Juan Pablo II. Al no poder hacerlo, dejó en aquella ocasión un mensaje de aliento y bendición cuando sobrevolaba su espacio aéreo. Hoy me siento dichoso de haberme eco de sus palabras, en suelo firme y entre ustedes: Agradezco -decía en su mensaje- el afecto al Papa y la fidelidad al Señor de los fieles del Bajío y de Guanajuato. Que Dios les acompañe siempre (cf. *Telegrama*, 30 enero 1979).

Con este recuerdo entrañable, le doy las gracias, Señor Presidente, por su cálido recibimiento, y saludo con defe-

rencia a su distinguida esposa y demás autoridades que han querido honrarme con su presencia. Un saludo muy especial a Monseñor José Guadalupe Martín Rábago, Arzobispo de León, así como a Monseñor Carlos Aguiar Retes, Arzobispo de Tlalnepantla, y Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano y del Consejo Episcopal Latinoamericano. Con esta breve visita, deseo estrechar las manos de todos los mexicanos y abarcar a las naciones y pueblos latinoamericanos, bien representados aquí por tantos obispos, precisamente en este lugar en el que el majestuoso monumento a Cristo Rey, en el cerro del Cubilete, da muestra de la raigambre de la fe católica entre los mexicanos, que se acogen a su constante bendición en todas sus vicisitudes.

México, y la mayoría de los pueblos latinoamericanos, han conmemorado el bicentenario de su independencia, o lo están haciendo en estos años. Muchas han sido las celebraciones religiosas para dar gracias a Dios por este momento tan importante y significativo. Y en ellas, como se hizo en la Santa Misa en la Basílica de San Pedro, en Roma, en la solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe, se invocó con fervor a María Santísima, que hizo ver con dulzura cómo el Señor ama a todos y se entregó por ellos sin distinciones. Nuestra Madre del cielo ha seguido velando por la fe de sus hijos también en la formación de estas naciones, y lo sigue haciendo hoy ante los nuevos desafíos que se les presentan.

Vengo como peregrino de la fe, de la esperanza y de la caridad. Deseo confirmar en la fe a los creyentes en Cristo, afianzarlos en ella y animarlos a revitalizarla con la escucha de la Palabra de Dios, los sacramentos y la coherencia de vida. Así podrán compartirla con los demás, como misioneros entre sus hermanos, y ser fermento en la sociedad, contribuyendo a una convivencia respetuosa y pacífica, basada en la inigualable dignidad de toda persona humana, creada por Dios, y que ningún poder tiene derecho a olvidar o despreciar. Esta dignidad se expresa de manera eminente en el derecho fundamental a la libertad religiosa, en su genuino sentido y en su plena integridad.

Como peregrino de la esperanza, les digo con san Pablo: «No se entristezcan como los que no tienen esperanza» (*1 Ts* 4,13). La confianza en Dios ofrece la certeza de encontrarlo, de recibir su gracia, y en ello se basa la esperanza de quien cree. Y, sabiendo esto, se esfuerza en transformar también las estructuras y acontecimientos presentes poco gratos, que parecen inmovibles e insuperables, ayudando a quien no encuentra en la vida sentido ni porvenir. Sí, la esperanza cambia la existencia concreta de cada hombre y cada mujer de manera real (cf. *Spe salvi*, 2). La esperanza apunta a «un cielo nuevo y una tierra nueva» (*Ap* 21,1), tratando de ir haciendo palpable ya ahora algunos de sus reflejos. Además, cuando arraiga en un pueblo, cuando se comparte, se difunde como la luz que despeja las tinie-

blas que ofuscan y atenazan. Este país, este Continente, está llamado a vivir la esperanza en Dios como una convicción profunda, convirtiéndola en una actitud del corazón y en un compromiso concreto de caminar juntos hacia un mundo mejor. Como ya dije en Roma, «continúen avanzando sin desfallecer en la construcción de una sociedad cimentada en el desarrollo del bien, el triunfo del amor y la difusión de la justicia» (*Homilía en la solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe*, Roma, 12 diciembre 2011).

Junto a la fe y la esperanza, el creyente en Cristo, y la Iglesia en su conjunto, vive y practica la caridad como elemento esencial de su misión. En su acepción primera, la caridad «es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación» (*Deus caritas est*, 31,a), como es socorrer a los que padecen hambre, carecen de cobijo, están enfermos o necesitados en algún aspecto de su existencia. Nadie queda excluido por su origen o creencias de esta misión de la Iglesia, que no entra en competencia con otras iniciativas privadas o públicas, es más, ella colabora gustosa con quienes persiguen estos mismos fines. Tampoco pretende otra cosa que hacer de manera desinteresada y respetuosa el bien al menesteroso, a quien tantas veces lo que más le falta es precisamente una muestra de amor auténtico.

Señor Presidente, amigos todos: en estos días pediré, encarecidamente al

Señor y a la Virgen de Guadalupe por este pueblo, para que haga honor a la fe recibida y a sus mejores tradiciones; y rezaré especialmente por quienes más lo precisan, particularmente por los que sufren a causa de antiguas y nuevas rivalidades, resentimientos y formas de violencia. Ya sé que estoy en un país orgulloso de su hospitalidad y deseoso de que nadie se sienta extraño en su tierra. Lo sé, lo sabía ya, pero ahora lo veo y lo siento muy dentro del corazón. Espero con toda mi alma que lo sientan también tantos mexicanos que viven fuera de su patria natal, pero que nunca la olvidan y desean verla crecer en la concordia y en un auténtico desarrollo integral. Muchas gracias.

Saludo del Papa, Benedicto XVI, en el encuentro con los niños

Plaza de la Paz, Guanajuato. Sábado, 24 de marzo de 2012

Queridos niños:

Estoy contento de poderlos encontrar y ver sus rostros alegres llenando esta bella plaza. Ustedes ocupan un lugar muy importante en el corazón del Papa. Y, en estos momentos, quisiera que esto lo supieran todos los niños de México, particularmente los que soportan el peso del sufrimiento, el abandono, la violencia o el hambre, que en estos meses, a causa de la sequía, se ha dejado sentir fuertemente en algunas

regiones. Gracias por este encuentro de fe, por la presencia festiva y el regocijo que han expresado con los cantos. Hoy estamos llenos de júbilo, y eso es importante. Dios quiere que seamos siempre felices. Él nos conoce y nos ama. Si dejamos que el amor de Cristo cambie nuestro corazón, entonces nosotros podremos cambiar el mundo. Ese es el secreto de la auténtica felicidad.

Este lugar en el que nos hallamos tiene un nombre que expresa el anhelo presente en el corazón de todos los pueblos: «la paz», un don que proviene de lo alto. «La paz esté con ustedes» (Jn 20,21). Son las palabras del Señor resucitado. Las oímos en cada Misa, y hoy resuenan de nuevo aquí, con la esperanza de que cada uno se transforme en sembrador y mensajero de esa paz por la que Cristo entregó su vida.

El discípulo de Jesús no responde al mal con el mal, sino que es siempre instrumento del bien, heraldo del perdón, portador de la alegría, servidor de la unidad. Él quiere escribir en cada una de sus vidas una historia de amistad. Ténganlo, pues, como el mejor de sus amigos. Él no se cansará de decirles que amen siempre a todos y hagan el bien. Esto lo escucharán, si procuran en todo momento un trato frecuente con él, que les ayudará aun en las situaciones más difíciles.

He venido para que sientan mi afecto. Cada uno de ustedes es un regalo de Dios para México y para el mundo. Su familia, la Iglesia, la escuela y quienes

tienen responsabilidad en la sociedad han de trabajar unidos para que ustedes puedan recibir como herencia un mundo mejor, sin envidias ni divisiones.

Por ello, deseo elevar mi voz invitando a todos a proteger y cuidar a los niños, para que nunca se apague su sonrisa, puedan vivir en paz y mirar al futuro con confianza.

Ustedes, mis pequeños amigos, no están solos. Cuentan con la ayuda de Cristo y de su Iglesia para llevar un estilo de vida cristiano. Participen en la Misa del domingo, en la catequesis, en algún grupo de apostolado, buscando lugares de oración, fraternidad y caridad. Eso mismo vivieron los beatos Cristóbal, Antonio y Juan, los niños mártires de Tlaxcala, que conociendo a Jesús, en tiempos de la primera evangelización de México, descubrieron que no había tesoro más grande que él. Eran niños como ustedes, y, de ellos, podemos aprender que no hay edad para amar y servir.

Quisiera quedarme más tiempo con ustedes, pero ya debo irme. En la oración seguiremos juntos. Los invito, pues, a rezar continuamente, también en casa; así experimentarán la alegría de hablar con Dios en familia. Recen por todos, también por mí. Yo rezaré por ustedes, para que México sea un hogar en el que todos sus hijos vivan con serenidad y armonía. Los bendigo de corazón y les pido que lleven el cariño y la bendición del Papa a sus padres

y hermanos, así como a sus demás seres queridos. Que la Virgen les acompañe.

Muchas gracias, mis pequeños amigos.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa***

*Parque Expo Bicentenario de León.
Domingo, 25 de marzo de 2012*

Queridos hermanos y hermanas:

Me complace estar entre ustedes, y deseo agradecer vivamente a Monseñor José Guadalupe Martín Rábago, Arzobispo de León, sus amables palabras de bienvenida. Saludo al episcopado mexicano, así como a los Señores Cardenales y demás Obispos aquí presentes, en particular a los procedentes de Latinoamérica y el Caribe. Vaya también mi saludo caluroso a las Autoridades que nos acompañan, así como a todos los que se han congregado para participar en esta Santa Misa presidida por el Sucesor de Pedro.

«Crea en mí, Señor, un corazón puro» (*Sal 50,12*), hemos invocado en el salmo responsorial. Esta exclamación muestra la profundidad con la que hemos de prepararnos para celebrar la próxima semana el gran misterio de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Nos ayuda asimismo a mirar muy dentro del corazón humano, especialmente en los momentos de dolor y de

esperanza a la vez, como los que atraviesa en la actualidad el pueblo mexicano y también otros de Latinoamérica.

El anhelo de un corazón puro, sincero, humilde, aceptable a Dios, era muy sentido ya por Israel, a medida que tomaba conciencia de la persistencia del mal y del pecado en su seno, como un poder prácticamente implacable e imposible de superar. Quedaba solo confiar en la misericordia de Dios omnipotente y la esperanza de que él cambiara desde dentro, desde el corazón, una situación insoportable, oscura y sin futuro. Así fue abriéndose paso el recurso a la misericordia infinita del Señor, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cf. *Ez 33,11*). Un corazón puro, un corazón nuevo, es el que se reconoce impotente por sí mismo, y se pone en manos de Dios para seguir esperando en sus promesas. De este modo, el salmista puede decir convencido al Señor: «Volverán a ti los pecadores» (*Sal 50,15*). Y, hacia el final del salmo, dará una explicación que es al mismo tiempo una firme confesión de fe: «Un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias» (v. 19).

La historia de Israel narra también grandes proezas y batallas, pero a la hora de afrontar su existencia más auténtica, su destino más decisivo, la salvación, más que en sus propias fuerzas, pone su esperanza en Dios, que puede recrear un corazón nuevo, no insensible y engreído. Esto nos puede recordar hoy a cada uno de nosotros y

a nuestros pueblos que, cuando se trata de la vida personal y comunitaria, en su dimensión más profunda, no bastarán las estrategias humanas para salvarnos. Se ha de recurrir también al único que puede dar vida en plenitud, porque él mismo es la esencia de la vida y su autor, y nos ha hecho partícipes de ella por su Hijo Jesucristo.

El Evangelio de hoy prosigue haciéndonos ver cómo este antiguo anhelo de vida plena se ha cumplido realmente en Cristo. Lo explica san Juan en un pasaje en el que se cruza el deseo de unos griegos de ver a Jesús y el momento en que el Señor está por ser glorificado. A la pregunta de los griegos, representantes del mundo pagano, Jesús responde diciendo: «Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado» (*Jn* 12,23). Respuesta extraña, que parece incoherente con la pregunta de los griegos. ¿Qué tiene que ver la glorificación de Jesús con la petición de encontrarse con él? Pero sí que hay una relación. Alguien podría pensar –observa san Agustín– que Jesús se sentía glorificado porque venían a él los gentiles. Algo parecido al aplauso de la multitud que da «gloria» a los grandes del mundo, diríamos hoy. Pero no es así. «Convenía que a la excelsitud de su glorificación precediese la humildad de su pasión» (*In Joannis Ev.*, 51,9: *PL* 35, 1766).

La respuesta de Jesús, anunciando su pasión inminente, viene a decir que un encuentro ocasional en aquellos momentos sería superfluo y tal vez engañoso. Al

que los griegos quieren ver en realidad, lo verán levantado en la cruz, desde la cual atraerá a todos hacia sí (cf. *Jn* 12,32). Allí comenzará su «gloria», a causa de su sacrificio de expiación por todos, como el grano de trigo caído en tierra que muriendo, germina y da fruto abundante. Encontrarán a quien seguramente sin saberlo andaban buscando en su corazón, al verdadero Dios que se hace reconocible para todos los pueblos. Este es también el modo en que Nuestra Señora de Guadalupe mostró su divino Hijo a san Juan Diego. No como a un héroe portentoso de leyenda, sino como al verdaderísimo Dios, por quien se vive, al Creador de las personas, de la cercanía y de la inmediatez, del Cielo y de la Tierra (cf. *Nican Mopohua*, v. 33). Ella hizo en aquel momento lo que ya había ensayado en las Bodas de Caná. Ante el apuro de la falta de vino, indicó claramente a los sirvientes que la vía a seguir era su Hijo: «Hagan lo que él les diga» (*Jn* 2,5).

Queridos hermanos, al venir aquí he podido acercarme al monumento a Cristo Rey, en lo alto del Cubilete. Mi venerado predecesor, el beato Papa Juan Pablo II, aunque lo deseó ardientemente, no pudo visitar este lugar emblemático de la fe del pueblo mexicano en sus viajes a esta querida tierra. Seguramente se alegrará hoy desde el cielo de que el Señor me haya concedido la gracia de poder estar ahora con ustedes, como también habrá bendecido a tantos millones de mexicanos que han querido venerar sus reliquias recientemente en todos los rincones del país. Pues bien, en

este monumento se representa a Cristo Rey. Pero las coronas que le acompañan, una de soberano y otra de espinas, indican que su realeza no es como muchos la entendieron y la entienden. Su reinado no consiste en el poder de sus ejércitos para someter a los demás por la fuerza o la violencia. Se funda en un poder más grande que gana los corazones: el amor de Dios que él ha traído al mundo con su sacrificio y la verdad de la que ha dado testimonio. Este es su señorío, que nadie le podrá quitar ni nadie debe olvidar. Por eso es justo que, por encima de todo, este santuario sea un lugar de peregrinación, de oración ferviente, de conversión, de reconciliación, de búsqueda de la verdad y acogida de la gracia. A él, a Cristo, le pedimos que reine en nuestros corazones haciéndolos puros, dóciles, esperanzados y valientes en la propia humildad.

También hoy, desde este parque con el que se quiere dejar constancia del bicentenario del nacimiento de la nación mexicana, aunando en ella muchas diferencias, pero con un destino y un afán común, pidamos a Cristo un corazón puro, donde él pueda habitar como príncipe de la paz, gracias al poder de Dios, que es el poder del bien, el poder del amor. Y, para que Dios habite en nosotros, hay que escucharlo, hay que dejarse interpelar por su Palabra cada día, meditando en el propio corazón, a ejemplo de María (cf. *Lc 2,51*). Así crece nuestra amistad personal con él, se aprende lo que espera de nosotros y se recibe aliento para darlo a conocer a los demás.

En Aparecida, los Obispos de Latinoamérica y el Caribe han sentido con clarividencia la necesidad de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en la historia de estas tierras «desde el encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros» (*Documento conclusivo*, 11). La *Misión Continental*, que ahora se está llevando a cabo diócesis por diócesis en este Continente, tiene precisamente el cometido de hacer llegar esta convicción a todos los cristianos y comunidades eclesiales, para que resistan a la tentación de una fe superficial y rutinaria, a veces fragmentaria e incoherente. También aquí se ha de superar el cansancio de la fe y recuperar «la alegría de ser cristianos, de estar sostenidos por la felicidad interior de conocer a Cristo y de pertenecer a su Iglesia. De esta alegría, nacen también las energías para servir a Cristo en las situaciones agobiantes de sufrimiento humano, para ponerse a su disposición, sin replegarse en el propio bienestar» (*Discurso a la Curia Romana*, 22 de diciembre de 2011). Lo vemos muy bien en los santos, que se entregaron de lleno a la causa del evangelio con entusiasmo y con gozo, sin reparar en sacrificios, incluso el de la propia vida. Su corazón era una apuesta incondicional por Cristo, de quien habían aprendido lo que significa verdaderamente amar hasta el final.

En este sentido, el *Año de la fe*, al que he convocado a toda la Iglesia, «es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salva-

dor del mundo [...]. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo» (*Porta fidei*, 11 octubre 2011, 6.7).

Pidamos a la Virgen María que nos ayude a purificar nuestro corazón, especialmente ante la cercana celebración de las fiestas de Pascua, para que lleguemos a participar mejor en el misterio salvador de su Hijo, tal como ella lo dio a conocer en estas tierras. Y pidámosle también que siga acompañando y amparando a sus queridos hijos mexicanos y latinoamericanos, para que Cristo reine en sus vidas y les ayude a promover audazmente la paz, la concordia, la justicia y la solidaridad.

Amén.

ÁNGELUS

Parque Expo Bicentenario de León. V Domingo de Cuaresma - 25 de marzo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

En el Evangelio de este domingo, Jesús habla del grano de trigo que cae en tierra, muere y se multiplica, respondiendo a algunos griegos que se acercan al apóstol Felipe para pedirle: «Quisiéramos ver a Jesús» (*Jn* 12,21). Nosotros hoy invocamos a María Santísima y le suplicamos: «Muéstranos a Jesús».

Al rezar ahora el *Ángelus*, recordando la Anunciación del Señor, nuestros ojos también se dirigen espiritualmente hacia el cerro del Tepeyac, al lugar donde la Madre de Dios, bajo el título de «la siempre virgen santa María de Guadalupe», es honrada con fervor desde hace siglos, como signo de reconciliación y de la infinita bondad de Dios para con el mundo.

Mis Predecesores en la Cátedra de san Pedro la honraron con títulos tan entrañables como Señora de México, celestial Patrona de Latinoamérica, Madre y Emperatriz de este Continente. Sus fieles hijos, a su vez, que experimentan sus auxilios, la invocan llenos de confianza con nombres tan afectuosos y familiares como Rosa de México, Señora del Cielo, Virgen Morena, Madre del Tepeyac, Noble Indita.

Queridos hermanos, no olviden que la verdadera devoción a la Virgen María nos acerca siempre a Jesús, y «no consiste ni en un estéril y transitorio sentimentalismo, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, que nos lleva a reconocer la excelencia de la Madre de Dios y nos inclina a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes» (*Lumen gentium*, 67). Amarla es comprometerse a escuchar a su Hijo, venerar a la Guadalupeana es vivir según las palabras del fruto bendito de su vientre.

En estos momentos en que tantas familias se encuentran divididas o for-

zadas a la migración, cuando muchas padecen a causa de la pobreza, la corrupción, la violencia doméstica, el narcotráfico, la crisis de valores o la criminalidad, acudimos a María en busca de consuelo, fortaleza y esperanza. Es la Madre del verdadero Dios, que invita a estar con la fe y la caridad bajo su sombra, para superar así todo mal e instaurar una sociedad más justa y solidaria.

Con estos sentimientos, deseo poner nuevamente bajo la dulce mirada de Nuestra Señora de Guadalupe a este País y a toda Latinoamérica y el Caribe. Confío a cada uno de sus hijos a la Estrella de la primera y de la nueva evangelización, que ha animado con su amor materno su historia cristiana, dando expresión propia a sus gestas patrias, a sus iniciativas comunitarias y sociales, a la vida familiar, a la devoción personal y a la *Misión continental* que ahora se está desarrollando en estas nobles tierras. En tiempos de prueba y dolor, ella ha sido invocada por tantos mártires que, a la voz de «viva Cristo Rey y María de Guadalupe», han dado testimonio inquebrantable de fidelidad al Evangelio y entrega a la Iglesia. Le suplico ahora que su presencia en esta querida Nación continúe llamando al respeto, defensa y promoción de la vida humana y al fomento de la fraternidad, evitando la inútil venganza y desterrando el odio que divide. Santa María de Guadalupe nos bendiga y nos alcance por su intercesión abundantes gracias del Cielo.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la celebración de las
Vísperas con los obispos de México y
de América Latina***

Basilica-Catedral de Nuestra Señora de la Luz, León. Domingo, 25 de marzo de 2012

Señores Cardenales, Queridos hermanos en el Episcopado:

Es un gran gozo rezar con todos ustedes en esta Basílica-Catedral de León, dedicada a Nuestra Señora de la Luz. En la bella imagen que se venera en este templo, la Santísima Virgen tiene en una mano a su Hijo con gran ternura, y extiende la otra para socorrer a los pecadores. Así ve a María la Iglesia de todos los tiempos, que la alaba por habernos dado al Redentor, y se confía a ella por ser la Madre que su divino Hijo nos dejó desde la cruz. Por eso, nosotros la imploramos frecuentemente como «esperanza nuestra», porque nos ha mostrado a Jesús y transmitido las grandezas que Dios ha hecho y hace con la humanidad, de una manera sencilla, como explicándolas a los pequeños de la casa.

Un signo decisivo de estas grandezas nos la ofrece la lectura breve que hemos proclamado en estas Vísperas. Los habitantes de Jerusalén y sus jefes no reconocieron a Cristo, pero, al condenarlo a muerte, dieron cumplimiento de hecho a las palabras de los profetas (cf. *Hch* 13,27). Sí, la maldad y la ig-

norancia de los hombres no es capaz de frenar el plan divino de salvación, la redención. El mal no puede tanto.

Otra maravilla de Dios nos la recuerda el segundo salmo que acabamos de recitar: Las «peñas» se transforman «en estanques, el pedernal en manantiales de agua» (*Sal* 113,8). Lo que podría ser piedra de tropiezo y de escándalo, con el triunfo de Jesús sobre la muerte se convierte en piedra angular: «Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente» (*Sal* 117,23). No hay motivos, pues, para rendirse al despotismo del mal. Y pidamos al Señor Resucitado que manifieste su fuerza en nuestras debilidades y penurias.

Esperaba con gran ilusión este encuentro con ustedes, Pastores de la Iglesia de Cristo que peregrina en México y en los diversos países de este gran Continente, como una ocasión para mirar juntos a Cristo que les ha encomendado la hermosa tarea de anunciar el evangelio en estos pueblos de recia raigambre católica. La situación actual de sus diócesis plantea ciertamente retos y dificultades de muy diversa índole. Pero, sabiendo que el Señor ha resucitado, podemos proseguir confiados, con la convicción de que el mal no tiene la última palabra de la historia, y que Dios es capaz de abrir nuevos espacios a una esperanza que no defrauda (cf. *Rm* 5,5).

Agradezco el cordial saludo que me ha dirigido el Señor Arzobispo de Tlalnepantla y Presidente de la Conf-

rencia del Episcopado Mexicano y del Consejo Episcopal Latinoamericano, haciéndose intérprete y portavoz de todos. Y les ruego a ustedes, Pastores de las diversas Iglesias particulares, que, al regresar a sus sedes, trasmitan a sus fieles el afecto entrañable del Papa, que lleva muy dentro de su corazón todos sus sufrimientos y aspiraciones.

Al ver en sus rostros el reflejo de las preocupaciones de la grey que apacientan, me vienen a la mente las Asambleas del Sínodo de los Obispos, en las que los participantes aplauden cuando intervienen quienes ejercen su ministerio en situaciones particularmente dolorosas para la vida y la misión de la Iglesia. Ese gesto brota de la fe en el Señor, y significa fraternidad en los trabajos apostólicos, así como gratitud y admiración por los que siembran el evangelio entre espinas, unas en forma de persecución, otras de marginación o menosprecio. Tampoco faltan preocupaciones por la carencia de medios y recursos humanos, o las trabas impuestas a la libertad de la Iglesia en el cumplimiento de su misión.

El Sucesor de Pedro participa de estos sentimientos y agradece su solicitud pastoral paciente y humilde. Ustedes no están solos en los contratiempos, como tampoco lo están en los logros evangelizadores. Todos estamos unidos en los padecimientos y en la consolación (cf. *2 Co* 1,5). Sepan que cuentan con un lugar destacado en la plegaria de quien recibió de Cristo el encargo de confirmar en la fe a sus hermanos (cf. *Lc* 22,31),

que les anima también en la misión de hacer que nuestro Señor Jesucristo sea cada vez más conocido, amado y seguido en estas tierras, sin dejarse amedrentar por las contrariedades.

La fe católica ha marcado significativamente la vida, costumbres e historia de este Continente, en el que muchas de sus naciones están conmemorando el bicentenario de su independencia. Es un momento histórico en el que siguió brillando el nombre de Cristo, llegado aquí por obra de insignes y abnegados misioneros, que lo proclamaron con audacia y sabiduría. Ellos lo dieron todo por Cristo, mostrando que el hombre encuentra en él su consistencia y la fuerza necesaria para vivir en plenitud y edificar una sociedad digna del ser humano, como su Creador lo ha querido. Aquel ideal de no anteponer nada al Señor, y de hacer penetrante la Palabra de Dios en todos, sirviéndose de los propios signos y mejores tradiciones, sigue siendo una valiosa orientación para los Pastores de hoy.

Las iniciativas que se realicen con motivo del *Año de la fe* deben estar encaminadas a conducir a los hombres hacia Cristo, cuya gracia les permitirá dejar las cadenas del pecado que los esclaviza y avanzar hacia la libertad auténtica y responsable. A esto está ayudando también la *Misión continental* promovida en Aparecida, que tantos frutos de renovación eclesial está ya cosechando en las Iglesias particulares de América Latina y el Caribe. Entre ellos, el estudio, la difusión y medita-

ción de la Sagrada Escritura, que anuncia el amor de Dios y nuestra salvación. En este sentido, los exhorto a seguir abriendo los tesoros del evangelio, a fin de que se conviertan en potencia de esperanza, libertad y salvación para todos los hombres (cf. *Rm* 1,16). Y sean también fieles testigos e intérpretes de la palabra del Hijo encarnado, que vivió para cumplir la voluntad del Padre y, siendo hombre con los hombres, se desvivió por ellos hasta la muerte.

Queridos hermanos en el Episcopado, en el horizonte pastoral y evangelizador que se abre ante nosotros, es de capital relevancia cuidar con gran esmero de los seminaristas, animándolos a que no se precien «de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado» (*1 Co* 2,2). No menos fundamental es la cercanía a los presbíteros, a los que nunca debe faltar la comprensión y el aliento de su Obispo y, si fuera necesario, también su paterna admonición sobre actitudes impropiedades. Son sus primeros colaboradores en la comunión sacramental del sacerdocio, a los que han de mostrar una constante y privilegiada cercanía. Igualmente cabe decir de las diversas formas de vida consagrada, cuyos carismas han de ser valorados con gratitud y acompañados con responsabilidad y respeto al don recibido. Y una atención cada vez más especial se debe a los laicos más comprometidos en la catequesis, la animación litúrgica, la acción caritativa y el compromiso social. Su formación en la fe es crucial para hacer presente y

fecundo el evangelio en la sociedad de hoy. Y no es justo que se sientan tratados como quienes apenas cuentan en la Iglesia, no obstante la ilusión que ponen en trabajar en ella según su propia vocación, y el gran sacrificio que a veces les supone esta dedicación. En todo esto, es particularmente importante para los Pastores que reine un espíritu de comunión entre sacerdotes, religiosos y laicos, evitando divisiones estériles, críticas y recelos nocivos.

Con estos vivos deseos, les invito a ser vigías que proclamen día y noche la gloria de Dios, que es la vida del hombre. Estén del lado de quienes son marginados por la fuerza, el poder o una riqueza que ignora a quienes carecen de casi todo. La Iglesia no puede separar la alabanza de Dios del servicio a los hombres. El único Dios Padre y Creador es el que nos ha constituido hermanos: ser hombre es ser hermano y guardián del prójimo. En este camino, junto a toda la humanidad, la Iglesia tiene que revivir y actualizarlo que fue Jesús: el Buen Samaritano, que viniendo de lejos se insertó en la historia de los hombres, nos levantó y se ocupó de nuestra curación.

Queridos hermanos en el Episcopado, la Iglesia en América Latina, que muchas veces se ha unido a Jesucristo en su pasión, ha de seguir siendo semilla de esperanza, que permita ver a todos cómo los frutos de la resurrección alcanzan y enriquecen estas tierras.

Que la Madre de Dios, en su advocación de María Santísima de la Luz, disipe las tinieblas de nuestro mundo y alumbre nuestro camino, para que podamos confirmar en la fe al pueblo latinoamericano en sus fatigas y anhelos, con entereza, valentía y fe firme en quien todo lo puede y a todos ama hasta el extremo.

Amén.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en la ceremonia de despedida

Aeropuerto internacional de Guajalajara. Lunes, 26 de marzo de 2012

Señor Presidente, Distinguidas autoridades, Señores Cardenales, Queridos hermanos en el episcopado, Amigos mexicanos:

Mi breve pero intensa visita a México llega ahora a su fin. Pero no es el fin de mi afecto y cercanía a un país que llevo muy dentro de mí. Me voy colmado de experiencias inolvidables, como inolvidables son tantas atenciones y muestras de afecto recibidas. Agradezco las amables palabras que me ha dirigido el Señor Presidente, así como lo mucho que las autoridades han hecho por este entrañable viaje. Y doy las gracias de todo corazón a cuantos han facilitado o colaborado para que, tanto en los aspectos destacados como en los más pequeños detalles, los actos de estas jornadas

se hayan desarrollado felizmente. Pido al Señor que tantos esfuerzos no hayan sido vanos, y que con su ayuda produzcan frutos abundantes y duraderos en la vida de fe, esperanza y caridad de León y Guanajuato, de México y de los países hermanos de Latinoamérica y el Caribe.

Ante la fe en Jesucristo que he sentido vibrar en los corazones, y la devoción entrañable a su Madre, invocada aquí con títulos tan hermosos como el de Guadalupe y la Luz, que he visto reflejada en los rostros, deseo reiterar con energía y claridad un llamado al pueblo mexicano a ser fiel a sí mismo y a no dejarse amedrentar por las fuerzas del mal, a ser valiente y trabajar para que la savia de sus propias raíces cristianas haga florecer su presente y su futuro.

También he sido testigo de gestos de preocupación por diversos aspectos de la vida en este amado país, unos de más reciente relieve y otros que provienen de más atrás, y que tantos desgarros siguen causando. Los llevo igualmente conmigo, compartiendo tanto las alegrías como el dolor de mis hermanos mexicanos, para ponerlos en oración al pie de la cruz, en el corazón de Cristo, del que mana el agua y la sangre redentora.

En estas circunstancias, aliento ardientemente a los católicos mexicanos, y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, a no ceder a la mentalidad utilitarista, que termina siempre sacrificando a los más débiles e indefensos. Los invito a un esfuerzo solidario, que

permita a la sociedad renovarse desde sus fundamentos para alcanzar una vida digna, justa y en paz para todos. Para los católicos, esta contribución al bien común es también una exigencia de esa dimensión esencial del evangelio que es la promoción humana, y una expresión altísima de la caridad. Por eso, la Iglesia exhorta a todos sus fieles a ser también buenos ciudadanos, conscientes de su responsabilidad de preocuparse por el bien de los demás, de todos, tanto en la esfera personal como en los diversos sectores de la sociedad.

Queridos amigos mexicanos, les digo ¡adiós!, en el sentido de la bella expresión tradicional hispánica: ¡Queden con Dios! Sí, adiós; hasta siempre en el amor de Cristo, en el que todos nos encontramos y nos encontraremos. Que el Señor les bendiga y María Santísima les proteja. Muchas gracias.

VIAJE A CUBA

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la ceremonia de bienvenida

Aeropuerto internacional Antonio Maceo de Santiago de Cuba. Lunes, 26 de marzo de 2012

Señor Presidente, Señores Cardenales y Hermanos en el Episcopado, Excelentísimas Autoridades, Miembros del Cuerpo Diplomático, Señores y señoras, Queridos amigos cubanos:

Le agradezco, Señor Presidente, su acogida y sus corteses palabras de bienvenida, con las que ha querido transmitir también los sentimientos de respeto de parte del gobierno y el pueblo cubano hacia el Sucesor de Pedro. Saludo a las Autoridades que nos acompañan, así como a los miembros del Cuerpo Diplomático aquí presentes. Dirijo un caluroso saludo al Señor Arzobispo de Santiago de Cuba y Presidente de la Conferencia Episcopal, Monseñor Dionisio Guillermo García Ibáñez, al Señor Arzobispo de La Habana, Cardenal Jaime Ortega y Alamino, y a los demás hermanos Obispos de Cuba, a los que manifiesto toda mi cercanía espiritual. Saludo en fin con todo el afecto de mi corazón a los fieles de la Iglesia católica en Cuba, a los queridos habitantes de esta hermosa isla y a todos los cubanos, allá donde se encuentren. Los tengo siempre muy presentes en mi corazón y en mi oración, y más aún en los días en que se acercaba el momento tan deseado de visitarles, y que gracias a la bondad divina he podido realizar.

Al hallarme entre ustedes, no puedo dejar de recordar la histórica visita a Cuba de mi Predecesor, el Beato Juan Pablo II, que ha dejado una huella imborrable en el alma de los cubanos. Para muchos, creyentes o no, su ejemplo y sus enseñanzas constituyen una guía luminosa que les orienta tanto en la vida personal como en la actuación pública al servicio del bien común de la Nación. En efecto, su paso por la

isla fue como una suave brisa de aire fresco que dio nuevo vigor a la Iglesia en Cuba, despertando en muchos una renovada conciencia de la importancia de la fe, alentando a abrir los corazones a Cristo, al mismo tiempo que alumbró la esperanza e impulsó el deseo de trabajar audazmente por un futuro mejor. Uno de los frutos importantes de aquella visita fue la inauguración de una nueva etapa en las relaciones entre la Iglesia y el Estado cubano, con un espíritu de mayor colaboración y confianza, si bien todavía quedan muchos aspectos en los que se puede y debe avanzar, especialmente por cuanto se refiere a la aportación imprescindible que la religión está llamada a desempeñar en el ámbito público de la sociedad.

Me complace vivamente unirle a vuestra alegría con motivo de la celebración del cuatrocientos aniversario del hallazgo de la bendita imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre. Su entrañable figura ha estado desde el principio muy presente tanto en la vida personal de los cubanos como en los grandes acontecimientos del País, de modo muy particular durante su independencia, siendo venerada por todos como verdadera madre del pueblo cubano. La devoción a «la Virgen Mambisa» ha sostenido la fe y ha alentado la defensa y promoción de cuanto dignifica la condición humana y sus derechos fundamentales; y continúa haciéndolo aún hoy con más fuerza, dando así testimonio visible de la fecundidad de la

predicación del evangelio en estas tierras, y de las profundas raíces cristianas que conforman la identidad más honda del alma cubana. Siguiendo la estela de tantos peregrinos a lo largo de estos siglos, también yo deseo ir a El Cobre a postrarme a los pies de la Madre de Dios, para agradecerle sus desvelos por todos sus hijos cubanos y pedirle su intercesión para que guíe los destinos de esta amada Nación por los caminos de la justicia, la paz, la libertad y la reconciliación.

Vengo a Cuba como peregrino de la caridad, para confirmar a mis hermanos en la fe y alentarles en la esperanza, que nace de la presencia del amor de Dios en nuestras vidas. Llevo en mi corazón las justas aspiraciones y legítimos deseos de todos los cubanos, dondequiera que se encuentren, sus sufrimientos y alegrías, sus preocupaciones y anhelos más nobles, y de modo especial de los jóvenes y los ancianos, de los adolescentes y los niños, de los enfermos y los trabajadores, de los presos y sus familiares, así como de los pobres y necesitados.

Muchas partes del mundo viven hoy un momento de especial dificultad económica, que no pocos concuerdan en situar en una profunda crisis de tipo espiritual y moral, que ha dejado al hombre vacío de valores y desprotegido frente a la ambición y el egoísmo de ciertos poderes que no tienen en cuenta el bien auténtico de las personas y las familias. No

se puede seguir por más tiempo en la misma dirección cultural y moral que ha causado la dolorosa situación que tantos experimentan. En cambio, el progreso verdadero tiene necesidad de una ética que coloque en el centro a la persona humana y tenga en cuenta sus exigencias más auténticas, de modo especial su dimensión espiritual y religiosa. Por eso, en el corazón y el pensamiento de muchos, se abre paso cada vez más la certeza de que la regeneración de las sociedades y del mundo requiere hombres rectos, de firmes convicciones morales y altos valores de fondo que no sean manipulables por estrechos intereses, y que respondan a la naturaleza inmutable y trascendente del ser humano.

Queridos amigos, estoy convencido de que Cuba, en este momento especialmente importante de su historia, está mirando ya al mañana, y, para ello, se esfuerza por renovar y ensanchar sus horizontes, a lo que cooperará ese inmenso patrimonio de valores espirituales y morales que han ido conformando su identidad más genuina, y que se encuentran esculpidos en la obra y la vida de muchos insignes padres de la patria, como el Beato José Olallo y Valdés, el Siervo de Dios Félix Varela o el prócer José Martí. La Iglesia, por su parte, ha sabido contribuir diligentemente al cultivo de esos valores mediante su generosa y abnegada misión pastoral, y renueva sus propósitos de seguir trabajando sin descanso por servir mejor a todos los cubanos.

Ruego al Señor que bendiga copiosamente a esta tierra y a sus hijos, en particular a los que se sienten desfavorecidos, a los marginados y a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu, al mismo tiempo que, por intercesión de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, conceda a todos un futuro lleno de esperanza, solidaridad y concordia. Muchas gracias.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Santa Misa con ocasión del 400º Aniversario del hallazgo de la Virgen de la Caridad del Cobre

Plaza Antonio Maceo de Santiago de Cuba. Solemnidad de la Anunciación del Señor. Lunes, 26 de marzo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Doy gracias a Dios que me ha permitido venir hasta ustedes y realizar este tan deseado viaje. Saludo a Monseñor Dionisio García Ibáñez, Arzobispo de Santiago de Cuba, agradeciéndole sus amables palabras de acogida en nombre de todos; saludo asimismo a los obispos cubanos y a los venidos de otros lugares, así como a los sacerdotes, religiosos, seminaristas y fieles laicos presentes en esta celebración. No puedo olvidar a los que por enfermedad, avanzada edad u otros motivos, no han podido estar aquí con nosotros. Saludo también a las autoridades que han querido gentilmente acompañarnos.

Esta santa Misa, que tengo la alegría de presidir por primera vez en mi visita pastoral a este país, se inserta en el contexto del Año Jubilar mariano, convocado para honrar y venerar a la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, en el cuatrocientos aniversario del hallazgo y presencia de su venerada imagen en estas tierras benditas. No ignoro el sacrificio y dedicación con que se ha preparado este jubileo, especialmente en lo espiritual. Me ha llenado de emoción conocer el fervor con el que María ha sido saludada e invocada por tantos cubanos, en su peregrinación por todos los rincones y lugares de la Isla.

Estos acontecimientos importantes de la Iglesia en Cuba se ven iluminados con inusitado resplandor por la fiesta que hoy celebra la Iglesia universal: la anunciación del Señor a la Virgen María. En efecto, la encarnación del Hijo de Dios es el misterio central de la fe cristiana, y en él, María ocupa un puesto de primer orden. Pero, ¿cuál es el significado de este misterio? Y, ¿cuál es la importancia que tiene para nuestra vida concreta?

Veamos ante todo qué significa la encarnación. En el evangelio de san Lucas hemos escuchado las palabras del ángel a María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios» (Lc 1,35). En María, el Hijo de Dios se hace hombre, cumpliéndolo-

se así la profecía de Isaías: «Mirad, la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa “Dios-con-nosotros”» (Is 7,14). Sí, Jesús, el Verbo hecho carne, es el Dios-con-nosotros, que ha venido a habitar entre nosotros y a compartir nuestra misma condición humana. El apóstol san Juan lo expresa de la siguiente manera: «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). La expresión «se hizo carne» apunta a la realidad humana más concreta y tangible. En Cristo, Dios ha venido realmente al mundo, ha entrado en nuestra historia, ha puesto su morada entre nosotros, cumpliéndose así la íntima aspiración del ser humano de que el mundo sea realmente un hogar para el hombre. En cambio, cuando Dios es arrojado fuera, el mundo se convierte en un lugar inhóspito para el hombre, frustrando al mismo tiempo la verdadera vocación de la creación de ser espacio para la alianza, para el «sí» del amor entre Dios y la humanidad que le responde. Y así hizo María como primicia de los creyentes con su «sí» al Señor sin reservas.

Por eso, al contemplar el misterio de la encarnación, no podemos dejar de dirigir a ella nuestros ojos, para llenarnos de asombro, de gratitud y amor al ver cómo nuestro Dios, al entrar en el mundo, ha querido contar con el consentimiento libre de una criatura suya. Sólo cuando la Virgen respondió al ángel, «aquí está la esclava del

Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38), a partir de ese momento el Verbo eterno del Padre comenzó su existencia humana en el tiempo. Resulta conmovedor ver cómo Dios no solo respeta la libertad humana, sino que parece necesitarla. Y vemos también cómo el comienzo de la existencia terrena del Hijo de Dios está marcado por un doble «sí» a la voluntad salvífica del Padre, el de Cristo y el de María. Esta obediencia a Dios es la que abre las puertas del mundo a la verdad, a la salvación. En efecto, Dios nos ha creado como fruto de su amor infinito, por eso vivir conforme a su voluntad es el camino para encontrar nuestra genuina identidad, la verdad de nuestro ser, mientras que apartarse de Dios nos aleja de nosotros mismos y nos precipita en el vacío. La obediencia en la fe es la verdadera libertad, la auténtica redención, que nos permite unirnos al amor de Jesús en su esfuerzo por conformarse a la voluntad del Padre. La redención es siempre este proceso de llevar la voluntad humana a la plena comunión con la voluntad divina (cf. *Lectio divina con el clero de Roma*, 18 febrero 2010).

Queridos hermanos, hoy alabamos a la Virgen Santísima por su fe y con santa Isabel le decimos también nosotros: «Bienaventurada la que ha creído» (Lc 1,45). Como dice san Agustín, María concibió antes a Cristo por la fe en su corazón que físicamente en su vientre; María creyó y se cumplió en ella lo que creía (cf. *Sermón* 215, 4: *PL* 38,1074).

Pidamos nosotros al Señor que nos aumente la fe, que la haga activa y fecunda en el amor. Pidámosle que sepamos como ella acoger en nuestro corazón la palabra de Dios y llevarla a la práctica con docilidad y constancia.

La Virgen María, por su papel insustituible en el misterio de Cristo, representa la imagen y el modelo de la Iglesia. También la Iglesia, al igual que hizo la Madre de Cristo, está llamada a acoger en sí el misterio de Dios que viene a habitar en ella. Queridos hermanos, sé con cuánto esfuerzo, audacia y abnegación trabajan cada día para que, en las circunstancias concretas de su País, y en este tiempo de la historia, la Iglesia refleje cada vez más su verdadero rostro como lugar en el que Dios se acerca y encuentra con los hombres. La Iglesia, cuerpo vivo de Cristo, tiene la misión de prolongar en la tierra la presencia salvífica de Dios, de abrir el mundo a algo más grande que sí mismo, al amor y la luz de Dios. Vale la pena, queridos hermanos, dedicar toda la vida a Cristo, crecer cada día en su amistad y sentirse llamado a anunciar la belleza y bondad de su vida a todos los hombres, nuestros hermanos. Les aliento en su tarea de sembrar el mundo con la Palabra de Dios y de ofrecer a todos el alimento verdadero del cuerpo de Cristo. Cerca ya la Pascua, decidámonos sin miedos ni complejos a seguir a Jesús en su camino hacia la cruz. Aceptemos con paciencia y fe cualquier contrariedad o aflicción, con la convicción de que,

en su resurrección, él ha derrotado el poder del mal que todo lo oscurece, y ha hecho amanecer un mundo nuevo, el mundo de Dios, de la luz, de la verdad y la alegría. El Señor no dejará de bendecir con frutos abundantes la generosidad de su entrega.

El misterio de la encarnación, en el que Dios se hace cercano a nosotros, nos muestra también la dignidad incomparable de toda vida humana. Por eso, en su proyecto de amor, desde la creación, Dios ha encomendado a la familia fundada en el matrimonio la altísima misión de ser célula fundamental de la sociedad y verdadera Iglesia doméstica. Con esta certeza, ustedes, queridos esposos, han de ser, de modo especial para sus hijos, signo real y visible del amor de Cristo por la Iglesia. Cuba tiene necesidad del testimonio de su fidelidad, de su unidad, de su capacidad de acoger la vida humana, especialmente la más indefensa y necesitada.

Queridos hermanos, ante la mirada de la Virgen de la Caridad del Cobre, deseo hacer un llamado para que den nuevo vigor a su fe, para que vivan de Cristo y para Cristo, y con las armas de la paz, el perdón y la comprensión, luchen para construir una sociedad abierta y renovada, una sociedad mejor, más digna del hombre, que refleje más la bondad de Dios.

Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la vista al santuario de
Nuestra Señora de la Caridad***

*El Cobre, escalinata del Santuario.
Martes, 27 de marzo de 2012*

Queridos hermanos y hermanas:

He venido como peregrino hasta la casa de la bendita imagen de Nuestra Señora de la Caridad, «la Mambisa», como ustedes la invocan afectuosamente. Su presencia en este poblado de El Cobre es un regalo del cielo para los cubanos.

Deseo saludar cordialmente a los aquí presentes. Reciban el cariño del Papa y llévenlo por doquier, para que todos experimenten el consuelo y la fortaleza en la fe. Hagan saber a cuantos se encuentran cerca o lejos que he confiado a la Madre de Dios el futuro de su Patria, avanzando por caminos de renovación y esperanza, para el mayor bien de todos los cubanos. También he suplicado a la Virgen Santísima por las necesidades de los que sufren, de los que están privados de libertad, separados de sus seres queridos o pasan por graves momentos de dificultad. He puesto asimismo en su inmaculado Corazón a los jóvenes, para que sean auténticos amigos de Cristo y no sucumban a propuestas que dejan la tristeza tras de sí. Ante María de la Caridad, también me he acordado de modo particular de los cubanos descendientes de aquellos que llegaron aquí desde Áfri-

ca, así como de la cercana población de Haití, que aún sufre las consecuencias del conocido terremoto de hace dos años. Y no he olvidado a tantos campesinos y a sus familias, que desean vivir intensamente en sus hogares el evangelio, y ofrecen también sus casas como centros de misión para la celebración de la Eucaristía.

A ejemplo de la Santísima Virgen, animo a todos los hijos de esta querida tierra a seguir edificando la vida sobre la roca firme que es Jesucristo, a trabajar por la justicia, a ser servidores de la caridad y perseverantes en medio de las pruebas. Que nada ni nadie les quite la alegría interior, tan característica del alma cubana.

Que Dios les bendiga.

Muchas gracias.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa***

*Plaza de la Revolución José Martí,
La Habana. Miércoles, 28 de marzo de
2012*

Queridos hermanos y hermanas:

«Bendito eres, Señor Dios..., bendito tu nombre santo y glorioso» (*Dn* 3,52). Este himno de bendición del libro de Daniel resuena hoy en nuestra liturgia invitándonos reiteradamente a

bendecir y alabar a Dios. Somos parte de la multitud de ese coro que celebra al Señor sin cesar. Nos unimos a este concierto de acción de gracias, y ofrecemos nuestra voz alegre y confiada, que busca cimentar en el amor y la verdad el camino de la fe.

«Bendito sea Dios» que nos reúne en esta emblemática plaza, para que ahondemos más profundamente en su vida. Siento una gran alegría de encontrarme hoy entre ustedes y presidir esta Santa Misa en el corazón de este Año jubilar dedicado a la Virgen de la Caridad del Cobre.

Saludo cordialmente al Cardenal Jaime Ortega y Alamino, Arzobispo de La Habana, y le agradezco las corteses palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Extiendo mi saludo a los Señores Cardenales, a mis hermanos Obispos de Cuba y de otros países, que han querido participar en esta solemne celebración. Saludo también a los sacerdotes, seminaristas, religiosos y a todos los fieles aquí congregados, así como a las Autoridades que nos acompañan.

En la primera lectura proclamada, los tres jóvenes, perseguidos por el soberano babilonio, prefieren afrontar la muerte abrasados por el fuego antes que traicionar su conciencia y su fe. Ellos encontraron la fuerza de «alabar, glorificar y bendecir a Dios» en la convicción de que el Señor del cosmos y la historia no los abandonaría a la muerte y a la nada. En efecto, Dios nunca

abandona a sus hijos, nunca los olvida. Él está por encima de nosotros y es capaz de salvarnos con su poder. Al mismo tiempo, es cercano a su pueblo y, por su Hijo Jesucristo, ha deseado poner su morada entre nosotros.

«Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (*Jn* 8,31). En este texto del Evangelio que se ha proclamado, Jesús se revela como el Hijo de Dios Padre, el Salvador, el único que puede mostrar la verdad y dar la genuina libertad. Su enseñanza provoca resistencia e inquietud entre sus interlocutores, y Él los acusa de buscar su muerte, aludiendo al supremo sacrificio en la cruz, ya cercano. Aun así, los conmina a creer, a mantener la Palabra, para conocer la verdad que redime y dignifica.

En efecto, la verdad es un anhelo del ser humano, y buscarla siempre supone un ejercicio de auténtica libertad. Muchos, sin embargo, prefieren los atajos e intentan eludir esta tarea. Algunos, como Poncio Pilato, ironizan con la posibilidad de poder conocer la verdad (cf. *Jn* 18, 38), proclamando la incapacidad del hombre para alcanzarla o negando que exista una verdad para todos. Esta actitud, como en el caso del escepticismo y el relativismo, produce un cambio en el corazón, haciéndolos fríos, vacilantes, distantes de los demás y encerrados en sí mismos. Personas que se lavan las manos como el gobernador romano y dejan correr el agua de la historia sin comprometerse.

Por otra parte, hay otros que interpretan mal esta búsqueda de la verdad, llevándolos a la irracionalidad y al fanatismo, encerrándose en «su verdad» e intentando imponerla a los demás. Son como aquellos legalistas obcecados que, al ver a Jesús golpeado y sangrante, gritan enfurecidos: «¡Crucifícalo!» (cf. *Jn* 19, 6). Sin embargo, quien actúa irracionalmente no puede llegar a ser discípulo de Jesús. Fe y razón son necesarias y complementarias en la búsqueda de la verdad. Dios creó al hombre con una innata vocación a la verdad y para esto lo dotó de razón. No es ciertamente la irracionalidad, sino el afán de verdad, lo que promueve la fe cristiana. Todo ser humano ha de indagar la verdad y optar por ella cuando la encuentra, aun a riesgo de afrontar sacrificios.

Además, la verdad sobre el hombre es un presupuesto ineludible para alcanzar la libertad, pues en ella, descubrimos los fundamentos de una ética con la que todos pueden confrontarse, y que contiene formulaciones claras y precisas sobre la vida y la muerte, los deberes y los derechos, el matrimonio, la familia y la sociedad, en definitiva, sobre la dignidad inviolable del ser humano. Este patrimonio ético es lo que puede acercar a todas las culturas, pueblos y religiones, las autoridades y los ciudadanos, y a los ciudadanos entre sí, a los creyentes en Cristo con quienes no creen en él.

El cristianismo, al resaltar los valores que sustentan la ética, no impone, sino

que propone la invitación de Cristo a conocer la verdad que hace libres. El creyente está llamado a ofrecerla a sus contemporáneos, como lo hizo el Señor, incluso ante el sombrío presagio del rechazo y de la cruz. El encuentro personal con quien es la verdad en persona nos impulsa a compartir este tesoro con los demás, especialmente con el testimonio.

Queridos amigos, no vacilen en seguir a Jesucristo. En él hallamos la verdad sobre Dios y sobre el hombre. Él nos ayuda a derrotar nuestros egoísmos, a salir de nuestras ambiciones y a vencer lo que nos oprime. El que obra el mal, el que comete pecado, es esclavo del pecado y nunca alcanzará la libertad (cf. *Jn* 8,34). Sólo renunciando al odio y a nuestro corazón duro y ciego seremos libres, y una vida nueva brotará en nosotros.

Convencido de que Cristo es la verdadera medida del hombre, y sabiendo que en él se encuentra la fuerza necesaria para afrontar toda prueba, deseo anunciarles abiertamente al Señor Jesús como Camino, Verdad y Vida. En él, todos hallarán la plena libertad, la luz para entender con hondura la realidad y transformarla con el poder renovador del amor.

La Iglesia vive para hacer partícipes a los demás de lo único que ella tiene, y que no es sino Cristo, esperanza de la gloria (cf. *Col* 1,27). Para poder ejercer esta tarea, ha de contar con la esencial

libertad religiosa, que consiste en poder proclamar y celebrar la fe también públicamente, llevando el mensaje de amor, reconciliación y paz que Jesús trajo al mundo. Es de reconocer con alegría que en Cuba se han ido dando pasos para que la Iglesia lleve a cabo su misión insoslayable de expresar pública y abiertamente su fe. Sin embargo, es preciso seguir adelante, y deseo animar a las instancias gubernamentales de la Nación a reforzar lo ya alcanzado y a avanzar por este camino de genuino servicio al bien común de toda la sociedad cubana.

El derecho a la libertad religiosa, tanto en su dimensión individual como comunitaria, manifiesta la unidad de la persona humana, que es ciudadano y creyente a la vez. Legítima también que los creyentes ofrezcan una contribución a la edificación de la sociedad. Su refuerzo consolida la convivencia, alimenta la esperanza en un mundo mejor, crea condiciones propicias para la paz y el desarrollo armónico, al mismo tiempo que establece bases firmes para afianzar los derechos de las generaciones futuras.

Cuando la Iglesia pone de relieve este derecho, no está reclamando privilegio alguno. Pretende solo ser fiel al mandato de su divino fundador, consciente de que donde Cristo se hace presente, el hombre crece en humanidad y encuentra su consistencia. Por eso, ella busca dar este testimonio en su predicación y enseñanza, tanto en la catequesis como en ámbitos escolares y universitarios. Es de esperar que pronto llegue aquí tam-

bién el momento de que la Iglesia pueda llevar a los campos del saber los beneficios de la misión que su Señor le encomendó y que nunca puede descuidar.

Ejemplo preclaro de esta labor fue el insigne sacerdote Félix Varela, educador y maestro, hijo ilustre de esta ciudad de La Habana, que ha pasado a la historia de Cuba como el primero que enseñó a pensar a su pueblo. El Padre Varela nos presenta el camino para una verdadera transformación social: formar hombres virtuosos para forjar una nación digna y libre, ya que esta transformación dependerá de la vida espiritual del hombre, pues «no hay patria sin virtud» (*Cartas a Elpidio*, carta sexta, Madrid 1836, 220). Cuba y el mundo necesitan cambios, pero estos se darán solo si cada uno está en condiciones de preguntarse por la verdad y se decide a tomar el camino del amor, sembrando reconciliación y fraternidad.

Invocando la materna protección de María Santísima, pidamos que cada vez que participemos en la Eucaristía nos hagamos también testigos de la caridad, que responde al mal con el bien (cf. *Rm* 12,21), ofreciéndonos como hostia viva a quien amorosamente se entregó por nosotros. Caminemos a la luz de Cristo, que es el que puede destruir la tiniebla del error. Supliquémosle que, con el valor y la reciedumbre de los santos, lleguemos a dar una respuesta libre, generosa y coherente a Dios, sin miedos ni rencores.

Amén.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la ceremonia de despedida***

Aeropuerto internacional José Martí de La Habana. Miércoles, 28 de marzo de 2012

Señor Presidente, Señores Cardenales y queridos Hermanos en el Episcopado, Excelentísimas Autoridades, Señoras y Señores, Amigos todos,

Doy gracias a Dios, que me ha permitido visitar esta hermosa Isla, que tan profunda huella dejó en el corazón de mi amado Predecesor, el Beato Juan Pablo II, cuando estuvo en estas tierras como mensajero de la verdad y la esperanza. También yo he deseado ardientemente venir entre ustedes como peregrino de la caridad, para agradecer a la Virgen María la presencia de su venerada imagen en el Santuario del Cobre, desde donde acompaña el camino de la Iglesia en esta Nación e infunde ánimo a todos los cubanos para que, de la mano de Cristo, descubran el genuino sentido de los afanes y anhelos que anidan en el corazón humano y alcanzen la fuerza necesaria para construir una sociedad solidaria, en la que nadie se sienta excluido. «Cristo, resucitado de entre los muertos, brilla en el mundo, y lo hace de la forma más clara, precisamente allí donde según el juicio humano todo parece sombrío y sin esperanza. Él ha vencido a la muerte —Él vive— y, la fe, en Él penetra como una pequeña luz todo lo que es oscuridad y amenaza» (*Vigilia de oración con los*

jóvenes. Feria de Friburgo de Brisgovia, 24 septiembre 2011).

Agradezco al Señor Presidente y a las demás Autoridades del País el interés y la generosa colaboración dispensada para el buen desarrollo de este viaje. Vaya también mi viva gratitud a los miembros de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, que no han escatimado esfuerzos ni sacrificios para este mismo fin, y a cuantos han contribuido a él de diversas maneras, en particular con la plegaria.

Me llevo en lo más profundo de mi ser a todos y cada uno de los cubanos, que me han rodeado con su oración y afecto, brindándome una cordial hospitalidad y haciéndome partícipe de sus más hondas y justas aspiraciones.

Vine aquí como testigo de Jesucristo, convencido de que, donde él llega, el desaliento deja paso a la esperanza, la bondad despeja incertidumbres y una fuerza vigorosa abre el horizonte a inusitadas y beneficiosas perspectivas. En su nombre, y como Sucesor del apóstol Pedro, he querido recordar su mensaje de salvación, que fortalezca el entusiasmo y solicitud de los Obispos cubanos, así como de sus presbíteros, de los religiosos y de quienes se preparan con ilusión al ministerio sacerdotal y la vida consagrada. Que sirva también de nuevo impulso a cuantos cooperan con constancia y abnegación en la tarea de la evangelización, especialmente a los fieles laicos, para que,

intensificando su entrega a Dios en medio de sus hogares y trabajos, no se cansen de ofrecer responsablemente su aportación al bien y al progreso integral de la patria.

El camino que Cristo propone a la humanidad, y a cada persona y pueblo en particular, en nada la coarta, antes bien es el factor primero y principal para su auténtico desarrollo. Que la luz del Señor, que ha brillado con fulgor en estos días, no se apague en quienes la han acogido y ayude a todos a estrechar la concordia y a hacer fructificar lo mejor del alma cubana, sus valores más nobles, sobre los que es posible cimentar una sociedad de amplios horizontes, renovada y reconciliada. Que nadie se vea impedido de sumarse a esta apasionante tarea por la limitación de sus libertades fundamentales, ni eximido de ella por desidia o carencia de recursos materiales. Situación que se ve agravada cuando medidas económicas restrictivas impuestas desde fuera del País pesan negativamente sobre la población.

Concluyo aquí mi peregrinación, pero continuaré rezando fervientemente para que ustedes sigan adelante y Cuba sea la casa de todos y para todos los cubanos, donde convivan la justicia y la libertad, en un clima de serena fraternidad. El respeto y cultivo de la libertad que late en el corazón de todo hombre es imprescindible para responder adecuadamente a las exigencias

fundamentales de su dignidad, y construir así una sociedad en la que cada uno se sienta protagonista indispensable del futuro de su vida, su familia y su patria.

La hora presente reclama de forma apremiante que en la convivencia humana, nacional e internacional, se destierren posiciones inamovibles y los puntos de vista unilaterales que tienden a hacer más arduo el entendimiento e ineficaz el esfuerzo de colaboración. Las eventuales discrepancias y dificultades se han de solucionar buscando incansablemente lo que une a todos, con diálogo paciente y sincero, comprensión recíproca y una leal voluntad de escucha que acepte metas portadoras de nuevas esperanzas.

Cuba, reaviva en ti la fe de tus mayores, saca de ella la fuerza para edificar un porvenir mejor, confía en las promesas del Señor, abre tu corazón a su evangelio para renovar auténticamente la vida personal y social.

A la vez que les digo mi emocionado adiós, pido a Nuestra Señora de la Caridad del Cobre que proteja con su manto a todos los cubanos, los sostenga en medio de las pruebas y les obtenga del Omnipotente la gracia que más anhelan.

¡Hasta siempre, Cuba, tierra embellecida por la presencia materna de María! Que Dios bendiga tus destinos. Muchas gracias.

SANTA SEDE

SECRETARÍA DE ESTADO

Discurso del Card. Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad, durante la inauguración de la exposición «Estado e Iglesia. Desde el resurgimiento hasta nuestros días»

Roma, Palacio Giustiniani. Miércoles, 7 de marzo de 2012

Me alegra verdaderamente participar en la inauguración tan solemne de esta exposición, que quiere marcar, de modo simbólicamente fuerte, la clausura del 150° aniversario de la unidad política italiana, que coincide con el de «L'Osservatore Romano». En efecto, el periódico inició sus publicaciones con fecha del 1 de julio de 1861, algo más de cien días después de la proclamación de Víctor Manuel II como rey de Italia, el 17 de marzo.

Ciertamente, no fue una coincidencia, porque los fundadores del periódico habían sido dos laicos de Forlì y de Cento, Nicola Zanchini y Giuseppe Bastia, ambos abogados, súbditos del Papa, que se habían refugiado en Roma después de que los antiguos territorios de las Legaciones, en Emilia y en Romagna, habían sido anexados al Reino de Cerdeña durante los meses sucesivos a la segunda guerra de independencia. La intención de los dos prófugos políticos, que fueron sostenidos por el Gobierno pontificio, era dar

vida a un folio que apoyara las razones del Pontífice y de su poder temporal, en aquellas circunstancias dramáticas de la historia italiana.

El nuevo periódico debía llamarse «El amigo de la verdad», pero más sabiamente se decidió por una cabecera, ya usada anteriormente, que pronto se hizo famosa en ámbito internacional, y en la cual, desde el primer número de 1862, se leen los dos lemas *Unicuique suum* y *Non praevalerunt*, que unen la tradición clásica y la cristiana. Así comenzaba la última etapa de un camino que concluiría un decenio más tarde con la conquista de Roma, el 20 de septiembre de 1870.

Esta pequeña, pero valiosa exposición, que el Senado de la República italiana ha organizado y preparado con «L'Osservatore Romano», quiere mostrar a través de documentos originales e imágenes, tomados de archivos italianos y vaticanos, algunos de los momentos más importantes del siglo y medio que ha pasado desde entonces. Aprovecho esta ocasión para agradecer la colaboración, verdadera expresión de

las excelentes relaciones entre Italia y la Santa Sede, que también se manifestó en el generoso compromiso con el que muchas personas se han dedicado con entusiasmo a organizar la exposición.

El período ilustrado por esta exposición fue marcado por acontecimientos de diferentes tipos. Basta aludir a la construcción y después a la consolidación de la unidad italiana -a la que de hecho también contribuyeron de modo decisivo los católicos, a pesar de las dificultades, los contrastes y las contradicciones- y, al mismo tiempo, al crecimiento progresivo de la proyección mundial de la Santa Sede después de la pérdida del poder temporal.

Del siglo XX, también es necesario recordar, por lo menos, los años de la Gran Guerra, que Benedicto XV, incomprendido y arrinconado por nacionalismos contrapuestos, definió como «matanza inútil», las dos décadas fascistas y el crecimiento nefasto de los totalitarismos; la Conciliación y la constitución del Estado de la Ciudad del Vaticano; la segunda guerra mundial y los horrores que produjo; el nacimiento de la República italiana y su Constitución; la reconstrucción y el auge económico; la preparación y el desarrollo del concilio Vaticano II; y el Acuerdo de revisión del Concordato. Así, se llega al siglo actual, con una crisis global que no es solamente económica, pero que debe aprovecharse como ocasión para un renovado compromiso moral, como Su Santidad Benedicto XVI ha recordado muchas veces.

Entre los documentos expuestos, quiero mencionar el breve apunte totalmente autógrafo de Pío XI, dirigido a su secretario de Estado, cardenal Pietro Gasparri, que no lleva fecha, pero que se remonta al 7 de junio de 1929. Escribe el Papa: «Le ruego que mande a nuestra nueva oficina telegráfica el siguiente texto para su inmediata transmisión: “A Su Majestad Víctor Manuel III, rey de Italia. El primer telegrama que mandamos desde esta Ciudad del Vaticano es para decir a Su Majestad que el intercambio de las ratificaciones de los Pactos lateranenses, gracias a Dios, desde hace unos instantes es un hecho consumado -*quod prosperum felix faustum fortunatumque sit*-, y además para impartirle de todo corazón una gran y paterna bendición apostólica a Su Majestad, a su augusta consorte, a toda la familia real, a Italia y al mundo”». El quirógrafo del Pontífice -que desde el día de su elección había mostrado claramente su voluntad de resolver la cuestión romana y llegar a una conciliación entre Italia y la Santa Sede- resume lapidariamente, con el estilo incisivo y al mismo tiempo solemne, típico de Pío XI, el sentido de esta exposición, que reconstruye eficazmente los principales momentos de las relaciones, durante largo tiempo difíciles y conflictivas, pero abiertas a un desarrollo con vistas al bien común, entre Italia y la Santa Sede. Con el paso de los años, a través de la Conciliación, el nacimiento de la República italiana, la celebración del concilio Vaticano II, la consolidación de la Conferencia

episcopal italiana y el acuerdo de revisión del Concordato, estas relaciones se hicieron excelentes y ejemplares en la búsqueda constante de una armonía creciente entre Estado e Iglesia, y las ha seguido cada día, durante un siglo y medio, el diario del Papa.

Realmente es significativa, por tanto, la casi perfecta coincidencia del 150° aniversario de la unidad de Italia y del inicio de las publicaciones de «L'Osservatore Romano». Un diario que, entre otras co-

sas, ha informado de estas celebraciones con convicción y simpatía. También así se ha expresado la atención y la amistad de la Santa Sede por la nación italiana, en una relación que hoy está representada, al más alto nivel, por la consideración y la estima recíprocas entre usted, señor presidente de la República, y el Sumo Pontífice. Y por esta feliz ocasión, Su Santidad me ha encargado que renueve la expresión de sus mejores deseos para la amada nación italiana y para cuantos la sirven en sus instituciones.

Palabras del Cardenal Secretario de Estado en la cena con los obispos de México y América Latina, durante el Viaje Apostólico a México y a la República de Cuba (del 23 al 29 de marzo de 2012)

León, Patio de la Catedral. Domingo, 25 de marzo de 2012

Señor Presidente, Distinguidas Autoridades, Señores Cardenales, Señor Arzobispo de León, Señor Arzobispo de Tlalnepantla y Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano y del Consejo Episcopal Latinoamericano, Queridos Hermanos en el Episcopado,

Doy gracias a Dios que nos ha reunido en torno a esta mesa, para compartir en la cena un momento de amistad. Agradezco vivamente a quienes lo han hecho posible, así como los nobles sentimientos que lo han motivado.

La visita de Su Santidad, Benedicto XVI, a México es una ocasión de pro-

funda alegría al ver cómo esta querida Nación ha abierto una vez más de par en par sus puertas al Sucesor de Pedro, manifestando así la grandeza de espíritu de sus hijos, su fina hospitalidad y la recia fe católica arraigada en ellos.

Al conmemorarse este año el vigésimo aniversario del establecimiento de Relaciones diplomáticas entre México y la Santa Sede, la presencia de las distinguidas Autoridades que nos honran con su grata compañía pone de relieve que tanto la Iglesia como el Estado tienen la común tarea, cada uno desde su misión específica, de salvaguardar y tutelar los derechos fundamentales de las personas. Entre ellos, destaca la libertad del hombre para buscar la ver-

dad y profesar las propias convicciones religiosas, tanto en privado como en público, lo cual ha de ser reconocido y garantizado por el ordenamiento jurídico. Y es de desear que, en México, este derecho fundamental se afiance cada vez más, conscientes de que este derecho va mucho más allá de la mera libertad de culto. En efecto, impregna todas las dimensiones de la persona humana, llamada a dar razón de su propia fe, y anunciarla y compartirla con otros, sin imponerla, como el don más preciado recibido de Dios.

También las funciones diplomáticas deben radicarse en la promoción de esa gran causa común, a la que el cristianismo puede ofrecer una contribución válida, porque es “una religión de libertad y de paz, y está al servicio del auténtico bien de la humanidad” (Benedicto XVI, *Discurso al Cuerpo Diplomático ante la Santa Sede*, 8 enero 2009). Por ello, la Iglesia no cesa de exhortar a todos, para que la actividad política sea una labor encomiable y abnegada en favor de los ciudadanos y no se convierta en una lucha de poder o una imposición de sistemas ideológicos rígidos, que tantas veces dan como resultado la radicalización de amplios sectores de la población.

En este sentido, los Obispos aquí presentes son exponentes del compromiso de la Iglesia católica en la hermosa labor de trabajar por el hombre, por quien Jesucristo dio la vida. En cada generación, ella ha escrito una página

de esta historia de servicio a la humanidad. Unas líneas son obra de los santos, otras de los mártires. No han faltado en esta historia pastores audaces, religiosos ejemplares, jóvenes de voz profética, valerosos testigos de la caridad y fieles laicos que, a veces con gran sencillez, han tendido la mano y abierto su casa al hermano en necesidad. A través de múltiples expresiones, se ha querido desplegar la belleza del cristianismo para abrazar a todo hombre o mujer, sin mirar raza, lengua o clase social. A ello, ha concurrido tanto la dimensión de fe hondamente profesada y celebrada, como se percibe en México y en toda Latinoamérica, como los más variados proyectos de solidaridad que han alentado a tantos a salir del egoísmo para ayudar en las necesidades sociales más básicas y urgentes. No podemos olvidar las iniciativas dirigidas a la promoción de los derechos de cada hombre y cada pueblo, la defensa de su libertad y el cultivo del arte y la cultura.

Si, en esta misión, ha habido alguna sombra, eso no empaña el esplendor del evangelio, siempre presente para purificar y alumbrar nuestro camino, que hoy pasa por esa revitalización de la fe a la que Su Santidad Benedicto XVI no se cansa de invitar.

Con estos deseos, alzo mi copa, y los invito a ustedes a hacer lo mismo, para brindar por el Santo Padre, a quien Dios conserve y proteja siempre. Brindo asimismo por México, tierra ben-

decida por Nuestra Señora de Guadalupe, y por sus hijos e hijas, que han sabido ganarse el afecto de Benedicto XVI. Brindo por todos los queridos países hermanos de América Latina y el Caribe. Reitero mi gratitud por las

continuas y delicadas atenciones recibidas en estos días y expreso a todos ustedes mi cercanía y reconocimiento por esta espléndida velada.

Muchas gracias.

CONGREGACIONES

Discurso del Cardenal, William Levada, Prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe. “El abuso sexual de menores: una respuesta polifacética al reto”

*Pontificia Universidad Gregoriana,
Lunes, 6 de febrero de 2012*

El nombre de este Simposio sobre los abusos sexuales de menores destinado a Obispos Católicos y Superiores religiosos es “Hacia la Curación y la Renovación”. Se trata de una cuestión tan delicada como acuciante para los dirigentes eclesíásticos a los que está dirigido el evento. Hace solo dos años, en sus reflexiones sobre el “Año Sacerdotal” ante la Curia Romana, en el intercambio de felicitaciones con ocasión de la Navidad, el Papa Benedicto XVI habló de forma directa y prolija sobre los sacerdotes que “convierten el Sacramento (del Orden) en su contrario y, bajo el manto de lo sagrado, hieren profundamente a la persona humana en su infancia y le provocan daños para toda la vida.” He elegido esta frase para comenzar mi intervención esta tarde porque creo que es importante que no perdamos de vista la gravedad

de estos delitos cuando abordamos los múltiples aspectos que conforman la respuesta de la Iglesia.

Deseo comenzar mi presentación dedicando unas palabras de agradecimiento a la Pontificia Universidad Gregoriana por el desarrollo de esta iniciativa. Incluso quienes llevamos décadas lidiando con el problema reconocemos que aún estamos aprendiendo, y que hemos de ayudarnos mutuamente a encontrar la mejor forma de asistir a las víctimas, proteger a los niños y formar a los sacerdotes de hoy y de mañana para que sean conscientes de este flagelo y para poder erradicarlo del sacerdocio. Espero que este Simposio constituya una importante contribución al logro de dichos objetivos. Agradezco especialmente la labor del Padre François-Xavier Dumontier, S.J., Rector de la Universidad, y del Padre Hans Zollner, S.J., y su equipo por la organización del encuentro.

Tal y como indica el programa del Simposio, el título de mi presentación es “El abuso sexual de menores: Una respuesta polifacética al reto”. Por motivos que explicaré, he decidido estructurar dicha respuesta basándome en algunos comentarios relativos a la “Carta Circular” de la Congregación para la Doctrina de la Fe (en adelante CDF) que se envió el año pasado a todas las Conferencias Episcopales del mundo para ayudarlas a desarrollar líneas guía para el tratamiento de los casos de abusos sexuales cometidos por clérigos. Para contextualizar la Carta, haré referencia al importante *motu proprio Sacramentorum sanctitatis tutela* (en adelante SST) promulgado por el Beato Papa Juan Pablo II el 30 de abril de 2001. Dicho documento papal aclaraba y actualizaba la lista de delitos canónicos tradicionalmente reservados a la CDF (ejemplos clásicos serían los delitos contra la fe, es decir, herejía, apostasía y cisma, pero también los delitos más graves contra los sacramentos o *graviora delicta*, como la profanación de la Eucaristía o la violación del sigilo sacramental). Entre estos graves delitos, se contaban los relacionados con la solicitación en la confesión, y el Papa Juan Pablo también incluyó explícitamente el abuso sexual de menores por parte de clérigos. Por lo tanto, el *motu proprio* exigía que todos los casos de abusos sexuales de menores cometidos por el clero se comunicaran a la Congregación para que esta orientara y coordinara una respuesta equitativa por parte de las autoridades de la Iglesia.

Bajo la cuidadosa dirección del entonces Prefecto de la CDF, el Cardenal Ratzinger, la Santa Sede consiguió garantizar que se diera una respuesta coordinada al creciente número de informes relativos a abusos sexuales y que se abordaran de manera efectiva los correspondientes aspectos canónicos, incluyendo el recurso contra las decisiones de los Obispos y Superiores Mayores. Cuando a finales de 2001 y 2002 se desató la tormenta mediática sobre abusos sexuales que condujo a los Obispos estadounidenses a adoptar su Carta para la protección de Niños y Jóvenes, un comité de Obispos consiguió desarrollar las Normas Esenciales que, tras recibir la *recognitio* de la Santa Sede, se convirtieron en legislación vinculante complementaria para los Obispos de Estados Unidos, y en una gran ayuda para nosotros en forma de guía para hacer frente a los numerosos casos históricos que salieron a la luz como consecuencia de la publicidad mediática. Quiero manifestar mi agradecimiento personal al Papa Benedicto, quien, como Prefecto en aquel momento, desempeñó un papel fundamental en la aplicación de las nuevas normas por el bien de la Iglesia, y deseo agradecerle también su apoyo para la aprobación de las Normas Esenciales en Estados Unidos. Sin embargo el Papa, que merece el agradecimiento de todos, tanto dentro como fuera de la Iglesia, ha sido objeto de ataques mediáticos en distintos lugares del mundo durante los últimos años.

Con la explosión de la cobertura mediática de los casos de abuso sexual de menores por parte de clérigos de la Iglesia Católica, especialmente -aunque no de forma exclusiva- en los Estados Unidos de América, la Congregación para la Doctrina de la Fe se enfrentó, bajo la firme batuta del Cardenal Joseph Ratzinger, a un aumento drástico en el número de casos comunicados. A través de los informes presentados, la Congregación descubrió los numerosos y complejos aspectos inherentes a los delitos de abuso sexual de menores por parte de clérigos. Más de 4000 casos de abusos sexuales de menores han sido presentados ante la CDF en la última década, incluyendo acusaciones de decenios atrás. Esto ha demostrado, por una parte, que una respuesta exclusivamente canónica (o de derecho canónico) resulta inadecuada ante esta tragedia, y por otra, que es necesario ofrecer una respuesta realmente polifacética. La responsabilidad principal de la Congregación consiste en aplicar normas equitativas para sancionar a los clérigos culpables, pero necesariamente ha adoptado una perspectiva más amplia preocupándose también por la manera más eficaz de favorecer el proceso de curación de las víctimas, por promover programas para la protección de niños y jóvenes, por instar a los obispos a ocuparse de la educación de sus comunidades de fe responsabilizándose de sus jóvenes, y por trabajar con otros Dicasterios de

la Santa Sede y Conferencias Episcopales para garantizar una adecuada formación de los sacerdotes en el presente y de cara al futuro que aborde los diversos aspectos relacionados con los abusos sexuales de menores.

Nueve años después de que se introdujera el *Sacramentorum sanctitatis tutela*, y a la luz de la experiencia recabada al abordar los miles de casos que se han presentado desde distintos lugares del mundo, la Congregación para la Doctrina de la Fe presentó al Santo Padre una serie de propuestas de modificación de la legislación adoptada en 2001. Las líneas esenciales del *Sacramentorum sanctitatis tutela* no sufrieron modificaciones, pero sí se enmendaron algunas normas sustanciales y procesales en un esfuerzo por conseguir que la ley permitiera lidiar de forma más eficaz con la complejidad inherente a estos casos. El Papa Benedicto XVI aprobó y ordenó que se promulgaran las normas revisadas el 21 de mayo de 2010.

Algunas de las principales aportaciones con respecto a la legislación precedente implican la consolidación de prácticas que habían recibido previamente el reconocimiento y la aprobación de los Papas Juan Pablo y Benedicto, como el derecho a derogar el plazo de prescripción de estos delitos; la facultad de dispensar de la vía procesal judicial para permitir el recurso a la extrajudicial (administrativa) en aquellos casos en los que los hechos

parecen evidentes; la facultad de presentar los casos de extrema gravedad directamente ante el Santo Padre para la expulsión del estado clerical; la inclusión del delito de posesión y/o distribución de pornografía infantil (en el caso de menores de 14 años); y otras especificaciones sobre delitos contra la Eucaristía y el sacramento de la Penitencia, así como un delito contra el sacramento del Orden sacerdotal.

La experiencia recabada por la Congregación durante la última década sugiere también que ha llegado el momento de garantizar que las autoridades de la Iglesia en todo el mundo estén preparadas para responder de forma adecuada a la crisis del abuso sexual de menores. Muchas Conferencias Episcopales habían desarrollado directrices, algunas incluso normas para ofrecer una respuesta uniforme al complejo problema en sus territorios nacionales. Cabe mencionar como ejemplo Canadá y Estados Unidos en América del Norte, Brasil en América del Sur, Gran Bretaña e Irlanda, Alemania, Bélgica y Francia en Europa, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda en el hemisferio sur. Pero en muchos casos, tal respuesta se produjo solo después de que los medios de comunicación revelaran comportamientos escandalosos por parte de sacerdotes. Parece útil avanzar a través de un enfoque más proactivo de las Conferencias Episcopales en todo el mundo. ¿Y cómo lograrlo?

En un esfuerzo por ayudar a la Iglesia universal a adoptar medidas adecuadas y orientadas a desarrollar un enfoque amplio para hacer frente al problema del abuso sexual de menores, ya sea por parte del clero o de otros que actúen en nombre de la Iglesia, la Congregación para la Doctrina de la Fe redactó una *Carta Circular para ayudar a las Conferencias Episcopales en la preparación de líneas guía para tratar los casos de abuso sexual de menores por parte del clero*. En dicha carta, con fecha de 3 de mayo de 2011, se invita a las Conferencias Episcopales de todo el mundo a abordar los distintos aspectos de la cuestión: han de prestar la debida atención a las sanciones canónicas para los clérigos culpables de dichos delitos; han de dotarse de normas para evaluar la adecuación del clero y otras personas que ejercen el ministerio en instituciones y agencias de la Iglesia; deberían supervisar los programas educativos para familias y comunidades eclesíásticas para garantizar la protección de niños y jóvenes frente a los delitos de abuso sexual en el futuro; y han de ser pastores y padres para toda víctima de abuso sexual en su rebaño que acuda a ellos en busca de remedio o ayuda.

La Carta Circular se divide en tres secciones: la primera, *Aspectos Generales*; la segunda, una *Breve exposición de la legislación canónica en vigor*; y tercera, *Indicaciones a los Ordinarios sobre el modo de proceder*. Cada sección de la carta propone ámbitos dig-

nos de consideración con el objetivo de ayudar a las Conferencias Episcopales a proporcionar líneas guía uniformes a sus Obispos diocesanos y a los Superiores Mayores de Religiosos que residen en su territorio para responder a los casos de abuso sexual por parte de clérigos y para tomar las medidas necesarias destinadas a erradicar dichos abusos de la Iglesia y de la sociedad. La ley de la Iglesia enuncia con claridad las responsabilidades en materia de acusaciones de abuso sexual de menores por parte de clérigos que corresponden a los Obispos diocesanos y a quienes disfrutan una jurisdicción personal o territorial semejante, así como a los Superiores Mayores de congregaciones religiosas respecto de sus miembros. La Conferencia Episcopal desempeña un doble papel: consiste, por una parte, en ofrecer asistencia a los Obispos diocesanos miembros de la Conferencia en el ejercicio de dicha responsabilidad, y por otra, de coordinar una respuesta uniforme y eficaz frente a la crisis de los abusos sexuales de menores que pueda ser considerada como tal por los fieles cristianos, la sociedad en su conjunto, y las autoridades civiles que ostentan la responsabilidad de garantizar el bienestar público en virtud de las normas del Derecho.

Quiero ser meridianamente claro en relación con este punto. La Carta Circular a las Conferencias Episcopales no implica una transferencia de autoridad o responsabilidad de los

Obispos diocesanos y los Superiores religiosos a la Conferencia. Al mismo tiempo, la Congregación considera que es obligación de Obispos y Superiores Mayores Religiosos el participar en el desarrollo de dichas líneas guía, y respetarlas por el bien de la Iglesia una vez que hayan sido aprobadas por la Congregación de la Doctrina de la Fe. Ningún Obispo o Superior Mayor puede considerarse exento de dicha colaboración.

Me consta que otros ponentes del Simposio abordarán los importantes aspectos canónicos de la ley de la Iglesia, especialmente el *motu proprio Sacramentorum sanctitatis tutela*. Por ello me gustaría concentrarme en la primera sección de la carta, los *Aspectos generales*, puesto que creo que es en esta sección donde podemos observar con mayor claridad la “respuesta polifacética” de la Iglesia al reto que presentan los abusos sexuales de menores por parte de clérigos.

Las víctimas del abuso sexual

El primer aspecto general que recoge la Carta Circular hace referencia a las víctimas del abuso sexual. La primera necesidad para muchas, si no para la mayor parte de las víctimas, consiste en ser escuchadas, en saber que la Iglesia presta atención a su historia, que comprende la gravedad de lo que han sufrido, que quiere acompañarlas por el camino de la curación, que suele ser largo, y que ha adoptado o está

dispuesta a adoptar medidas efectivas para garantizar que se protegerá a otros niños de tales abusos. En su discurso a los Obispos de los Estados Unidos (16 de abril de 2008) en el Santuario Nacional de la Inmaculada Concepción de Washington, D.C., el Papa Benedicto XVI les recordó: “Es una responsabilidad que os viene de Dios, como Pastores, la de fajar las heridas causadas por cada violación de la confianza, favorecer la curación, promover la reconciliación y acercaros con afectuosa preocupación a cuantos han sido tan seriamente dañados”.

Nuestro Santo Padre ha mostrado con su ejemplo personal la importancia de escuchar a las víctimas durante sus numerosas visitas pastorales, en Gran Bretaña, Malta, Alemania, Australia, así como en los Estados Unidos. Creo que es casi imposible sobrevalorar el ejemplo que constituye para nosotros, Obispos y sacerdotes, al ponerse a disposición de las víctimas en un momento tan importante de su curación y reconciliación. Al fin y al cabo, sufrieron abusos a manos de un representante ungido de la Iglesia. No ha de sorprendernos que nos digan lo importante que es para ellos que, de nuevo a través de uno de sus representantes ungidos, la Iglesia los escuche, reconozca su sufrimiento y los ayude a contemplar el rostro de Cristo, compasión y amor auténticos.

Escuchemos una vez más las palabras de nuestro Príncipe de los Pasto-

res en su *Carta Pastoral a los Católicos de Irlanda*, en la que se dirigía a las víctimas de abusos sexuales: “Habéis sufrido inmensamente y eso me apesadumbra en verdad. Sé que nada puede borrar el mal que habéis soportado. Vuestra confianza ha sido traicionada y vuestra dignidad ha sido violada”. Los obispos y sacerdotes deberíamos sentirnos reconfortados por la profunda solidaridad que manifiestan estas palabras cuando -como Cristo nuestro Buen Pastor- salimos a buscar a los heridos y les aseguramos que hemos comenzado a reconocer la profundidad de la traición que han sufrido. Es más, la voluntad de escuchar a las víctimas hablar del dolor causado por los abusos sexuales de los que han sido objeto va acompañada del compromiso de ofrecerles la necesaria asistencia espiritual y psicológica.

La protección de los menores

El Segundo aspecto general que se aborda en la Carta Circular se denomina “protección de los menores”. En algunos países, las autoridades locales de la Iglesia ya han desarrollado programas en un esfuerzo por propiciar “ambientes seguros” para los menores. Estos esfuerzos incluyen la selección y educación de quienes participan en el trabajo pastoral en la Iglesia, en escuelas y en parroquias, así como en divulgación para los jóvenes y programas recreativos, haciendo hincapié en la formación para el reconocimiento de indicios de abuso. La esperanza de di-

chos programas formativos destinados tanto al clero como al laicado es que una mayor sensibilización con respecto al problema permita evitar futuros casos de abuso. Muchos de los programas desarrollados en el seno de la Iglesia para la creación de “ambientes seguros” para los niños han sido alabados como “modelos en el esfuerzo por eliminar los casos de abuso sexual de menores en la sociedad actual”.

Un ámbito más delicado pero no menos importante de la difusión pastoral es la educación de los padres y de los propios niños con respecto a los abusos sexuales en la sociedad en sentido amplio. Las diferencias culturales se pondrán de relieve de una forma especial en este caso. Las Conferencias Episcopales que están comenzando a explorar la necesidad de desarrollar tales programas de sensibilización pueden aprovechar la experiencia de aquellos que ya han avanzado más por dicho camino. Al evaluar la respuesta a la Carta Circular en este ámbito, espero que nuestra Congregación pueda contar con el apoyo de la red de comunicaciones del Vaticano para establecer un mecanismo de intercambio de información relativa a dichos programas para apoyar a la Iglesia en los lugares en que los recursos son más escasos

La formación de futuros sacerdotes y religiosos

Todos reconocemos la importancia de garantizar una formación adecua-

da para sacerdotes y religiosos, y de hecho se trata del tercer aspecto general recogido en la Carta Circular. En 2002, el Beato Papa Juan Pablo II declaró: “no hay sitio en el sacerdocio o en la vida religiosa para los que dañen a los jóvenes” (*Discurso a los Cardenales Americanos*, 23 de abril de 2002, n. 3). Estas palabras recuerdan a Obispos y Superiores Mayores de Órdenes Religiosas la necesidad llevar a cabo un control más minucioso en la aceptación de los candidatos al sacerdocio y la vida religiosa, y de proporcionar programas educativos que ofrezcan la necesaria formación humana, incluyendo formación en sexualidad. En este punto me gustaría citar unas líneas de la Carta Circular: “Las indicaciones que aporta la Exhortación *Pastores dabo vobis*, así como las instrucciones de los competentes Dicasterios de la Santa Sede, adquieren todavía mayor importancia en vista de un correcto discernimiento vocacional y de la formación humana y espiritual de los candidatos. En particular, debe buscarse que éstos aprecien la castidad, el celibato y las responsabilidades del clérigo relativas a la paternidad espiritual.”

La Carta Circular también subraya la acuciante necesidad de vigilancia, al pedir que se preste especial atención “al necesario intercambio de información sobre los candidatos al sacerdocio o a la vida religiosa que se trasladan de un seminario a otro, de una Diócesis a otra, o de un Instituto

religioso a una Diócesis.” Yo añadiría que la dimensión internacional de dichos traslados está aumentando de forma exponencial, por lo que se hacen necesarias directrices claras de las Conferencias Episcopales y Órdenes Religiosas que todos respetarán escrupulosamente por el bien de la Iglesia.

El acompañamiento a los sacerdotes

El cuarto aspecto general contemplado en la Carta Circular se refiere al clero de forma directa. El Obispo siempre tiene “obligación de tratar a sus sacerdotes como su padre y hermano”. Como expresión de su dedicación paternal y fraternal a todos sus sacerdotes, el Obispo debería poner a su disposición programas de formación permanente, especialmente durante los primeros años después de la ordenación. Como padre, el Obispo ha de velar por la vida de oración de sus sacerdotes, alentándolos a apoyarse mutuamente como hermanos y a trabajar de forma conjunta preocupándose unos de otros, apelándose mutuamente a prestar un servicio más sagrado y perfecto al rebaño de Cristo.

Además de la educación permanente y el acompañamiento espiritual de sus sacerdotes, es responsabilidad del Obispo proporcionarles apoyo material, incluso a aquellos acusados o declarados culpables de abusos sexuales, en virtud

de las normas del derecho canónico. Si bien el Obispo puede limitar el ejercicio del ministerio de un clérigo acusado incluso durante la investigación previa si las circunstancias lo justifican, (cf. CIC can. 1722; SST art.19 [2010 ed.rev.]), como padre y hermano también le corresponde la responsabilidad de proteger la reputación de sus sacerdotes, y habrá de realizar todos los esfuerzos posibles para restablecer la buena fama de un sacerdote que haya sido acusado injustamente.

La Cooperación con la Autoridad Civil

El último aspecto general recogido en la Carta Circular se refiere a la cooperación con las autoridades civiles, que sin duda no reviste menor importancia que cualquiera de los demás elementos. Dicha cooperación en estos casos reconoce la verdad fundamental de que el abuso sexual de menores no es solo un delito recogido en el derecho canónico, sino que se trata también de un delito perseguido por la mayor parte de las autoridades civiles. Puesto que el derecho civil varía de unos países a otros, la interacción entre los miembros de la Iglesia y las autoridades civiles también puede diferir y la forma que adopte la cooperación puede ser distinta en cada estado. Sin embargo, el principio ha de permanecer inamovible. La Iglesia tiene la obligación de cooperar con las exigencias del derecho civil con respecto a la comunicación de dichos delitos a las autoridades competentes. Naturalmente, dicha cooperación abar-

ca también las acusaciones de abusos sexuales por parte de religiosos o laicos que trabajan o son voluntarios en instituciones y programas de la institución. En este sentido, los miembros de la Iglesia han de evitar cualquier compromiso del fuero interno sacramental, que ha de permanecer inviolable.

Además de los aspectos generales, la *Carta Circular* ofrece una síntesis de las normas canónicas aplicables a los casos de abuso sexual de menores, así como sugerencias con respecto a los diversos procedimientos basadas en la experiencia recabada por la Congregación durante la última década. Estas secciones de la Carta Circular son lo que podríamos llamar la faceta “jurídica” de la “respuesta polifacética” de la Iglesia al reto que representa el abuso sexual de menores por parte de clérigos.

El camino “*Hacia la Curación y la Renovación*” tiene que recorrerlo toda la Iglesia unida, convencida siempre del poder de Dios que “sana a los quebrantados de corazón y vendar sus heridas” (cf. Salmos 147:3). Nuestro Santo Padre, el Papa Benedicto XVI, en su encuentro con las víctimas de abuso sexual en Malta, no rezaba solo por una curación genérica y por la reconciliación de las víctimas, sino por una curación que las llevara, junto a toda la Iglesia, “*hacia una esperanza renovada*”.

Espero que mis comentarios en esta tarde constituyan una pequeña contri-

bución a esta esperanza renovada, en la medida en que presentan las medidas concretas que está adoptando una Iglesia que recibe el nombre de “Católica”-universal- en un intento de abordar las variadas facetas del reto que representa el abuso sexual de menores por parte de clérigos. Merece la pena repetir que los abusos han sido cometidos por una pequeña minoría dentro de un clero fiel y comprometido. No obstante, esta pequeña minoría ha infligido un gran daño a las víctimas, y a la misión de la Iglesia de llevar el amor de Cristo al mundo de hoy.

Personalmente, estoy convencido de que las medidas que se están adoptando, representadas por el *motu proprio* SST y por la *Carta Circular* de la Congregación, junto con las innumerables iniciativas locales adoptadas como respuesta al reto del abuso sexual de menores por parte de clérigos, nos ayudarán a seguir ofreciendo respuestas fructíferas para curar las heridas del pasado, y para renovar nuestro compromiso con el futuro lleno de esperanza que nuestro Dios misericordioso había prometido. Gracias por la iniciativa de celebrar este Simposio “Hacia la Curación y la Renovación”: Ojalá sea un modelo para futuros estudios que pueda ayudarnos a todos a afrontar lo que tenemos que hacer como Iglesia. Ojalá constituya también una fuente de conocimientos y esperanza para quienes aspiran a erradicar el flagelo del abuso sexual de menores de toda la sociedad.

Carta de la Congregación para las Iglesias Orientales, a la Jerarquía Católica, con ocasión de la colecta «PRO TERRA SANCTA». Cuaresma 2012

Excelencia Reverendísima:

La espera cuaresmal de la Pascua del Señor es una ocasión propicia para sensibilizar a la entera Iglesia Católica en favor de Tierra Santa, promoviendo iniciativas particulares de oración y de caridad fraterna.

Dirijo, por este motivo, una cordial invitación a todas las comunidades eclesiales con el fin de que se pongan al lado de los cristianos de Jerusalén, Israel y Palestina, así como de los Países circunstantes, Jordania, Siria, Líbano, Chipre y Egipto, los cuales componen juntos la Tierra bendita. El Hijo de Dios hecho hombre, después de haberla atravesado para anunciar el Reino y de haber confirmado la palabra con prodigios y signos (cfr. *Hech.* 2,22), subió a la Ciudad Santa para inmolarse a sí mismo: ha sufrido, ha muerto en la Cruz, ha resucitado y nos ha dado el Espíritu. Desde entonces, todo cristiano se encuentra a sí mismo en aquella Ciudad y en aquella Tierra. Esto es posible porque todavía hoy los pastores puestos por el Señor Jesús reúnen allí a los hermanos y las hermanas en la fe, para celebrar a Aquel que hace nuevas todas las cosas. (*Hech.* 21,5).

La Congregación para las Iglesias Orientales recuerda a los Obispos la constante petición del papa Benedicto XVI para que sea generosamente sostenida la misión de la Iglesia en los Luga-

res Santos. Es una misión específicamente pastoral, pero al mismo tiempo ofrece un encomiable servicio social a todos sin distinción. De esta manera, crece aquella fraternidad que abate las divisiones y las discriminaciones para inaugurar siempre de nuevo el diálogo ecuménico y la colaboración interreligiosa. Esto constituye una admirable obra de paz y de reconciliación, tanto más necesaria hoy, preocupados como estamos, con el Santo Padre, por la población de los Países que están sufriendo tensiones y violencias, en particular Siria y Tierra Santa (cfr. *Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede*, de 9 de enero de 2012). Y también sucesivamente Su Santidad rezó por Siria, renovando la apremiante exhortación a poner fin a la violencia (...) por el bien común de toda la sociedad y de la Región (Ángelus, domingo 12 de febrero de 2012).

El día que los Sumos Pontífices han elegido para la Colecta pro Terra Sancta es el viernes que precede a la Pascua, si bien cada comunidad puede elegir otra oportuna circunstancia para proponer a los fieles esta iniciativa de solidaridad. El Viernes Santo de este año parece expresar aún con más viveza las necesidades de los pastores y de los fieles, encerrados en medio de los sufrimientos de todo el Medio Oriente. Para los discípulos de Cristo, las hostilidades son el pan de cada día que alimenta la fe y, a veces, hace resonar el eco del martirio con toda su

actualidad. La emigración cristiana se ha agudizado por la falta de paz, que tiende a debilitar la esperanza, transformándose en el miedo de encontrarse solos ante un futuro que no parece existir, si no es como abandono de la propia Patria.

Como el evangélico grano de trigo (cfr. Jn. 12,24), la fatiga de los cristianos de Tierra Santa prepara sin duda un mañana, pero hoy pide que sean sostenidas las escuelas, la asistencia sanitaria, las necesidades de vivienda, de lugares de vida social y de todo aquello que ha sabido crear la generosidad de la Iglesia. (Cuánta fe descubrimos en los jóvenes, deseosos de testimoniar las bienaventuranzas, amando sus Países en el empeño por la justicia y por la paz, con los medios de la no violencia evangélica! (Cuánta orgullosa fe, cuánta firmeza, nos transmite quien pronuncia palabras de reconciliación y de perdón, sabiendo que ésa es la respuesta que debe darse a la violencia y a la opresión!

Tenemos el deber de devolver a estos cristianos el patrimonio espiritual que hemos recibido de su milenaria fidelidad a la verdad de la fe cristiana. Podemos y debemos hacerlo con nuestra oración, con lo concreto de nuestras ayudas, con nuestras peregrinaciones. El Año de la Fe, en el Cincuenta aniversario del Concilio Ecuménico Vaticano II, nos aportará particulares motivos para mover nuestros pasos hacia la Tierra Santa, peregrinando ya antes

con el corazón entre los misterios de Cristo y en compañía de la Madre del Señor. El próximo Viernes Santo, alrededor de la Cruz de Cristo, nos sentiremos unidos junto a estos hermanos y hermanas nuestros: la soledad que alguna vez se hace presente con fuerza en sus existencias sea vencida por nuestra fraternidad. Y puedan ellos proclamar, en la serenidad del cuerpo y del espíritu que *“Jesús es el Señor”* (Hech. 11,20) para que *“la puerta de la fe”* (Hech. 14,27) siga abriéndose de par en par precisamente en aquella Tierra donde se aseguró el perdón y la bondad de Dios hacia la entera familia humana.

Nuestra Congregación se hace portavoz de la gratitud que el Santo Padre, Benedicto XVI, expresa a los pastores, a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, a los jóvenes y a cuantos se prodigan en favor de la Tierra de Jesús. Y, segura de interpretarlos cabalmente, transmite también las gracias de la Diócesis patriarcal de Jerusalén, de la Custodia Franciscana y de las Iglesias Orientales Católicas locales.

Con los mejores deseos en la alegría del Señor Crucificado y Resucitado.

Leonardo Card. Sandri
Prefecto

Cyril Vasil', S.I.
Arzobispo Secretario



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANAMARZO

- Día 2: Jornada Mundial de la Vida Consagrada Oración por las vocaciones, convento de las Carmelitas Descalzas a las 18:00 h.
- Día 1: San Rosendo. A las 11.30 procesión claustral en Celanova, seguida de la solemne celebración de la Eucaristía y acto académico. El P. Damián Yáñez recibe el premio “Manuel Iglesias” por su dedicación a la investigación de la vida monástica.
Oración por las vocaciones en el Convento de las Carmelitas Descalzas a las 18:00.
- Días 1-2: Primeros Jueves y Viernes de mes en la parroquia de la Santísima Trinidad. A las 18:30 Hora Santa, a las 19:30 Misa.
- Día 2: Monseñor Lemos recibe en el Obispado a los responsables del Banco de Alimentos, agradeciéndoles su labor social y su colaboración con las instituciones de la Iglesia. A continuación re reúne también con los representantes de las Conferencias de San Vicente Paúl.
El teatro del colegio salesianos acoge la III Semana de Cine Espiritual de Galicia.
- Día 3: El. P. Dom Juan Javier Martín Hernández, Abad del monasterio de Santa María la Real de Oseira, fue elegido Abad del monasterio de San Isidro de Dueñas (Palencia).
Encuentro de oración y reflexión de la parroquia de San Pío X en el monasterio de Oseira como preparación cuaresmal para la Pascua.
Monseñor Lemos se reúne por la mañana con el presidente de Cáritas diocesana para conocer en profundidad al labor y las principales necesidades que atiende la entidad.
Las Carmelitas Descalzas reciben la visita del Sr. Obispo.
- Día 4: Día de Hispanoamérica con el lema “Comprometidos con América en la Nueva Evangelización”.
- Día 6: Reunión interparroquial en el Salón Padre Feijóo a las 20:00 horas con la presencia del Sr. Obispo.

- Día 7: El Sr. Obispo visita a tres sacerdotes diocesanos ingresados en el CHUO, acercándose además a la sala de oncología, acompañando a algunas de las personas que permanecían en ella, y bendiciendo la sala de maternidad.
- Día 8: El Sr. Obispo preside a las 13:00 horas en el santuario de Nuestra Señora de Los Milagros la celebración del XXII aniversario de la Asociación Provincial de Pensionistas y Jubilados de Ourense.
Escuela de Teología en el Salón Padre Feijóo a las 19:00 h.
- Día 9: El Sr. Obispo recibe a la directiva de la Asociación diocesana de Escutismo, confirmando el nombramiento del delegado diocesano, Raúl Rodríguez Iglesias.
- Día 11: Después de presidir, como cada domingo, la Misa de 12:00 horas en la S.I. Catedral, Monseñor Lemos se desplaza a Arnoia para tomar contacto y conocer de primera mano la realidad diocesana.
- Día 12: Reunión en el ayuntamiento entre los representantes de las distintas instituciones preocupadas e interesadas en la recuperación de la capilla de Os Remedios, en la que participa el Sr. Obispo.
- Día 13: Escuela de Liturgia en el Salón Padre Feijóo a las 20:00 h.
Los responsables de ENS en Ourense se reúnen con el Sr. Obispo para presentarle la realidad del movimiento y el compromiso de sus miembros en la pastoral diocesana
- Día 15: Oración diocesana por las Vocaciones a las 20:00 h. en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento, plaza de las Mercedes.
Día de San Patricio: Misa en inglés en la parroquia de Cristo Rey a las 20:30 horas.
- Día 16: Nombramiento y toma de posesión en el Obispado de Ourense del nuevo Ecónomo diocesano, D. Daniel Argiz Rodríguez
En una celebración comunitaria en el Seminario, tiene lugar el Rito de Admisión al diaconado y al presbiterado de Alejandro Delgado Arce y Juan Fernando Sánchez Montero.
Celebración penitencial de Cuaresma a las 20:00 horas en la S.I. Catedral.
- Día 17: Comienza la Novena en honor a Santa María Madre.
A las 11:00 en el Seminario Mayor, el Sr. Obispo instituye en el Ministerio de Acólito al seminarista Alejandro Delgado y en

el Ministerio de Lector a Alejandro Delgado Arce, José Benito Pérez Lopo, Enmanuel Álvarez Lara, Yeraí Fariñas Calvo, Álvaro Fernández Fidalgo y José Manuel Salgado Pérez.

- Día 18: Día del Seminario con el lema “Pasión por el Evangelio”. Se celebra el domingo al no ser considerado festivo por la Autoridad Civil el lunes 19 de marzo, Día de San José.
Vigilia de Oración por el Seminario presidida por el Sr. Obispo a las 20:00 horas en la iglesia de los PP. Franciscanos (Parque de San Lázaro).
- Día 19: San José, esposo de la Virgen María. El Sr. Obispo presidía la Misa en el asilo de San José de Rairo.
Dom Juan Javier Martín Hernández, Abad de San Isidro y Padre Inmediato de Oseira nombró al Padre Gerardo Luis Martín Sánchez, monje de la abadía de San Isidro, Superior ad nutum de Oseira.
- Día 20: El Sr. Obispo se reunía con los organizadores de los actos de Semana Santa en la S. I. Catedral y en las parroquias de la ciudad, entre ellos los representantes de cofradías y asociaciones de fieles.
- Día 21: Monseñor Lemos preside la celebración en honor a San Benito de O Maraño.
- Día 22: Escuela de Teología en el Salón Padre Feijóo a las 19:00 h.
Festival Solidario Ladesol en el Colegio Divina Pastora (Franciscanas) a las 19:30 horas.
- Días 24-25: Festivales de la Canción Misionera en el Auditorio.
- Día 25: Ultreya de Cursillos de Cristiandad a las 17:00 en O Carballiño.
El Sr. Obispo preside la Misa de San Lázaro a las 12:00 horas en la iglesia de los PP. Franciscanos en el parque de San Lázaro.
- Día 26: Jornada por la Vida con el lema: “Ama la vida, toda la vida”.
El Conselleiro de Cultura, Educación e Ordenación Universitaria, D. Xesús Vázquez, visita con el Sr. Obispo la Catedral de Ourense.
- Día 27: Clausura del curso de la escuela de Liturgia en el Salón Padre Feijóo a las 20:00 horas con una conferencia del Delegado de Liturgia de la Diócesis de Tui-Vigo, D. José Diéguez Dieppa con el tema “La Palabra de Dios en la celebración litúrgica”.

- Día 28: Reunión de arciprestes a las 10:30 horas en el Seminario Mayor.
Ciclo Cine y Vida en el Centro Cultural de la Diputación. Proyección de la película “Therese” a las 20:00 horas.
En la parroquia de Nuestra Señora de Fátima se presentan los actos previstos para la celebración del 50 aniversario del santuario.
- Día 29: Via Crucis de los jóvenes a las 19:30 horas desde el Seminario Menor hasta el Seminario Mayor.
El Sr. Obispo visita la comunidad de las Misioneras del Divino Maestro en Ourense, reuniéndose con la Superiora general y la Superiora provincial de la congregación y visitando la tumba del fundador, Francisco Blanco Nájera.
- Día 30: Celebración comunitaria en el monasterio de Santa María la Real de Oseira como acogida y presentación del nuevo Superior, Dom Gerardo Luis Martín Sánchez.
- Día 31: Encuentro Vocacional en el Seminario Menor.



DIÓCESIS
DE OURENSE
